

EL RIO

Nivea E. Aponte Sellés

Nivea E. Aponte Sellés

813
G 25873
E

Traducción de la novela de Rumer Godden
The River, The Viking Press, New York,
sexta edición, 1966, 176 p. Presentada
para optar al grado de Maestro en Artes
con especialidad en Traducción, Progra-
ma de Maestría en Traducción, Facultad
de Humanidades, Universidad de Puerto
Rico.

Marzo, 1973

El río se hallaba en Bengala, India, pero para el propósito de este libro, de estas ideas, muy fácilmente hubiera podido ser un río de América, de Europa, de Inglaterra, Francia, Nueva Zelandia o Timbuctú, aunque, por supuesto, no hay ríos en Timbuctú. Su carácter particular hubiera sido distinto en cada país; la cobra de Bogey, naturalmente, hubiera sido otra cosa y el carácter de las personas que vivían junto al río hubiera sido diferente.

Es eso lo que constituye a una familia, su carácter particular, el sabor familiar, y nadie fuera de ésta, no importa cuán amado sea ni cuán íntima sea su relación con ella, puede compartirlo. Tres personas poseían el mismo carácter peculiar que poseía Harriet, la niña que vivía en este jardín, y eran sus coetáneas, sus familiares; Bea era una de ellas, las otras, eran Bogey y Victoria. Vivían en una casa junto al río, en los terrenos de una factoría empacadora de yute, cerca de un pueblo indio; no habían sido enviados lejos del trópico porque había una guerra; esta guerra, la última guerra, cualquier guerra, no importa cuál.

Resulta extraño que su primera declinación y conjugación en latín estuviera relacionada con el amor y con la guerra:-

Bellum	Amo
Bellum	Amas
Bellum	Amat
Belli	Amamus
Bello	Amatis
Bello	Amant

—No puedo aprenderlas—dijo Harriet—. Ayúdame, Bea. Vamos a tomar una cada una y a decirlas en voz alta, las dos a la vez.

—Muy bien. ¿Cuál tomarás?

—Mejor sería que tú tomaras amar—dijo Harriet.

A causa del calor ambas llevaban los cabellos recogidos en forma de moño alto, pero Bea se adornaba con una cinta color cereza; el efecto que ésta producía le impartía un interesante y atractivo aspecto de geisha. Mientras estudiaba el latín, según había sido decretado que lo hiciera,

sus finas cejas se arqueaban en un gesto de leve curiosidad.

—¿Te gusta el latín, Bea?

—No, claro que no, pero si tengo que aprenderlo— dijo Bea—, es mejor aprenderlo pronto.—Miró a Harriet—. Siempre estás tratando de evitar que las cosas sucedan, Harriet y no puedes hacerlo.

Pero Harriet aún pensaba, íntimamente, que sí podía.

Era la hora pesada de la tarde y Bea y Harriet, las chicas mayores, tenían que realizar sus tareas escolares, sentadas una ante la otra, en la mesa del comedor. Hacía calor. Afuera, el jardín estaba inundado de sol caliente, plomizo y soñoliento; había olor a hojas, a yerba y a sol en las piedras de la casa. Más allá del jardín se escuchaba el murmullo del río y desde lejos llegó un grito de Bogey. —Me gustaría saber qué habrá encontrado Bogey ahora—pensó Harriet y se movió en su asiento. El ventilador abanicaba su frente, pero sólo soplaba aire caliente, el barniz de la mesa se sentía pegajoso y se le adhería a la piel de los brazos; el polvo le producía una sensación de resequedad

entre los dedos de los pies.—Harriet, te darán lombrices si caminas descalza—le decía Nan—.¿Por qué lo haces? Bea no lo hace.—Harriet miró ahora bajo la mesa para comprobarlo. Era cierto, podía observar que Bea llevaba sandalias y cruzaba los pies graciosamente.

—Es mejor que continúes, Harry—dijo Bea—.También tienes que estudiar álgebra y música y aún no te has aprendido los versículos de la Biblia. Conviene que te apresures, Harriet.

Harriet suspiró. Latín, y álgebra y música y otras cosas: comer hígado, dejarse inyectar, visitar a un pediatra loco— ¿Cómo podía Bea aceptar todo esto con tanta calma? ¿Cómo? Harriet suspiró. No podía, en aquel momento, aspirar a ser como Bea.

—Nan, ¿por qué es Bea tan diferente?

—Siempre lo ha sido—decía Nan.

—No, está cambiando.

—Está creciendo—decía Nan—.Todos tenemos que hacerlo, de buen o mal grado.—A Harriet no le agradaba

mucho el sonido de aquella expresión, "de buen o mal grado".

—¡Pues bien!—dijo, y suspiró de nuevo y su mente emprendió una de sus vertiginosas carreras, demasiado veloz para permitir pausas. Si - me--darán - lombrices - uno - contrae- toda- clase- de- parásitos- en- la- India-y- enfermedades- también- hay- un- leproso- en- el- bazar- sin- nariz- y- los- dedos- se- le- están-cayendo- si- yo- no- tuviera- dedos- no-podría- aprender- música--no- podría- aprender- la- Marcha- de- los- Hombres- de- Harlech- verdad. Miró sus dedos morenos, pequeños e intactos, excepto uno que tenía la uña quebrada donde Bogey lo había golpeado, y en otro se había hecho un rasguño aquella mañana, y dos estaban manchados con el amarillo brillante del tinte que había estado haciendo con la flor de un arbusto que crecía junto a la cocina.

Harriet tenía una callosidad en el dedo del corazón; era la callosidad producida por el roce del lápiz al escribir; la tenía porque escribía tanto, porque era una escritora.—Seré poetisa cuando sea grande—decía Harriet, y añadía después de pensarlo nuevamente—de buen o mal grado.— Conservaba un diario íntimo y un libro de poemas ocultos en

una vieja caja que también hacía las veces de escritorio, en una pequeña habitación bajo las escaleras laterales, su Escondite Secreto, aunque no lo era en absoluto y no había necesidad alguna de ocultar el libro, pues no podía resistir la tentación de leer sus poemas a todo el que quisiera escucharlos. A veces llevaba el libro entre las ropas. Estaba escribiendo un poema, y a medida que pensaba en él sus ojos fueron tornándose húmedos y serenos.

"Allí vio rosas que confortaron su corazón
y vió de sus rojos capullos la explosión."

—¿Explosión?—preguntó Bea. Sus cejas tenían ahora una forma más definida y demostraban mayor sorpresa. Harriet se ruborizó. No había advertido que se había expresado en voz alta.

—Continúa, Harry.

—Sí, Bea. Amo. Amas. Amat...Bellum...Belli...Bello...

La guerra y el amor. Cuántos niños, pensaba Harriet, bostezando, habrían tenido que aprender aquellas palabras

desde — trataba de localizar en alguna parte de su mente a alguna persona famosa que las hubiera aprendido — desde, digamos, Julio César, o Poncio Pilatos (ellos debieron haberlas aprendido, eran romanos) o aun Jesús- tal- vez- si- Jesús- fue- a- la- escuela. Bostezó nuevamente y tomó el Compendio de Historia. Amores- y- guerras, pensó, mientras hojeaba rápidamente las páginas del libro. Jerjes- Alejandro- godosyhunos- Arturoy-Ginebra-RicardoCorazóndeLeón-Marlborough- Kitchener. Amor y guerra, amor y odio, todos mezclados. Recordó que no tenía que preparar ninguna lección de historia; eran versículos de la Biblia lo que debía aprender. Cerró el libro y abrió la vieja Biblia de Papá que utilizaban para sus lecciones. Desde-AdányEva, pensó Harriet rápidamente, Caín- Abel- JacobLíay Raquel- los- Hijosde Israel- y- todos- los- demás. Hasta en los cuentos, hasta en las obras de teatro, y miró el codo de Bea que sujetaba los bordes de las delgadas páginas de la obra de Shakespeare, agitadas por el ventilador. Shylock y Porcia- y- RomeoyJulieta- y- Cleopatra. Prefería a Cleopatra, pero aun pensando en Cleopatra le extrañó que nunca nadie se cansara de esto, de todo este amor y toda esta guerra. O si lo hacen, pensó, alguien lo inicia todo de nuevo. Todo eso es tanta vida como el vivir

mismo, pensó Harriet. Naces, eres hombre o mujer y vives hasta el día en que mueres...de buen o mal grado. Sí, Nan tiene razón. Todo sí sucede quiéralo uno o no, aunque creo que podríamos vivir muy bien sin una guerra... y supongo que sin ser amados. Pero espero ser amada, pensó Harriet, tanto como Cleopatra, y dijo para sí: desearía no ser tan joven... los niños no tienen amores ni guerras. Dibujaba círculos en su libro de álgebra. ¿O sí los tienen? se preguntó Harriet. ¿Los tienen... de su clase?

Un tambor comenzó a tocar suavemente en la aldea detrás de la casa. Harriet se irguió.—Bea. Esta noche se celebra el Diwali.

—Lo sé. Pero si no has hecho tus tareas—señaló Bea—, no te permitirán ir.

A Bea le agradaba la celebración del Diwali tanto como a Harriet, pero cuando estaba excitada procuraba contener su excitación al igual que disimulaba sus gustos y aversiones. ¿Cómo podía? De nuevo Harriet se quedó mirándola largamente y luego se dejó caer hacia atrás, contrariada.—Cree que lo habías olvidado—dijo.

--¿Cómo podría olvidarlo?--dijo Bea--.Escucha los tambores.

Durante todo el día los tamberileros habían caminado por los alrededores del pueblo y las aldeas circundantes. El Diwali era la celebración hindú de la Fiesta de las Luces.

A través de todo el año cada religión celebra sus fiestas rituales y cada familia observa los días de guardar que considera necesarios; tal vez sean los chinos y los católicos romanos los que llevan a cabo las ceremonias más elaboradas, aunque los viejos rusos y los hindúes se les asemejan bastante en este aspecto, y el Tibet celebra también unas encantadoras festividades. Resulta curioso que una familia europea celebrara la fiesta del Diwali, pero en la casa de Harriet, como en todas las familias grandes de la India, había siempre alguien que debía participar en alguna de las festividades, según se iban celebrando; Nan era católica; Abdullah, el viejo mayordomo, era musulmán, y también lo era Gaffura su ayudante; Maila, el cargador, era un budista del Estado de Sikkim; los jardineros eran brahmanes hindúes, de la casta celeste; el barrendero y Ayah, la nifera, eran parias hindúes y Ram Prasad Singh, el portero, el amigo de los niños, pertenecía a

la secta independiente Sikh. En aquel momento los jardineros se encontraban en el bazar, comprando las lamparitas de loza de barro que se utilizaban en la fiesta y las mechas y el aceite sobre el cual éstas flotarían, mientras Abdullah y Maila permanecían indiferentes. Los niños celebraban el Diwali porque es una fiesta tan hermosa que nadie podría vivir en el país donde se celebra sin sentirse conmovido por ella.

Esta noche, cuando oscurezca, pensó Harriet, con la mirada fija en cualquier punto menos en su trabajo, Ram Prasad nos habrá comprado cien o doscientas lámparas. Están hechas de barro, en forma de corazón, de tarta o de hoja y cuestan dos pies cada una (un pie es la duodécima parte de un penique), y en cada una pondremos aceite y una mecha; entonces las colocaremos a lo largo del techo y en las ventanas, y en hileras en los peldaños de la escalera y en el portal y sobre éste; luego las encenderemos. En todas partes, en cada casa, habrá luces, y, en el río, los botes las llevarán encendidas y los veremos pasar, y otras luces llevadas por balsas flotarán río abajo y los hindúes ricos ofrecerán fiestas y alimentarán a los pobres y dispararán fuegos artificiales y nos quedaremos levantados hasta la hora de la cena para verlo todo.

El Diwali también señalaba, para los niños, el comienzo oficial del invierno. El moscardón llegaba millones de insectos que revoloteaban alrededor de las luces al anochecer. Los jardineros comenzaban a plantar vegetales y semillas de flores. Las mañanas y el anochecer se hacían frescos, el rocío era más abundante y había más mosquitos. Entonces llegaba el Diwali, y así comenzaba el invierno. El invierno, el tiempo frío. Es la mejor de todas las épocas, pensó Harriet entusiasmada. Le parecía, mientras lo aguardaba, un desfile de experiencias agradables. Pronto tendremos fogatas y guisantes de olor. Me pregunto qué haremos este invierno. ¿Qué sucederá? Y como habrán pensado las personas mucho más sabias que Harriet, se contestó a sí misma. Nada. Nada en absoluto. Aquí nunca sucede nada. Entonces preguntó a Bea, que estaba sentada al otro lado de la mesa—:Bea.¿El capitán John viene esta noche?

Bea alzó la cabeza.—Supongo que sí—dijo, y añadió vacilante—:¡Qué fastidio!—Sí. ¡Qué fastidio!—dijo Harriet—.¡Qué fastidio!

--Este año tendremos que pasar un invierno sin bullicio--

había dicho Mamá—.El mundo es muy infeliz para que pueda ser de otra forma. Hay hombres y mujeres heridos, y niños que mueren de hambre...

—¡Oh, Mamá!—dijo Harriet, con un gesto de impaciencia.

—Sí—dijo con firmeza la madre—, piensa en el capitán John.

—No quiero pensar en el capitán John—dijo Harriet con un tono de rebeldía resuelto y áspero—¿Por qué tiene que existir un capitán John?—preguntó irritada—.Y si debe haberlo, ¿por qué tiene que desear venir aquí?

El capitán John había venido porque tenía que rehacer su vida y ganársela. Había sido prisionero de guerra y había escapado, sólo para permanecer durante más de un año en el hospital. Fue torturado en el campo de prisioneros, y herido antes de llegar allí. Era un hombre joven, pero ahora su endurecido rostro gris no tenía edad; su cuerpo era rígido, se le había amputado una pierna desde la cadera, y tenía una pesada pierna artificial que acentuaba su cojera. Se había advertido a los niños que fueran discretos al hablarle. Evitaba el trato con los adultos, pero, aparentemente, le complacía

visitar la habitación de los niños. ¿Por qué lo hace?, se preguntaba Harriet. Parecía desear algo. Anhelar algo. ¿Anhelar qué? Al principio parecía preferir a Victoria, y ello sorprendía a Harriet ya que Victoria lo trataba de una manera fría y sin cumplidos, que resultaba chocante.

—No debes hacerlo, Victoria—le decía Harriet—. El capitán John fue tan valiente. Se quedó en la batalla hasta que le volaron la pierna.

Los ojos castaños de Victoria se detenían pensativos en la figura del capitán John.—¿Por qué no se quedó hasta que le volaran la otra pierna?—preguntaba.

Pero él aún parecía preferir a Victoria.

—¿Victoria lo invitó a venir esta noche?—preguntó Harriet en ese momento—. ¿O fue Mamá?

Permanecieron en silencio, y luego—:Nadie lo invitó—dijo Bea—. Él me pidió que lo invitara.

—¿Te lo pidió?—dijo Harriet—. Pero...—Había pensado que las personas mayores no pedían cosas.

—Parecía que deseaba venir—dijo Bea.

Harriet miró fijamente a Bea, pero lo único que podía apreciar de su rostro era la frente y los párpados entornados que le impartían una expresión de alejamiento mientras leía. La cinta con que se recogía el cabello proyectaba una sombra sobre su mejilla, como una marca oscura, como una mariposa nocturna. Estaba más retraída que de costumbre.

El río de Harriet era un caudaloso río de una milla de ancho que se deslizaba lentamente entre los bancos de lodo y de arena blanca, flanqueado por campos llanos que llegaban al horizonte, por sembrados de yute, sembrados de arroz, bajo su azul carga de cielo.—Si hay algo de inmenso dentro de mí—decía Harriet, cuando llegó a la madurez—, es de ese cielo.

El río desembocaba, a través del delta, en la Bahía de Bengala, el mar donde terminaba su recorrido. Había vida bajo sus aguas y flotando sobre ellas; la vida natural de la región, de peces, cocodrilos y marsopas de piel gris y bronceada y azulosa bajo los rayos del sol, que hacían piruetas en el agua; balsas formadas por jacintos que navegaban sobre

la corriente y florecían en la primavera. Había una intensa actividad en el río; había vapores correo de negras chimeneas y ruedas que producían olas que chocaban contra los bancos del río y contra otros vapores que remolcaban barcazas de cáñamo; barcos rústicos contruidos con tejido de mimbre sobre casco de madera que llevaban ojos pintados en la proa y un conjunto de velas raídas para izar al viento; botes pesqueros, medias lunas posadas sobre el agua, y pescadores de piernas delgadas y obscuras que, con sus canastas, cruzaban los vados y lanzaban finas y pequeñas redes en las cuales atrapaban peces del largo de un dedo que relucían en la malla. Los peces formaban parte de la actividad que se desarrollaba en el río y cada parte estaba animada por un propósito particular y todos eran llevados río abajo por la corriente.

El pequeño pueblo disfrutaba del género de vida apacible característico de Bengala, rodeado por campos y aldeas y este río perezoso. Tenía bosquecillos de árboles de mango, cisternas y una calle principal donde se encontraban un bazar, una mezquita de blanca cúpula y un templo con columnas y techo de plata, la plata, hecha de latas de kerosina machacadas.

Harriet y los niños conocían el bazar íntimamente, así

como la tienda donde vendían cometas, donde compraban cometas y hojas de un exquisito papel delgado de brillantes colores; conocían las tiendas donde se vendía una curiosa mezcla de cigarrillos indios y nuez de areca, atados de hojas de betel, cinturones de colores para los pijamas, y agua de soda; conocían las tiendas de granos y las tiendas de especias y las tiendas de dulces, que despedían un olor a azúcar y a aceite de manteca; conocían las tiendas donde vendían brazaletes, las tiendas de telas donde las piezas de tejidos mostraban atractivos estampados de plumas y festones, y los trajes para niños, aplastados como vestidos de papel, colgaban y se mecían en las entradas.

Había sólo una carretera. Se había construido sobre las partes altas entre los sembrados, de modo que las inundaciones producidas por el monzón no la cubrieran; atravesaba aldeas y pasaba junto a los bazares diseminados a lo largo del camino, sobre jorobados puentes, junto a carretas de bueyes y a viandantes y algún automóvil que aparecía ocasionalmente. Se extendía a través de la región, flanqueada por la planicie bengalí que llegaba hasta el horizonte y por grupos de aldeas, construidas como la carretera, sobre colinas cubiertas de palmeras, platanares y árboles de mango. Pronto los árboles

de bauhinia florecerían a lo largo de la carretera, ofreciendo sus flores blancas y ahuecadas como conchas. Ahora los campos estaban secos, pero cada lado de la carretera estaba sumergido bajo el agua traída por la inundación que sepultaba la llanura en la temporada de las lluvias; el agua se asomaba entre las manchas flotantes de jacintos, y el martín pescador, con sus destellos de un azul brillante, revoloteaba y se posaba en los alambres del telégrafo, mostrando su pecho bermejo.

El río se divisaba desde la carretera; a lo lejos se veía la margen más distante, convertida en una franja, a causa de su anchura; el contorno de la margen más próxima, interrumpido por edificios, algunos bazares, altos muros, almacenes de hierro corrugado, y chimeneas de fábricas. Pequeños botes cubiertos con cobijas de mimbre, cruzaban de una a otra orilla. En botes como éstos los niños salían a pescar perlas, ambarinas perlas de agua dulce; pero eran los buzos, no los niños, quienes las encontraban; los niños no podían hacer llegar sus anzuelos hasta un lugar lo suficientemente profundo; los buzos se zambullían desnudos y llegaban hasta el lecho del río.

Los niños vivían en la Casa Grande de la fábrica.

Los terrenos de la fábrica se extendían desde los bazares, a lo largo del río. Las casas y los jardines que pertenecían a la compañía se hallaban más allá de los bazares.

El modo de vida de toda la familia depende del tipo de trabajo que realicen sus mayores; pensemos en el hogar de un médico, de un escritor, de un músico o de un misionero. Toda la familia se ve precisada a vivir en las circunstancias producidas por ese tipo de trabajo; el modo de vida de estos niños dependía de las condiciones existentes en la factoría donde se empacaba el yute.

El yute crecía en los campos; los niños conocían todas las etapas de su producción: desde el momento en que su padre sembraba la semilla, con la cual realizaba experimentos en la Finca del Gobierno, la etapa en que todavía era tierno, cuando no se les permitía pasear en sus caballitos a través de los campos, hasta el momento de maduración y remojo en el agua, junto a la carretera, en diques diseminados por los campos, cuando su desagradable olor se extendía por toda la región. Lo veían llegar a la fábrica, en botes rústicos, en carretas de bueyes, y amontonarse en las barracas donde se cardaba, limpiaba y clasificaba de acuerdo

con su calidad, mientras las grandes prensas subían y bajaban y las pacas brotaban de ellas, sedosas y rubias, con un fuerte olor a yute. Lo veían partir en los vapores; los vapores y las barcas salían abarrotadas con el producto y lo transportaban río abajo hasta las fábricas de tejidos en Calcuta.

El ruido de la fábrica se dejaba oír fuera del muro; el sonido de los camiones que recorrían su camino, de las carretas empujadas por peones indios, morenos y sudorosos; de las prensas, de la maquinaria; el ruido de los fuelles y del hierro que golpeaba el hierro allá en la fundición, el sonido metálico de las básculas, los gritos de los empleados encargados de llevar las cuentas, el choque de unas pacas contra otras, y siempre, el resoplido regular del vapor que escapaba, resoplaba- pausaba- resoplaba; era como un pulso que latía al ritmo de la vida de los niños. En la penumbra interior de los salones donde se encontraban las prensas, resplandecía la tubería de las esclusas de bronce por donde pasaban los claros y relucientes montones de yute, que resurgían convertidos en pacas. Había olor a polvo de yute y a carbón, a vapor, a aceite caliente y a

sudor humano, uno de los olores que habían acompañado su infancia, al igual que el olor a carbón, a incienso y a aceite para freír que había en el bazar, al igual que el olor a flores de mostaza y rábanos que percibían cuando iban a los campos, y el mal olor que exhalaba el yute durante la época en que lo ponían en remojo. Había miles de obreros indios en la factoría; sin embargo, para los niños, eran tan impersonales como las hormigas (Bogey acostumbraba comer hormigas para hacerse sabio). En el edificio de dos plantas, hecho de hormigón, que albergaba las oficinas, trabajaban veintenas de oficinistas, babus, que vestían camisas de muselina blanca y dhotis; los niños solían acompañar a su madre a visitar las esposas de los babus que los obsequiaban con una melcocha envuelta en papel plateado, mezcla de coco desmenuzado, azúcar y sandesh. La compañía poseía su propia flota de lanchas, llamadas como aves de la India: el Quebrantahuesos, la Abubilla, la Oropéndola, el Corvejón, el Becardón; cada una tenía su propia tripulación. Había porteros o criados, con turbantes amarillos y macanas, para proteger las entradas.

Más allá de la fábrica estaba la Casa Blanca, donde vivía el ayudante principal, la Casa Roja, donde vivían

juntos todos sus subalternos y la Casa Pequeña, donde vivía el ingeniero; se alzaban en sus propios jardines, junto al de la Casa Grande.

Había otras compañías ubicadas a lo largo de las márgenes del río, y hasta allí llegaban ayudantes, muchachos que venían de Inglaterra y Escocia, generalmente de Escocia, y hasta de Grecia, muchachos que llegaban aún jóvenes e inexpertos, para aprender el oficio y terminaban convertidos en magnates. Finalmente, se casaban, y muy a menudo, decía Papá, sus esposas terminaban teniendo una magnitud considerable.

Aparte de éstos, había pocos europeos en el pueblo: el comisionado, el señor Marshall, y un médico, el doctor Paget. En otra época había habido allí un acantonamiento, pero ahora todo lo que quedaba de él era una hilera de tumbas en el pequeño cementerio europeo, donde crecían unos árboles de flores que semejaban ramilletes de mimosa. Una de las tumbas pertenecía a un niño, el gaitero John Fox, quien había muerto hacía casi dos siglos, cuando tenía catorce años.

Tal vez el lugar y el modo de vida de la región parecían extraños, aislados y monótonos a los adultos que allí vivían; para los niños constituían su mundo hogareño. Vivían en la Casa Grande, en un amplio jardín en la ribera del río, con un alto alcornoque que florecía junto a las escaleras de la entrada. Era su mundo. Hasta este invierno había sido absolutamente feliz.

Una parte de Harriet deseaba continuar siendo niña; la otra parte deseaba convertirse en adulto. A menudo preguntaba:—¿Qué seré cuando sea mayor? ¿Cómo me sentiré?— Con frecuencia preguntaba a los otros niños—:¿Qué serás cuando seas grande?—Era siempre Harriet quien iniciaba estas discusiones. A nadie más le agradaban en realidad, excepto a Victoria, quien era muy pequeña para saber lo que era, aun ahora mismo.

—Cuando crezca seré una enfermera roja de la cruz— dijo Victoria.

—Quiere decir una enfermera de la Cruz Roja—dijo Nan.

¿Qué seré? pensó Harriet, fascinada. Le parecía que había infinitas posibilidades.—Podría ser monja—dijo—o quizá misionera, entonces podría ayudar a la gente. O doctora. Sería maravilloso ser doctora, salvar vidas y ofrecer su propia vida a los demás.—Era una perspectiva interesante—. Maravilloso—dijo Harriet—. ¿No te gustaría, Bea?

—No—dijo Bea—. Quiero mi vida para mí.

Harriet era demasiado sincera para negar que ella también lo deseaba, y apartó de sí la idea de ser doctora. —Tantos adultos parecen no ser gran cosa—dijo. Pensaba en las personas que conocía, en Nan y Papá y Mamá y el doctor Paget y el Capitán John. No son nada importante, pensaba Harriet, extrañada. ¿Por qué? Parecía no importarles. Pero yo quiero ser importante. Y lo seré.—Tal vez sea una gran bailarina—dijo en voz alta—o tal vez me dedique a la política y pronuncie discursos.

—Pensaba que ibas a ser poetisa—dijo Bea.

—Bueno...soy poetisa—dijo Harriet.

—Serás lo que eres. Tendrás que serlo—dijo Nan,

quien zurcía sin prestarles atención—. Al fin todos son lo que son.

—¿Pero cómo lo sabré?—exclamó Harriet, enfadada.

—Lo irás descubriendo a medida que vayas creciendo— dijo Nan, mientras pasaba la aguja a través de la media que sostenía extendida en la mano. Eso parecía demasiado lento para Harriet.

—Bea, ¿que serás tú? ¿Una actriz? ¿O una enfermera de hospital? ¿O una doctora? ¿Una gran doctora? ¿Qué serás cuando crezcas?

—¿Cómo puedo decirlo sin haber crecido?—preguntó Bea.

—Pero dílo. Tienes que decirlo. Tienes que ser algo.

—Esperaré hasta lo que sea—dijo Bea, pacientemente—, entonces lo seré.

—Eso es una extraña respuesta—dijo Harriet, con desagrado.

—Es más bien una buena respuesta—dijo Nan.

Harriet pensaba que su familia era insufrible. Papá estaba muy ocupado con los asuntos de la oficina y de la familia en general, para poder dedicar parte de su tiempo a Harriet o a alguno de ellos. Mamá también estaba atareada con las cosas de la casa, la familia, los sirvientes, notas y cartas y lecciones y cuentos; y además, pronto tendría otro bebé y no debía ser molestanda. ¿Y Nan? Bueno, Nan era Nan, y para Harriet era como el pan, demasiado corriente y demasiado necesaria para tomarla en consideración, aunque fuera como el sustento diario. Antes Bea era su compañera, pero Bea era ahora diferente; se había apartado de Harriet; se había tornado serena, madura de todo, y distante, y tenía nuevas predilecciones; por ejemplo, había entablado amistad con Valerie, una chica grande y ruda que vivía en la otra orilla del río, quien desagradaba e infundía temor a Harriet, y la apartaba de Bea con secretos y acontecimientos, en los cuales Harriet no podía participar. Ya no confiaba en Bea. A Harriet le hubiera complacido jugar con Bogey. Si bien él era mucho menor que Harriet, ella también era niña, a veces; pero Bogey jugaba a su modo, que en nada se parecía al de Harriet. Harriet nunca podía admitir que las cosas fueran

como eran y a Bogey le gustaba que las cosas tuvieran vida y se comportaran a su modo, libremente. Por ejemplo, jugaba con lagartijas y serpientes; jugaba a los ejércitos con insectos. No le gustaban los soldados de juguete.

—Son todos de lata—decía—.Juego a los soldados con n'insectos.

—¿Pero no puedes fingir que son de verdad, Bog?— preguntaba Harriet.

—No, no puedo—decía Bogey—.Prefiero los n'insectos vivos.

Era un niño muy delgado, de brazos y piernas delgadas: llevaba el cabello corto, tenía una frente abovedada y sensitiva, mientras que sus ojos eran pequeños, castaños y vivaces, de mirada penetrante. Vivía, aislado, una vida completamente feliz y privada, y, aunque ocasionalmente necesitaba de Harriet, raras veces era por largo tiempo. Su juego preferido era dar- vueltas- alrededor- del- jardín- sin- ser- visto, y eso lo ocultaba hasta de Harriet. Constantemente sufría magulladuras, picadas y mordeduras, pero lograba ocultar sus heridas al igual que Bea disimulaba sus dificultades.—Uno de estos días te verás en un aprieto—

decía Harriet, celosa y disgustada, pero él sólo sonreía y ella intuía que Bogey prefería encontrar sus problemas por sí mismo. No tenía remedio. Era simplemente imposible jugar con Bogey.

En su soledad, Harriet sintió el impulso de elegir lugares apartados; uno era su refugio, bajo las escaleras, y otro, un paraje al final del muelle, el desembarcadero que se encontraba junto a la casa. A Harriet le agradaba sentarse en el extremo del desembarcadero, con las piernas meciéndose en el vacío, los rayos tibios del sol sobre la espalda y los oídos inundados del fresco gorgoteo producido por el agua al chocar contra los postes del muelle.

—¿Cómo es un Escondite Secreto, cuando no es ni secreto ni escondite?—preguntaba Valerie, refiriéndose al Escondite Secreto, pero para Harriet aún lo era, aunque prefería utilizar el desembarcadero para sus pensamientos menos reservados. El agua que se deslizaba hacía fluir sus pensamientos. Tenía también, aunque todavía no comprendía estas cosas, una afinidad con el alcornoque. Era su árbol, le pertenecía, como pertenecían a Bea los árboles de jacarandá, con sus brillantes hojas, el bambú y la maraña de encaje de la enredadera de velo de novia que había en el jardín; como pertenecían a Victoria,

los cerrados capullos de rosa Mariscal Niel. ¿Por qué? No lo sabía, pero le gustaba acercarse al alcornoque, le agradaba mirar hacia lo alto de su copa, y si realmente deseaba escuchar el río, iba a oírlo desde allí. Desde allí no parecía tan ruidoso ni se sentía tan cerca, ni atraía a Harriet como lo hacía cuando se encontraba en el desembarcadero. Bajo el alcornoque, podía oírlo deslizarse, constante, serenamente; y con él, siempre, el resoplido- el vapor- el resoplido de las máquinas de la factoría.

—Y sigue y sigue—decía Harriet, con la cabeza apoyada en el tronco del árbol—. Me pregunto que será de nosotros.— Y con eso quería decir, por supuesto—: ¿Qué será de mí?

Había modos de descubrirlo. A veces Nan solía jugar con ellos a adivinar el futuro por medio de amuletos de plomo. Dejaba caer pedazos de hojas de plomo en una cacerola de agua hirviente y, cuando se ablandaban, los sacaba con una cuchara y los ponía en un plato frío, donde se endurecían. Según la forma que tomaran, revelaban el futuro de las personas.

Jugaron ese juego un domingo por la mañana, unas tres

semanas después de la celebración del Diwali, cuando Valerie vino a pasar el día con ellos. El capitán John también había venido cojeando por el camino que conducía a la casa, después del desayuno, y estaba allí, sentado junto a Nan, con el bastón recostado de la silla.

Siempre está aquí, siempre, pensó Harriet resentida. Y también Valerie. ¿Por qué tienen que estar aquí? ¿No tienen su propio hogar?

Notó en aquel momento que, cuando el capitán John estaba a solas con ellos, parte de la rigidez de su rostro desaparecía. A veces reía y sus ojos no eran muy diferentes de los de Bogey, excepto que los de Bogey eran vivaces y los suyos producían, a menudo, una rara impresión de vacío; pero eran también dulces. Sí, admitió Harriet, tiene una mirada agradable, pero me gustaría que no cojea tanto.—¿Por qué cojea tanto?—había preguntado irritable a Mamá.—Porque fue tan malamente herido—dijo Mamá—. Herido de un modo insoportable.

Al mirar al capitán John en ese momento, bajo la luz de aquella mañana apacible y tibia, cuando acercaba su rostro al de Victoria, mientras ella se reclinaba en su

rodilla, resultaba difícil pensar que hubiera sido herido de un modo insoportable. ¿Insoportable? se preguntó Harriet, frunciendo el ceño. ¿Qué significa insoportable? Cuando me atrapé el dedo con la puerta de uno de los vagones del tren me volví loca de dolor. Loca. Entonces, ¿por qué no está él loco? ¿Por qué no murió? ¿Qué lo hizo vivir y no permitió que se volviera loco? Debe de ser más fuerte de lo que pensamos, se dijo Harriet, mirando al capitán John.

Sintió respeto por él cuando apartó a Victoria cuidadosamente y tomó la cacerola para dar un descanso a Nan. Ahora sus manos estaban firmes y su rostro se había enrojecido debido al calor del fuego. Parecía grande, sí, casi fuerte entre los niños, y su cabello oscuro, con mechones blancos, era atractivo. Como una urraca, pensó Harriet. Pues, es muy guapo, pensó Harriet sorprendida.

Sabía que Nan lo admiraba.—Es como un joven príncipe—decía Nan.

—¡Una extraña clase de príncipe!—decía Harriet—.Y

no es joven, Nan.

—Lo es, pobrecito.

—¡Oh, Nan!—decía Harriet impaciente—.¿Y por qué viene siempre?—siempre?

—Tal vez—tenemos algo que él necesita—decía Nan.

—¿Qué?

—No sé. Debemos rezar por él. Ya seguirá su camino cuando esté preparado—decía Nan.

—¿Seguirá? ¿Hacia dónde?—preguntó Harriet, pero Nan no lo dijo. En lugar de ello, añadió con una voz cuyo tono de amonestación revelaba que podía adivinar los pensamientos de Harriet—:Ahora no vas a decirle nada, Harriet.

—Como si fuera a hacerlo—respondió Harriet indignada, pero sabía que Nan tenía razón y que probablemente su curiosidad la vencería. Un joven príncipe, pensó Harriet. No estaba muy segura de que Nan estuviera equivocada.

—Capitán John—dijo Valerie—, ¿haría un amuleto para mí?—Por cortesía de la familia hacia el visitante,

se había cedido el primer turno a Valerie. ¿Por qué debía disfrutar de otra oportunidad tan pronto?

--Ahora le corresponde a Harriet--dijo ásperamente el capitán John, y Harriet lo escuchó y comprendió entusiasmada, en un instante, al advertir este tono seco en su voz, que él tampoco simpatizaba con Valerie, que no le agradaba. Harriet se aproximó.

El olor que despedía el carbón encendido del brasero invadía la terraza, junto con el olor del plomo caliente que formaba los amuletos y el olor tibio que se desprendía del almidonado delantal de Nan. Ram Prasad, quien siempre acompañaba a los niños en todos sus juegos, avivó el fuego mientras el capitán John hacía un amuleto para Harriet. El plomo se derritió, se esparció, y él lo recogió con la cuchara, lo levantó y lo dejó caer nuevamente en el plato, pero, aunque parezca extraño, la masa de plomo volvió a fundirse, chirriando, y tomó la forma de una esfera.

--Es redonda--dijo Bogey--, como una canica.

--Es un mundo--dijo Victoria. No la comprendieron hasta que Nan les recordó el globo del mundo que se encontraba sobre el escritorio de Papá.

--Es un mundo--dijo Harriet, tomándolo en la mano, ahora que ya se había enfriado. En su áspera superficie imaginaba ver mares y países--.Me pregunto qué significará.

--Bueno, Harriet, ¿estás satisfecha ahora que posees el mundo entero?--dijo Valerie.

Harriet la miró fijamente.

--Llegó su turno, capitán John--dijo, deseosa de reciprocarse por su acción--.Vamos a hacer un amuleto para usted. Veamos lo que usted será.

Con brusquedad, Valerie la empujó, de un codazo.

--¡Qué tonta eres!--susurró junto al oído de Harriet--.Lo harás sentirse muy mal. ¿Cómo puede él ser algo?

Pero--tiene que serlo, pensó Harriet. Por supuesto que tiene que serlo. Él no murió.

--¿Qué quiere ser?--preguntó la pequeña Victoria, volviendo la cabeza para mirarlo--.¿Qué podría ser?

Hubo un largo silencio. Nadie tenía nada que proponer.

--Pues bien--dijo Victoria-- ,creo que sería mejor que se quedara aquí con nosotros.

--Hagan un amuleto para Bea--dijo Nan.

Hicieron una lazada, una figura de forma circular, que semejaba un pequeño y tosco anillo.--Eso significa que serás amada y te casarás--dijo Nan.

Bea tomó el anillo, y, apoyada en la baranda de la terraza, lo miraba mientras se lo ponía una y otra vez. Después que el capitán John devolvió la cacerola a Nan, se levantó, se estiró y se acercó, cojeando, a Bea.

--¿Cómo se llaman aquellas flores?--preguntó a Bea, en seguida.

--Poinsetias--dijo Bea, con cortesía.

--Me hacen recordar que estoy en la India--dijo el capitán John--.Se ven tan encendidas y rojas, aun bajo la lluvia. ¿Y aquellas pequeñas de color azul pálido que se ven en los arbustos?

--Plumbagínea--dijo Bea.

--Este es un jardín muy bello--dijo él.

¿Por qué, pensó Harriet, habla con Bea con tanta formalidad? No se dirigía a Bea como si ella fuera una niña,

sino como a un adulto. Bea es una nifita, pensó Harriet. ¿Y por qué es tan atenta? No es necesario tratarlo con tanta cortesía.

—Me alegro de que le guste—dijo Bea.

—Creo que es el jardín más bello que he visto en toda mi vida—dijo el capitán John, con un tono serio.

Era un jardín hermoso. Las poinsetias crecían alrededor del plinto de la casa, enormes flores de dedos escarlatas por cuyos tallos circulaba una savia lechosa. La casa era amplia, cuadrada, hecha de estuco gris, con galerías a lo largo de las dos plantas e hileras de grandes ventanales con persianas verdes. Tenía un techo plano y un antepecho donde los niños jugaban, el cual estaba decorado con enormes margaritas esculpidas. ¿Puede una casa seria tener margaritas esculpidas? Ésta las tenía.

Bajo las poinsetias crecía la plumbagínea; formaba setos de color azul celeste y los macizos que bordeaba se llenarían más tarde de pensamientos, verbena y reseda, que ahora germinaban en un semillero hecho de bambú. A

lo largo de las veredas se alineaban tiestos con violetas salpicadas de rocío. En la terraza y en las escaleras, formando una doble hilera, había tiestos con crisantemos. Los crisantemos tenían ramilletes de flores enormes, blancas, bronceadas, amarillas y rosadas; algunas de ellas eran más grandes que la cabeza de los niños. Más tarde, en su lugar, habría petunias.

El césped se extendía ondulante hasta el río, bajo los árboles; pero había flores, las buganvillas, de color naranja, púrpura, rojo morado y cereza, como la cinta que Bea llevaba en el pelo, que se apiñaban unas contra otras y escalaban los troncos de los árboles; había, en el rosal, arbustos de rosas Mariscal Niel, con sus pequeñas flores color amarillo limón, y de otras variedades, y arbustos de diminutas rosas bengalíes de matiz rosado. Había hibiscos comunes, rosa, crema, amarillos y rojos, que ya florecían; dondiego y otras enredaderas que crecían junto a la casa, en el balcón, cerca de las persianas, y se adherían al tronco de los árboles: jazmineros y begonias de tonalidad anaranjada, pasionarias y quisqualis que florecían en enero y en la primavera; ahora sólo habían florecido la enredadera rosa y blanca y la de velo de novia que se extendía sobre el

portal. En el jardín había ardillas, lagartijas y aves: el bulbul, el martín pescador, la paloma, el petirrojo, el picaflor, la urraca, el aguzanieve, y el halcón. Los pájaros son pequeñas señales de vida y son más sinceros que las flores; con ellos no pueden hacerse trasplantes ni injertos, ni pueden tornarse azules o rosados. Estas aves eran algo típico de la vida en este jardín, como lo eran de los campos, los blancos ánades y los buitres; como ~~al pertenecían al río~~ ~~2. en el~~ ~~martín pescador~~ y los milanos que revoloteaban en círculos; el jardín estaba invadido por mariposas de cola de golondrina, de mayor tamaño que los picaflores, y por los insectos y las hormigas de Bogey; nadie, en realidad, conocía los insectos, excepto Bogey. A veces, durante la noche, chacales y luciérnagas venían al prado, y, en la oscuridad, un arbusto llamado dama de noche perfumaba toda la casa con su aroma.

El alcornoque de Harriet se alzaba a un lado del camino que conducía a la casa, justamente frente a las escaleras. Era tan alto como la casa. Pronto florecería, estaría cuajado de flores que, al caer al final del invierno, formarían un extenso círculo sobre la yerba. En el alcornoque vivían pájaros carpinteros y, cuando llegaba la

estación, a su alrededor crecían lirios japoneses.

En aquel momento el capitán John miraba el árbol.

—Y ese es un árbol muy hermoso—dijo.

—Pertenece a Harriet—dijo Bea.

—¿A Harriet?—Respondió como si se hubiera sorprendido, y de pronto, Harriet se sintió extrañamente tímida, extrañamente complacida.

—Por lo menos, eso es lo que ella dice, aunque no sé por qué lo dice—dijo Bea.

Por un instante Harriet sintió la mirada del capitán John sobre ella, pero cuando alzó la vista para mirarlo, vio que la había olvidado; ahora miraba a Bea, y vino a su mente el repentino recuerdo de la visita del capitán John, la noche del Diwali. Había notado entonces, que él estaba mirando algo o a alguien, y ella siguió su mirada y descubrió que se detuvo en Bea. ¿Por qué? ¿por qué miraba a Bea? Nuevamente la miraba con aquella misma expresión de extrema dulzura e interés. Entonces Bea también se volvió para mirarlo.

—Déjame ver tu anillo—dijo él.

Bea lo miró con extrañeza y sorpresa, dejó caer el anillo en su mano y fue a reunirse con los demás.

Nan había hecho un amuleto para Victoria. Tenía forma de vaso.

—Es un cubo—dijo Victoria.

—O un dedal—dijo Nan.

Nan y Victoria no podían manifestarse más diferentes. Victoria era rolliza, muy rubia, tenía un hermoso cuerpo de carnes rosadas y suaves, con hoyuelos y rosquillas en las articulaciones; la parte trasera de sus piernas y muslos resultaba especialmente encantadora. Contrastaba con Nan, la anciana anglo-india, que era delgada, pequeña, de color muy oscuro, de fina piel morena que ya se veía flácida, cansada y mostraba sombras azules y bolsas bajo los ojos. Sus manos eran pequeñas, delgadas, laboriosas; tenía las puntas de los dedos arrugadas y desgastadas por una vida dedicada a lavar y a coser. Su cabello era negro, reseco, fino; lo llevaba sujeto con peines de concha colocados a cada lado de la cabeza. Usaba un traje de listas y un delantal que tenía la frescura y limpieza de un convento. Sus ojos eran como los de Victoria, castaños y

claros; y a medida que su cuerpo se consumía, parecía dejar toda la vida en ellos.

Además del parecido de sus ojos, existía, en aquel momento de sus vidas, otra semejanza entre Nan y Victoria: ambas eran perfectas. Victoria se encontraba en la etapa en que la infancia llega a su fin; en el caso de las niñas pequeñas, especialmente, esta etapa se prolonga por tres o cuatro meses, durante los cuales son inconscientemente perfectas. Victoria no tenía problemas, no causaba dificultades; Nan tampoco. Nan había llegado a la culminación de una vida dura y había logrado desligarse de sus problemas. Había reclamado, a través de su vida y servicios, lo que Victoria aún no había perdido.

Entonces Nan hizo un amuleto para Bogey.

A veces el plomo no tomaba ninguna forma, y ahora se resistía a coagularse. Corrió y se esparció por el plato sin tomar forma alguna.

—¿Qué le pasa?—preguntó Harriet—.¿Cómo podremos saber lo que significa?—No lo dirá—dijo Nan.

—Échalo de nuevo en la cacerola y trata otra vez, Nan.

--No--dijo Nan--.Si no lo ha dicho, no lo dirá.

Lo lamento, Bogey.

--No importa--dijo Bogey, alegremente. Tomó la masa de plomo aún blanda, formó con ella una bolita como la de Harriet y comenzó a jugar a las canicas.

Harriet abandonó a los otros y se retiró. Había llegado el turno de Valerie para hacer otro amuleto y no quería estar presente. Se dirigió a la entrada, se detuvo bajo el alcornoque y miró hacia lo alto de su copa, mientras pensaba cuánto lo admiraba el capitán John. Ella misma no pensaba que fuera tan hermoso como los árboles de jacarandá, por ejemplo, o como la higuera que crecía pegada al muro de la casa de Ram Prasad, junto al portal.--Pero me gusta--dijo Harriet en voz alta.

Vio una hendidura en el tronco del árbol, lo suficientemente baja para alcanzarla. Saltando sobre los lirios, se acercó y, con gran facilidad, introdujo su amuleto en la grieta, la bolita rodó y se alojó en un hueco de unas cinco pulgadas de profundidad que había en el fondo de la hendidura. Podía alcanzarla con los dedos, pero prefirió dejarla allí. Ese es un lugar seguro, pensó Harriet. Bogey podría

jugar canicas con su amuleto, pero ella estaba segura de que el suyo era presagio de algo.

Cada año las aves construfan sus nidos en el jardín. Siempre había un nido de picaflores en la buganvilla que escalaba uno de los muros de la casa; un tosco nido de alargada forma de lágrima, construido con fibras y hojas secas, del cual se veía salir velozmente a los picaflores para regresar una y otra vez. Ahora había un nido de palomas en la enredadera que se extendía sobre la terraza; podía verse la paloma en su nido; permanecía allí durante horas; su pecho era gris, salpicado de marrón.

—¿Qué hace?—preguntó Victoria.

—Empollando—respondió el capitán John. A menudo hablaba, muy dulcemente, con Victoria.

Se hospedaba en la casa. Mamá lo había hecho venir desde la Casa Roja, de modo que ella y Nan pudieran cuidarlo, ya que la herida en su pierna sana se había abierto y supuraba.

—Entonces no puede estar muy sana—había dicho Harriet.

—No lo está, pero es la mejor que tengo—respondió el capitán John.

Harriet había oído decir a su padre:—No debería trabajar aquí, en este clima. Es una crueldad—Pero el capitán John conseguía realizar su trabajo, aunque se viera enfermo, agotado, tenso y envejecido, y lograba hablarle con dulzura a Victoria, aunque perdiera la paciencia cuando se encontraba en compañía de los demás niños.

—¿Empollando?—preguntó Victoria, mirando hacia el nido—.¿Eso es empollar?—dijo—.La paloma parece...feliz.

—Creo que lo es—dijo el capitán John, con seriedad—. Se sienta en su nido y observa al mundo entero dar vueltas a su alrededor, toma de él todo lo que quiere y lo pone en sus huevos.

—No debería decirle cosas como esa a Victoria—dijo Bea—.Cree que son ciertas.

—Pero, son ciertas—dijo el capitán John.

—Usted es tan extraño—dijo Bea—.Dice unas cosas tan raras.—El capitán John sintió enrojecer súbitamente su rostro macilento y levantó la mano para alisarse el cabello,

algo que siempre hacía para disimular su nerviosismo. La mano le temblaba. ¿Por qué, pensó Harriet, le importa tanto Bea? Entonces comprendió que le resultaba agotador hablarle a Bea como hubiera deseado hacerlo. Para él era más fácil expresarse con brusquedad, como cuando le decía a Harriet:—Maldita sea, Harriet. Quitame esa manota de la pierna. Me lastimas.—Nunca le hubiera hablado así a Bea.—Y no es extraño—se dijo Harriet—.Eso que dijo sobre la paloma fue algo hermoso.

—¿Salimos de un huevo?—preguntó Victoria.

—Tú todavía estás en él—le respondió Harriet, embromándola—.Papá dice que todavía no has salido del cascarón, Victoria.

Resultaba extraño pensar que Harriet, quien aún era una niña, pudiera recordar la época cuando Victoria, que ahora se encontraba allí en la terraza junto a ellos, tan grande y tan real, no estaba. Entonces Victoria no existía. Y antes no había un lugar para ella, pensó Harriet confundida. No había lugar y, sin embargo, la recibimos en nuestra familia. Parecía curioso y extraordinario el que las familias siempre pudieran acoger a un nuevo bebé.

Entonces recordó lo que se suponía que supiera, lo que le habían dicho y aún no podía comprender: que pronto, dentro de uno o dos meses, o, tal vez sería dentro de tres o cuatro, habría otro bebé en la familia.

—¿Lo sabía?—preguntó al capitán John.

—¿Saber qué?

—¿Cómo esperas que la gente sepa a qué te refieres si sólo has estado pensando, sin decir nada?—dijo Valerie. Bea no defendió a Harriet, pero la miró con severidad.

Harriet se apartó de ellos.

—¿Salimos de un huevo?—había preguntado Victoria. Antojársele preguntar eso, pensó Harriet, mientras se alejaba, pero sería curioso que así fuera. Mientras decía esto se sintió atemorizada. Muy a menudo tenía esta sensación de estar encerrada, prisionera bajo una especie de pequeña bóveda. Y si fuera un huevo, pensó, no tendría pico para romper el cascarón.—¿Cómo podría salir? Nunca podré salir—iba a decir aterrorizada, y entonces recordó que, si estuviera en un huevo, al igual que un polluelo, crecería demasiado para poder permanecer allí y el cascarón se rompería. Lo importante es crecer rápidamente, pensó

Harriet, y dijo en voz alta—:Nan dice que mudamos la piel siete veces durante nuestra vida. Tal vez esta es la misma idea.

—Esas son las serpientes, no las personas—dijo Bogey—.Harry, Ram Prasad dice que bajo la higuera vive una serpiente, pero no debes decirselo a nadie. Iremos a verla. Quizá veamos cuando mude la piel—dijo Bogey—.

—¡Uf!—exclamó Harriet. Harriet no compartía aquella inclinación natural que demostraba Bogey hacia los insectos y reptiles, pero, fascinada de horror, lo acompañó hasta la higuera. Cada extremo de la tapia del jardín quedaba incrustado en el tronco del árbol, de modo que éste formaba parte del muro del jardín y uno de sus lados miraba hacia la casa y el otro, hacia la carretera. Harriet sabía porqué la cobra, si existía tal cobra, había venido a aquel lugar. Se debía a que la parte del árbol contigua a la carretera era un altar con un plinto pintado de blanco, donde los aldeanos acostumbraban colocar platillos con leche y ofrendas de arroz, azúcar quemada y requesón. A las serpientes les gusta la leche, y Harriet adivinó que la cobra había venido allí por esa razón.

Ella y Bogey permanecieron agachados, mientras observaban las raíces, pero nada se movió. En cualquier momento Harriet esperaba ver surgir entre las raíces del árbol, los horribles anillos de color gris bronceado de la serpiente. ¡Uf! Harriet se estremeció, y al fin, cuando se cansó y se puso de pie, sintió húmedas las manos y las corvas, donde había colocado las manos al agacharse.—No quiero verla—dijo—.Bogey. ¿Sabes? Estoy segura de que tenemos que decirlo. Se supone que avisemos cuando veamos una serpiente en el jardín.

Bogey no la había oído. Aún permanecía agachado, esperando, atento a cualquier movimiento que pudiera observar en el nido de la serpiente. Esto no se debía a que Bogey fuera desobediente, sino a que vivía en una feliz inconsciencia que le impedía percatarse de lo que le advertían.—Pues bien—dijo Harriet—,no hemos visto nada todavía, y en realidad la serpiente no vive en el jardín, sino en la higuera.

Se dirigió a la casa y por el camino pasó junto a Victoria, que jugaba con su muñeca.—Me divierto tanto

jugando con mi bebé—dijo Victoria a Harriet—.Nació ayer otra vez.

—Haces que nazca todos los días—dijo Harriet, desdeñosa.

—¿Por qué eso no puede ser?—preguntó Victoria—. Se puede nacer una y otra vez, ¿no es cierto?

La pregunta la confundió. Cada vez que Harriet analizaba uno de aquellos comentarios tontos, no le parecía tan tonto. —No lo comprendo—se dijo, y se preguntó quién podría explicárselo; era tal la simpleza aparente de su pregunta, que dudaba de que pudiera encontrar a alguien a quien hacer comprender claramente lo que deseaba preguntar. Entonces se decidió; se arriesgaría a preguntarle al capitán John.

Quizá me responda con una maldición, pensó Harriet. Le agrada Bea, pero no importa, puede hablar conmigo, aunque sea por una sola vez, se dijo. Si se ríe de mí, que se ría. No importa. No vaciló más y salió a buscarlo.

Estaba apoyado en la baranda de la terraza, sin hacer nada, mirando el sol y las flores, quieto, mientras soñaba.

—Capitán John—dijo Harriet, interrumpiéndolo—. Quiero hablar con usted.

—¿Tienes que hacerlo?—respondió perezoso.

—Sí, tengo que hacerlo; sobre el nacimiento.

Aún no parecía estar dispuesto a complacer a Harriet.—¿No puedes hablar sobre eso con Bea o con Nan, Harriet? Yo no puedo hablar sobre el nacimiento.

—Pero, sí puede—dijo Harriet, mientras trataba de convencerlo empujándolo suavemente—. No quiero que me diga nada. Sólo quiero hablar.

La miró; en su rostro no había señales de tensión, sino una expresión de apatía.

—¿Sabes que tus ojos tienen manchitas, puntitos?

—¿Como el pecho de la paloma?—preguntó Harriet.

Él la miró con mayor atención.—¿Qué paloma?

—La paloma que hay en el nido. Me gustó eso—eso que usted dijo.

—¿Te gustó?—respondió él, y pareció complacido.

Mientras hablaba con Harriet, había conservado la misma postura cómoda y su expresión soñadora, había olvidado alisarse el cabello y enderezarse la corbata. La miró a los ojos, perezosamente, sin pensar en sí mismo.

—Escuche—dijo Harriet. Apoyándose en la baranda, junto a él, le dijo lo que pensaba, lo que la preocupaba y pudo expresarlo con palabras excepcionalmente claras, casi cristalinas. Le habló sobre el comentario de Victoria y de cómo, aun siendo una observación tonta, parecía encerrar una verdad; le habló sobre lo que él había dicho y a Bea le había parecido extraño, pero que era, sin embargo, también cierto.—¿Todo es un poco cierto, entonces?—preguntó Harriet.

Podía ver la higuera asomarse tras el bambú que en parte la ocultaba, y pensó, con indiferencia, si la cobra habría salido. ¡Uf! dijo Harriet nuevamente y sus hombros se estremecieron mientras aguardaba la respuesta de capitán John.

—Mi idea—dijo el capitán John—no es muy diferente de la de Victoria, aunque ella no quiere decir lo mismo que yo pienso—dijo el capitán John, mientras apartaba sus ojos de Harriet y miraba hacia el jardín—, que nacemos

una y otra vez porque tenemos que hacerlo, cada vez que nos sucede algo, con cada nuevo episodio de nuestra vida.

—¿Qué es un episodio?

—En realidad es un incidente...algo que ocurre entre dos actos.

—No entiendo.

—Llamamos incidente a un suceso. Con cada nuevo suceso, tal vez con cada persona que conocemos, si es importante para nosotros, debemos, o nacer de nuevo, o morir un poco; son muertes grandes y pequeñas, nacimientos grandes y pequeños.

—Yo pienso que sería mejor seguir naciendo, una y otra vez, en lugar de morir siempre—dijo Harriet.

—Si podemos—dijo el capitán John—,pero requiere un poco de esfuerzo. A eso es a lo que llamamos crecer, Harriet, y es con frecuencia doloroso y difícil. En general, es más fácil morir.

—Pero usted no murió—dijo Harriet.

—Procuré arreglármelas para sobrevivir, pero eso no constituye un criterio en que basarse—dijo el capitán John.

—¿Qué es un criterio?—preguntó Harriet, pero antes de que él pudiera responder, volvió a preguntar—:¿Quién es importante para usted, capitán John?

—No te preocupes por eso—respondió, se puso de pie y se estiró—.¿Crees que ahora podrías marcharte y dejarme solo, como una buena niña?

Harriet se dirigió al muelle y se sentó en el lugar acostumbrado.—Desearía que me lo hubiera dicho—dijo Harriet. Mecía los pies sobre el agua; aún los llevaba descalzos y hasta ahora no había contraído parásitos. Mientras movía los dedos para sentir el polvo entre ellos, se preguntaba como sería la imagen que de ella se habría forjado el capitán John. Entonces se preguntó, con mayor sinceridad, si en realidad se fijaba en ella. Pero dijo aquello sobre mis ojos, arguyó Harriet. Sí, dijo que tenían manchitas—mas no sabía si lo había dicho en tono de burla o de admiración. Pensó nuevamente en el modo en que lo había visto mirar a Bea cuando encendieron las lámparas, la noche del Diwali. Habían subido a la azotea, en la oscuridad, y la pequeña llama de cada lámpara proyectaba su luz sobre el área a su alrededor, pero ésta no era

suficiente para iluminar todo el techo. Cuando alguien se inclinaba sobre una de las lámparas era iluminado repentinamente y, al servir aceite en una de ellas, Bea quedó envuelta en la luz; sus hombros, su cuello, su perfil y sus cabellos relucían; resplandecía. Mientras servía el aceite alzó la vista y rió por algo que Valerie decía. Harriet notó que el capitán John había permanecido allí, perdido, y que el aceite de la lámpara que sostenía se había derramado en el suelo. Valerie lo reprendió. Si, él miraba a Bea, se dijo Harriet tristemente.

Hubiera deseado alcanzar el agua con la punta del pie. La corriente del río gorgoteaba, chocando contra los postes del muelle; Harriet miraba perezosamente el movimiento que se desarrollaba en el río, mientras su mente se olvidaba de aquella parte de la idea expresada por el capitán John y pensaba en la otra. Nacemos nuevamente con cada gran suceso de nuestra vida. No comprendo eso muy bien, pensó Harriet.

Vea navegar río abajo un bote cargado de vasijas de color rojo brillante; luego pasó un bote sin carga alguna; más tarde, una lancha que venía río arriba; Harriet observó su negra chimenea de franjas azules y su casco blanco y

rojo: Pertenece a la compañía Brentford, pensó; es el Duende. En la cubierta venía una señora alta, vestida de blanco. Era la señora Milligan; Harriet la identificó sin el menor interés. ¡Qué pocas! Qué pocas personas eran importantes, se dijo, y, con cierta apatía, comenzó a pensar en las personas que ella consideraba importantes. Papá- Mamá- Bea- Bogey- Victoria. Pensó automáticamente, y no se percató de que, mientras decía sus nombres, en realidad no había estado pensando en ellos. ¿Y Nan? Su vacilación la hizo pensar en Nan. No, Nan no lo es, pensó mientras observaba deslizarse sobre el agua un bote de motor, en cuya proa ondeaba la bandera de la policía, la cual casi rozaba el agua que batía el casco; el oleaje que dejó tras de sí vino a romper justamente contra el muelle donde Harriet estaba sentada. ¿Alguien más? se preguntó Harriet. Por supuesto, no se suponía que los niños consideraran importantes a muchas personas, pero aun cuando trataba de limitar su grupo de personas importantes, sus pensamientos regresaban a la pregunta que deseaba hacerse. ¿Y el capitán John? se preguntó Harriet finalmente, y respondió como tenía que responder, con la verdad. ¿Cómo puede él ser importante para mí? Es Bea quien le agrada. Al principio creíamos

que era Victoria, pero es Bea quien le interesa.

Una marsopa se acercó dando vueltas lentamente en medio de la corriente, meciéndose con un hermoso movimiento rítmico que hizo adormecer a Harriet. Se frotó la espalda contra el poste y se escarbó en la callosidad que tenía en el dedo. ¡Muy bien! pensó Harriet con agrado, conoceré montones de personas cuando sea mayor, cuando sea famosa. Van a ocurrirme muchísimas cosas.

Un zumbido y un chapoteo en el agua la hicieron saltar en tal forma que casi cayó al agua. Un martín pescador había atacado desde una rama que se encontraba sobre ella. Ahora se posaba sobre un poste, con el pez que aún se retorció y se estremecía atrapado en su pico. El desafortunado animal había estado nadando y alimentándose plácidamente, alegremente, en algún lugar bajo el muelle, y ahora, lo habían atrapado y alejado de su elemento. Y se lo han tragado, pensó Harriet con pesar, al verlo desaparecer.

Me gustaría saber qué piensan los otros peces, se dijo Harriet, pero entonces pensó que ocurría lo mismo que con cualquier muerte; una persona era atrapada y

desaparecía. Pero, ¿qué se sentirá cuando esto ocurre precisamente en el seno de nuestra familia? No podía pensar en ello, le parecía imposible, y sin embargo, lo había visto suceder hacía un instante. Las cosas suceden, se dijo, pero volvió a adormecerse con el sonido del río que susurraba en sus oídos. Esos eran peces, se dijo Harriet alegremente. Sólo peces.

Ya no había señales del chapoteo. El agua corría tranquila donde había ocurrido.—Ahí está...Cualquier cosa puede suceder, cualquier cosa, y, sea lo que sea, los demás peces continúan retorciéndose, nadando y alimentándose, porque tienen que hacerlo—dijo Harriet—.El río tiene que seguir.—No importaba lo que sucediera, la muerte de un pez, un naufragio, la salida del sol, todo era asimilado por el río. El margen opuesto parecía una línea al otro lado del río, una línea de campos, un grupo de árboles junto al templo, y más allá se veían los muros, los techos, la chimenea y el muelle de la factoría del padre de Valerie. Desearía saber lo que piensa sobre la muerte; el capitán John, no el padre de Valerie, pensó Harriet con abandono.

Me gustaría saber si piensa sobre la muerte lo mismo que sobre el nacimiento, si en realidad piensa que uno podría morir una y otra vez. ¡Dios mío! pensó Harriet, estuve a punto de morir cuando casi me caigo del muelle. ¡Me moriría si viera la cobra! Pero lo que el capitán John quería decir era algo más profundo. Harriet lo sospechaba, mas su mente se sentía ahora demasiado perezosa, demasiado feliz, para explorar.

A veces, por las noches, Harriet pensaba en la muerte. Pensaba en el día en que Papá, Mamá o Nan, quien era en realidad una anciana, murieran; entonces se apresuraba a despertar a Bea para que la consolara.

Cuando murió la esposa de Ram Prasad la llevaron hasta el río en unas parihuelas y la colocaron sobre una pira, donde fue cremada. Después arrojaron sus cenizas al río. Bogey y Harriet se había acercado para ver, aunque sabían que su madre no se lo hubiera permitido.

—¿Te pesó haber ido?—preguntó Harriet a Bogey más tarde.

—¿A dónde?

—A la cremación.

—Sólo me pareció una fogata.

Así había sido. La pira ya ardía cuando llegaron al lugar y se escondieron tras un horno de ladrillo situado junto a las escalinatas que conducían hasta el río, de manera que ni siquiera Ram Prasad pudiera verlos.

—No me gustó el olor—dijo Harriet—. ¿Viste cuando echaron las cenizas al río?

—No estaba mirando—respondió Bogey—, había una rana...—Comenzó a pensar en la rana, pero después de unos instantes dijo—:No, no me pesó.

—Ni a mí—dijo Harriet. No había visto el cadáver, sólo aquellas cenizas, y no parecían tener ninguna relación con una persona que había vivido, que caminaba, hablaba, se alimentaba; que había jugado con su bebé y había reído. No, hasta ahora sólo eran pájaros como el martín pescador, y animales como los conejillos de Indias, los gatitos y los conejos con los cuales jugaban, los que habían permitido a Harriet entrever algo sobre el nacimien-

to y la muerte.

Nan le decía que si era buena, al morir iría al cielo. "Al paraíso." Mamá asentía con cierta inseguridad e indiferencia, para confirmar lo que Nan decía. Nan estaba bastante segura de ello.

—Al eterno descanso—decía Nan, mirando las protuberancias que habían hecho surgir en los zapatos sus dedos deformes—.Y tendrás alas como los ángeles—añadía, mientras subía trabajosamente las escaleras, llevando la ropa lavada.

Harriet había visto el paraíso en una película, pero había sido el paraíso hindú, representado en una película india, en la cual aparecía Krishna tocando la flauta, en un jardín lleno de flores y de danzarinas. ¿Sería el paraíso de los musulmanes? No estaba segura. Había preguntado a Papá qué hacían los budistas cuando morían; él había tomado un libro y había leído un pasaje sobre una gota de agua que resbalaba hasta caer en la mar cristalina y se perdía. Preguntó a Mamá y ésta le recordó la resurrección de Jesús; algunas personas, añadió, piensan que regresamos una y otra vez de entre los muertos, para

vivir una nueva vida.—Una mejor vida—dijo Mamá.

—Dios mío, qué bueno será uno al final—dijo Harriet.

Esa era la idea, pensaba Mamá, y si una persona no era buena, continuó diciendo, regresaba convertida en algo inferior.

—¿Cómo qué, por ejemplo?

—Como un animal. Un insecto. Una pulga—dijo Mamá sonriendo.

Preferiría ser una pulga, pensó Harriet, imaginándose como una pulga alegre y saltarina, pero a Bogey, a quien no le agradaba ser calificado de bueno o malo, no le entusiasmaba la idea.—Preferiría terminar con eso—dijo.

Todas estas ideas semejaban grietas en el subconsciente de Harriet. Antes habían surgido otras, pero ahora Harriet crecía con gran rapidez.

El invierno transcurría. Día tras día desaparecía,

se alejaba. Hay tantos días así, pensaba Harriet, pero no tantos como las gotas de agua que hay en el río.

Había regresado al muelle. Ahora venía con frecuencia a contemplar el río. El río, de poderosa corriente verde bañada por el sol, se deslizaba melancólico. Harriet, que comenzaba a dejar de ser una niñita para convertirse en una niña madura, empezaba a sentir su paz.—Viene de una fuente—se decía. Ahora estudiaba geografía—Viene desde muy lejos, surge de un hilillo de agua en un manantial, nadie sabe dónde exactamente, o tal vez alguien sabe; no importa. Va a reunirse con algo mucho mayor que él, aunque realmente parece muy grande. Se dirige al mar—pensaba Harriet—y nada lo detendrá. Nada detiene a los días o a los ríos—afirmaba Harriet.

Entonces el conejillo de Indias, Betsabé, murió.

Los niños poseían veintenas de conejillos y solían jugar con ellos a los pastores; conducían los rebaños de conejillos a través de la yerba. Betsabé era uno de los primeros que habían tenido, era una vieja hembra blanca que pertenecía a Harriet. Un día, Harriet la encontró

tendida en un rincón de la jaula, parecía dormir tranquilamente. Cuando Harriet la tomó sintió que sus músculos no estaban flácidos, sino extrañamente rígidos, elásticos, y la piel había perdido la suavidad. "Creo que está muerta," pensó Harriet, pero aún no estaba muy segura de lo que estar muerto significaba. No llevó a Betsabé donde Mamá, donde Nan u otra persona de la casa; la llevó a través del jardín y cruzó el portal, la condujo hasta la Casa Roja, para buscar al capitán John; pero todos los asistentes habían salido, excepto el señor Corsie, quien se encontraba en cama, pues había contraído disentería.

—¿Puedo entrar, señor Corsie?—preguntó Harriet.

—¿Qué quieres?—preguntó el señor Corsie sin entusiasmo. Se sentía muy mal.

—Por favor, ¿podría decirme si está muerta?—preguntó Harriet, mientras le mostraba a Betsabé para que la examinara.

—¡Uf! ¡Sácala de aquí!—gritó el señor Corsie.

—¿Está—uf?—preguntó Harriet vacilante.

—¿No me oyes?—preguntó el señor Corsie—. ¡Sácala! O se lo diré a tu padre.

—Pero, ¿está muerta?—volvió a preguntar Harriet.

—Está bien muerta. ¡Llévatela! ¡Por Dios! Apesta.

Inmediatamente Harriet dejó caer a Betsabé al suelo.

Esa noche se sentía muy preocupada.

—Bea.

—Silencio.

—Bea.

—¿Qué sucede, Harriet? Tengo sueño.

—Bea...¿cuando morimos nos sucede lo mismo que a
...Betsabé?

—¿Qué le sucedió? preguntó Bea, bostezando.

—Se puso tiesa. Dura. Y apestaba—dijo Harriet
llorosa.

—Sí, supongo que nos ocurre lo mismo—dijo Bea,
soñolienta—.A eso se le llama cadáver.

Bajo las sábanas, Harriet se sintió estremecida por
un escalofrío.

—Bea.

—Silencio.

—Bea.

Nadie le respondió.

—Bea. Bea. ¡BEA!

—¡Oh, Harriet! Estoy durmiendo. ¿Qué quieres?

—Bea. Yo no quiero.

—¿Qué es lo que no quieres?

—Ser un cadáver.

—Pero, si no lo eres—respondió Bea con una actitud práctica.

—Pero lo seré—dijo Harriet, y comenzó a llorar.

—¿No crees que podrías esperar a que lo fueras?—preguntó Bea—. Tengo tanto sueño, Harriet.—Entonces se sintió preocupada por el llanto de Harriet, y le dijo dulcemente—: ¿No podrías esperar hasta mañana, Harry?

—No. No. No puedo—sollozaba Harriet—.Tengo miedo, Bea. No puedo olvidar lo que sentí cuando tomé a Betsabé en mis manos. Tengo miedo, Bea.

—No llores—decía Bea suavemente. Se sentó en la cama y, bajo la luz que provenía de la terraza, Harriet podía ver sus hombros apenas cubiertos por el camisón de tirantes blancos y sus cabellos oscuros—.No llores, Harry. No es nada por lo que haya que llorar. Estoy segura.

El sonido de su vocecita serena pareció consolar a Harriet, hasta que pensó que Bea también moriría, que sus cabellos, su voz, todo, desaparecería. Entonces nunca volveré a escuchar su voz, se decía Harriet, mientras lloraba en silencio, y Mamá morirá y Nan, Nan es vieja y morirá muy pronto.—¿Por qué dices que no tenemos que llorar por eso?—gritó Harriet con amargura.

—¡Oh, Harry! Haces demasiadas preguntas.

—Sí, pero...¿Tú nunca piensas en la muerte, Bea?

—Pues, sí, pienso—respondió Bea.

—Entonces, ¿qué es lo que piensas?—preguntó.

—Es difícil saber lo que pienso—dijo la vocecita de Bea desde la obscuridad—. Pero sé algunas cosas.

—¿Qué sabes?—preguntó Harriet con voz temblorosa; luego dijo suspicaz—: Nan y Mamá y Ram Prasad nos dicen cosas sobre Jesús y Brahma, pero en realidad no saben nada.

—Yo creo que están todos equivocados—dijo Bea severamente—. Las cosas que pienso son distintas. Son más sencillas.—Y añadió, como si se le hubiera ocurrido en ese momento—: Son cosas más razonables.

—¿Qué clase de cosas?—balbuceó Harriet.

—Escucha—dijo Bea—. Cuando alguien, cualquiera, muere, como Betsabé, pues muere. La vida, el aliento, el... calor que había en él, lo abandona.

—Nan llama a eso espíritu.

—El espíritu, entonces—dijo Bea—. Yo lo llamo el calor, pero, sea espíritu o calor, se aleja.

—Sí—dijo Harriet—. Sí. Abandonó a Betsabé.

—El cuerpo queda atrás—dijo Bea—, ¿y qué le sucede?
Se pudre.

—¡No digas eso!—exclamó Harriet, y se estremeció.

—No puedes conservar un cadáver...

—Excepto las momias o esos rajás que se conservan en miel—dijo Harriet.

—Entonces creo que...—añadió Bea y luego se contradijo—. Entonces sé, que eso no es lo mismo que seguir vi-
viendo. Es algo inútil. El cuerpo nunca servirá para
nada más.

—¿No?—dijo Harriet.

—Pero lo otro, el calor, se ha ido. No se queda y
se pudre. Eso es lo que creo—dijo Bea—, que esa parte sí
es útil. Que va a algún lugar, a algún sitio.

—¿Pero adónde?—preguntó Harriet—. ¿Adónde?

—Preguntas demasiado, Harry—respondió Bea.

—Me pregunto qué pensará el capitán John—dijo
Harriet con desesperación.

—¿El capitán John?

—Sí. Tal vez piense algo—dijo Harriet, y, dejándose vencer por su curiosidad, preguntó—:¿Qué sientes cuando estás con el capitán John, Bea?

Inmediatamente Bea volvió a acostarse. Harriet sabía que no le respondería.

Pero, una vez hubo silencio, Harriet se sintió incomprendiblemente confortada. ¿Por qué? Bea no había hablado mucho, pero Harriet se sintió fortalecida. Mantuvo la cabeza bajo las sábanas por unos instantes y luego descubrió que se sentía en perfectas condiciones para salir; yacía tranquilamente, mientras miraba a través del mosquitero el débil resplandor de las estrellas que pasaba entre las columnas de la terraza. Escuchaba el constante resoplar del vapor que escapaba de la maquinaria de la factoría, y el eterno murmurar del río. Aprenderé más sobre eso según vaya creciendo, pensó alegremente. Sobre la vida, la muerte y el nacimiento, como decía el capitán John. Bostezó. Naturalmente, suponía que el momento de crecer estaba aún muy lejos.

Mientras se adormecía, trataba de recordar los nombres de las estrellas y pensaba, cuánto más duraderas que las personas eran las estrellas y otras cosas como los árboles,

las montañas, las islas, la arena, al igual que las cosas creadas por el ser humano: las canciones y los cuadros, los jarrones valiosos y los poemas.—Las obras son la clave de todo—se dijo Harriet soñolienta, entonces una idea, como el flechazo luminoso de una de aquellas estrellas, pero real, certera, surgió de su mente. Había pensado que tal vez, si su obra poseía suficientes méritos, algún día tendría una pequeña participación en aquel todo. Quizás se recite alguno de mis poemas en... el año 4000 D.C., pensó Harriet. Sería posible. No estoy segura, pero podría ser. Me sucedería lo mismo que ocurrió a los poetas chinos, pensó un poco confundida. O lo mismo que ocurrió a Keats o a Shakespeare, se dijo, y un nuevo sentido de responsabilidad surgió en ella. Esa era una nueva sensación para Harriet. Nunca antes había tenido responsabilidad alguna y ahora, ésta la hacía experimentar el sentimiento más sincero y humilde que jamás había conocido—.Debo trabajar—se dijo Harriet seriamente—.Debo trabajar y trabajar y trabajar.—Como la reina Victoria, pensó, haré una gran obra, una gran obra.

"Allí vio rosas que confortaron su corazón
y vio de sus rojos capullos..."

Pero, por alguna razón, el poema ya no parecía interesante. Dio un gran bostezo, el poema se tornó confuso en su mente, y se quedó dormida.

A la mañana siguiente, al salir y detenerse en el muelle antes del desayuno, se preguntó a qué se debía toda la agitación de la noche anterior. En aquel momento sintió que no necesitaba permanecer allí mirando al río deslizarse, cuando la mañana en el jardín parecía espléndida.—¿Por qué estaba tan inquieta anoche?—se preguntó. Se sentía invadida por tal animación, por tal alegría, que no pudo quedarse allí por más tiempo; tuvo que moverse, y caminó por las veredas del jardín, pasó junto a las enredaderas, bajo los arbustos de rosas, tocando las flores y haciendo caer las gotas de rocío, permitiendo que las ramas la acariciasen y luego retrocedieran, hasta llegar al alcornoque.

Era temprano. El jardín resplandecía. La luz de aquella fría mañana caía sobre las veredas y se extendía a través del verdor de los prados y entre los árboles. Era más brillante el verde en las alas de los papamoscas y de los periquitos que veía volar y cruzar el río.

Victoria bajó las escaleras. No vio a Harriet. Traía un poco de paja bajo el brazo y arrastraba una alfombra tras ella. Harriet sabía lo que iba a hacer; iba a construir una casa. En aquella etapa de su infancia, Victoria era como un caracol y siempre llevaba una casa consigo. Dio la vuelta al llegar a la esquina de la casa y se dirigió hacia el columpio, arrastrando la alfombra sobre el rocío y la grava del jardín.

Harriet había llegado hasta el alcornoque. Permanecía muy quieta bajo su sombra, podía escuchar al pájaro carpintero horadar la corteza del árbol, allá en lo alto de su copa. Inclino la cabeza hacia atrás y miró el cielo, a través de una abertura en el dosel que formaban las ramas, y mientras miraba, las nubes, la línea gris del antepecho de la casa adornada con una margarita de piedra, el mismo árbol inmenso, parecían inclinarse poco a poco hacia atrás. Es el mundo que da vueltas, pensó Harriet. Le producía una sensación grandiosa el poder observar cómo giraba el mundo. Las nubes, la casa, el árbol, los prados, el río y Harriet, eran arrastrados lentamente hacia atrás, mientras el mundo giraba, pero el árbol permanecía enhiesto y firme y se elevaba hacia el cielo, extendiendo sus ramas que ya comenza-

ban a florecer. Bajo los pies de Harriet, entre los lirios rojos, sus raíces se hundían en la tierra, hacia lo más profundo, hacia el corazón de la tierra.—Creo—se dijo Harriet—que éste es el centro del mundo, que me encuentro en el centro del centro del mundo y que este árbol es aquel árbol, el árbol axial del mundo, como el que menciona la historia. Atraviesa la tierra. Luego sube y sube.

Puso la mano en el tronco del árbol y se sintió transportada hacia lo alto, como si se elevara desde la tierra. Le parecía oír música. Tenía la sensación de que se remontaba hacia la altura, entonces volvió a encontrarse junto al árbol, con la mano apoyada en su corteza, y comenzó a componer un nuevo poema mentalmente.

Le tomó largo tiempo terminarlo, mientras caminaba sobre el césped, a través de las veredas, alejándose y regresando al árbol. Lo terminó en su mente, luego buscó el libro en la banda de su vestido y el lápiz que llevaba en la media, y anotó el poema.

Cuando lo miró, no se le pareció a ninguna de sus otras poesías. Lo leyó en voz alta. No sonaba como ninguno de sus poemas.—No es como ningún poema que haya leído—se dijo, como si dudara—.No puede ser bueno—e inmediata-

mente tuvo la sensación de que sí lo era. Parecía tener vida, como ella. Ella se sentía viva y extrañamente poderosa, e invadida por algo que le parecía la gloria.

Miró a su alrededor. Podía ver subir y bajar la cabeza de Victoria, cerca del columpio, pero de nada servía leerle poemas a Victoria. Bea había salido a cabalgar, no sabía dónde se encontraba Bogey, y todos los adultos estaban muy ocupados antes de la hora del desayuno. Luego, mientras permanecía, confundida, bajo el alcornoque, el capitán John vino cojeando desde el muelle y, atravesando el césped, se acercó a ella.

—¡Hola!—dijo el capitán John.

—¡Hola!—le respondió Harriet.

—He ido al otro lado del río.

—Bea salió a cabalgar—dijo Harriet. Lo miró—.

Capitán John—dijo, y se detuvo.

—¿Sí?

—Yo...—dijo Harriet lentamente, entonces pudo expresarse con facilidad—.He escrito un poema. Es— o muy malo—y pienso que es malo, o muy bueno. Es tan

nuevo que no lo sé.

—Muéstramelo—dijo el capitán John, y extendió la mano. Harriet le entregó el poema y él comenzó a leerlo.

No esperaba que lo leyera en voz alta, de aquel modo tan natural e inconsciente, y se sintió asaltada por una gran timidez que desapareció al notar que el sonido de sus propias palabras la confortaba, la hacía sentirse aliviada, la deleitaba:—

"Este árbol, mi árbol, es el eje del mundo..."

Cuando terminó de leer miró a Harriet. Entonces miró el poema.

—¿Lo escribiste tú?—preguntó—¿Sin ayuda?

Harriet asintió con la cabeza. No podía hablar.

—¿Nadie te ayudó?

—Por supuesto que no—respondió Harriet indignada.

—¡Pero si es muy bueno!

Una oleada de inmensa satisfacción recorrió todas

las venas de Harriet. El capitán John miró a Harriet como si nunca antes la hubiese visto bien.

—Me pareció bueno ... a mí—dijo Harriet con voz ronca.

—No sabía que escribías poemas.

—Sí —sí, escribo—dijo Harriet. Tuvo que bajar la cabeza. Rozaba el borde de una raíz con la punta del zapato. El silencio parecía interminable. Podía escuchar al pájaro carpintero nuevamente, tap, tap, tap.

—¡Ha -rriet!

Era Bogey.

—¡Ha--rriet!—Ella alzó la cabeza.

—¡He!

Bogey se acercó corriendo, dando la vuelta alrededor de la esquina de la casa, pasando junto a Victoria y al columpio.

—Aquí, Bogey. Aquí estoy.

—Vamos a hacer ladrillos—anunció Bogey—, vamos a cocerlos en un horno y a hacer un estanque para peces. Encontré un lodo muy bueno. Es un poquito apestoso, pero no importa. Vamos, Harry.

La puerta del jardín se abrió y Bea entró por el camino que conducía a la casa, trotando sobre Perla, el caballito blanco. Bogey salió corriendo y Harriet se apresuró a seguirlo.

Pero cuando llegó a la esquina de la casa, se detuvo y se volvió con tal prontitud, que la faldita de su vestido giró rápidamente alrededor de ella. Permaneció bajo la sombra de las poinsetias y miró hacia donde se encontraban Bea y el capitán John. Vio cómo el capitán John se aproximaba y ponía la mano en el cuello del potrillo y luego, cómo Bea permitía que él la ayudara a desmontar, como si hubiera sido una adulta, no una niña. Harriet se quedó un poco enojada, junto a las poinsetias, luego se dirigió lentamente a ver el lodo que había encontrado Bogey.

Harriet comenzaba a pensar mucho en el capitán John.

¿Qué le sucedía? Algo le sucedía. Había aquel vacío en sus ojos. Aunque se movía nuevamente entre la gente, no era como las demás personas, y él lo sabía.—Pero fue lo suficientemente fuerte para no morir—argüía Harriet. Fue lo suficientemente fuerte para soportar un dolor insoportable, y el campo de prisioneros, para escapar y sufrir todas esas operaciones que le hicieron en el hospital, cuando nadie esperaba que sobreviviera, para continuar trabajando día a día, con la molestia ocasionada por su herida y por el peso de su pierna. Podía hacer bromas con relación a su pierna; podía tratar con dulzura a Victoria, al igual que a Nan; podía comprender a Harriet: mostraba una actitud... "reverente", decía Harriet, frunciendo el ceño al tratar de conseguir la palabra exacta, "una actitud reverente hacia Bea"; y aun alguien tan joven como Harriet podía intuir que no poseía una inteligencia ordinaria. No tenía a nadie con quien hablar que fuera como el capitán John.—Debe hablar conmigo—se dijo Harriet—. Cuando habla conmigo se ve bastante fuerte y reposado. No lo parece cuando habla con Bea.

—¿No se siente bien cuando habla con ella, verdad?—
le preguntó.

—No—respondió él irritado—.Es detestablemente cortés. Era la primera vez que Harriet oía decir algo en contra de la cortesía, pero inmediatamente notó que era cierto lo que el capitán decía.

Pero Bea no era responsable de que el capitán se sintiera así. Era algo que él llevaba dentro de sí.—
O tal vez no está en él—dijo Harriet despacio.

—Déjalo en paz—dijo Nan.

—Pero quiero hacer algo por él.

—Puedes rezar.

—¡Oh, Nan!

—Puedes hacerlo—dijo Nan con certeza, y añadió, como advertencia—:Y no harás nada más, Harriet.

Pero Harriet, que no podía dejar de ser como era, lo hizo, y se sintió desairada.

Huyó, herida por aquel desprecio, y se ocultó en el Escondite Secreto, donde se sentó sobre su caja, en la sombra más oscura. Se sentó rodeando las rodillas con los

brazos y apoyando la cabeza sobre ellas. Entonces aquel dolor agudo se transformó en un extraño sufrimiento.

—Lo odio—dijo Harriet, apretando los dientes.

Al poco tiempo llegó Ayah y la encontró.—¿Qué sucede, mi niña? ¿Qué tienes, mi reina?

—Tengo un dolor—respondió Harriet; no sabía de qué otra forma llamarlo.

Ayah comenzó a frotarle las piernas, aunque el dolor, por supuesto, no estaba en sus piernas. Hacía poco tiempo, Harriet había sentido dolor en las piernas y en los brazos; Nan decía que eran dolores que venían con el crecimiento. Se sentía como si la obligaran a soportar este nuevo dolor. No era exactamente un dolor lo que sentía, aunque la hacía sufrir. Dolía, pero no era lo mismo que había sentido cuando tuvo disentería, no era una irritación, y no era como el dolor de muelas, aquel horrible dolor que había sentido una vez. A medida que analizaba su dolor, éste iba desapareciendo, hasta que Harriet volvió como había sido.

Cada familia tiene cosas importantes que recordar: el primer diente, el primer diente que se muda, los primeros

tirantes para el pantalón, los primeros zapatos, la celebración de los diez años. También ocurren sucesos que ocasionan cambios en la familia, en las relaciones de la familia, y muchas veces uno de sus miembros es más afectado por estos cambios que los demás. Ahora, aquella sensación dolorosa, aquella pena, se había apoderado de Harriet. Durante aquel invierno, cosas extrañas parecían estar ocurriéndole, cosas muy significativas. Se sentía crecer y crecer, mientras permanecía allí en la obscuridad del Escondite Secreto.

Pero pronto recobró su serenidad habitual.

—¡Har-ry!

—¡Aquí estoy!

—Busca las tijeras, pronto. Ram Prasad dice que el pececito dorado debe comer gusanos y aquí tengo uno, Harry. Córtalo en pedacitos, rápido.

—Harriet—dijo Bogey, mientras alimentaban al pez—. ¿Qué te parece, Harry? La cobra ahora sale por el lado del jardín.

—¡Bogey!—exclamó Harriet aterrorizada—. ¿La has visto?

Bogey asintió. Su rostro se había iluminado.

—¿Cómo es?—balbuceó Harriet.

—Es hermosa. Sale deslizándose.

—¡Uf!—dijo Harriet, y preguntó—: ¿Cómo la hiciste salir?

—Hice lo que hacen ellos. Le puse platillos con leche, cerca del árbol.

—¡Uf!—exclamó Harriet—. ¡Oh, Bogey!—Intuyó algo, como si lo hubiera captado con una antena, como una advertencia—. Tengo que decírselo a Papá. Está en el jardín ahora.

—Pero, si casi nunca entra—dijo Bogey, seriamente—. Harriet, no puedes decir que está en el jardín. Vive al otro lado del árbol. Allí es donde está su nido. Casi nunca sale. A veces estoy siglos esperándola y no sale.

—¿Ram Prasad lo sabe?

—No—dijo Bogey, distraídamente—.Yo no la toco, Harry.—Y con una mirada soñadora en sus brillantes ojos, dijo para sí, tan suavemente que ni siquiera Harriet pudo escucharlo—:Sólo la azuzo con un palito.

Harriet estaba demasiado interesada en sus propios asuntos para poder pensar en la cobra. De nuevo se sentía herida. Ahora había cosas que la lastimaban, cosas que antes no la herían, que ocurrían sin que ella ni siquiera las notara. Estaba distinta. Se encontraba completamente confundida. Una tarde, cuando habían transcurrido dos días de haber comenzado a sentirse así, se acercó a Bea para hablar con ella.

Bea estaba leyendo.

—Bea.

Bea alzó la vista. Leía uno de los libros que Valerie le había prestado, El Anuario de las Niñas, o El Libro Rosa de las Niñas, uno de aquellos libros que no interesaban a Harriet. A Harriet le agradaba leer cuentos de hadas o Las Mil y Una Noches. Tal vez sí le gustaba el libro que leía Bea. ¿Le gustaba algo en realidad?—Bea—dijo

Harriet, y Bea la miró, pero mantuvo el dedo señalando el lugar donde había detenido su lectura, para que Harriet notara que aquélla había sido sólo una interrupción momentánea. Y Harriet, al observar la actitud de Bea, sintió que no podía mencionar aquello tan confuso de lo cual había venido a hablar. Tuvo que idear otra cosa, algo importante, aunque sólo fuera para asegurarse de que Bea le prestaba atención.

Y dijo:—Tengo una hinchazón.

—¿Hinchazón?

—Sí. Aquí en el pecho. Sabes, son mis pechos, están hinchados y me duelen.

—Esos son tus senos, que están creciendo—dijo Bea, y continuó leyendo.

—¿Ya? Pero...si soy muy pequeña todavía.—Harriet se encogió dentro de su blusa—.Soy muy pequeña—dijo aturdida.

—Si lo fueras, no estarían creciendo—dijo Bea, tratando de expresarse en una forma comprensible—.No se desarrollan hasta que estás lista.

Le parecía interesante. Harriet miró bajo su blusa, se miró el pecho. La blusa era de algodón azul y la luz que iluminaba su piel era también azulosa; su pecho ya no era plano, sino que habían surgido en él dos pequeñas y tibias protuberancias, y la piel que se extendía entre ellas era extraordinariamente suave, fina y sedosa.

—Es bonito—dijo Harriet, mientras miraba bajo la blusa—.

Y mis venas son azules. No es sólo la luz.—Aquella piel, aquellas venas, estaban allí desde antes que Harriet tuviera conciencia de que existía. Eran una señal de que se convertiría en mujer. Harriet crecía visiblemente. ¿Mostrarían estas señales sólo las niñas? se preguntaba, y trataba de recordar alguna señal equivalente que hubiera observado en los varones, algún crecimiento visible, como aquél, pero sólo podía pensar en los venados, en las astas de un venado—. Me duele como duelen a los venados sus nuevas astas. ¿Tú tienes, Bea?

—¿Qué? ¿Astas?

—Senos.

—Sí—dijo Bea rápidamente.

—No lo había notado.

—Tú nunca notas nada que no esté relacionado contigo—
dijo Bea; algo que, en gran medida, era cierto, aunque últi-
mamente, Harriet se había mostrado muy perspicaz y notaba
las cosas.

—Bea.

—Por favor, vete, Harry. Quiero leer.

—Pero quiero hablar contigo...de tí, Bea.

—Detesto hablar de mí misma.

Qué extraño, pensó Harriet, a quien complacía más
que nada hablar sobre sí misma.

Era cierto. Bea se había apartado de Harriet y la
separación entre ellas aumentaba a medida que el tiempo
pasaba. Oficialmente, aún eran "las niñas mayores",
mientras que Bogey y Victoria eran "los pequeños",
pero, al igual que la mayoría de las clasificaciones,
éstas no eran adecuadas. Cuando jugaba, si lo hacía,
Harriet jugaba con Bogey, y lo cierto era que, si Bea
los acompañaba en el juego, no se divertían tanto como

cuando jugaban solos.—Todavía Bea puede participar en algunos juegos—pensó Harriet—.Puede jugar a la pelota, a volar cometas, o a ser animal, vegetal o mineral.

Un domingo jugaron a la pelota con los jóvenes que vinieron de la Casa Roja, después de tomar el té con bizcocho de ciruelas y tartas de chocolate; para Harriet, el jugar aquel juego significaba que tenía que correr cuando había comido demasiado. Bogey mostraba una extraña incapacidad para aprender las reglas del juego, y a Victoria se le permitía jugar por cortesía; pero Bea sí jugaba bien, con gracia y habilidad. También sabía elevar cometas; cometas de papel que se elevaban desde la azotea de la casa, con pedazos de vidrio adheridos al cordel. Cuando uno de los niños retaba a otra cometa extraña, cruzaba el cordel de la suya con el de la desconocida para tratar de cortarle el hilo con el vidrio y hacer que su adversaria se perdiera en el espacio. A la cometa vencedora se le ataba un lazo en la cola. Harriet se sentía mortificada cuando jugaba a representar animales, vegetales o minerales. En mitad del juego olvidaba lo que estaba haciendo y comenzaba a hacerse sus propias preguntas relacionadas con el juego:

¿Cómo- me- sentiría- si- fuera- un- vegetal- de- cáscara- y- pulpa- roja- o- si- fuera- de- plata- o- de- latón- y- tuviera- dedos- orejitas- y- pelo- de- latón? Le parecía ver su cabello reluciente, con sus rizos de brillante hojalata, y, por supuesto, siempre perdía su turno y Papá la llamaba tonta. Bea nunca se comportaba como una tonta cuando jugaba este juego, pero ya no podía jugar a "ser algún personaje"; a ser Rowena o un caballero; un árabe o un salteador de caminos; un pirata o Minnehaha; todavía Bea podía representar a Minnehaha bastante bien, pero no podía evitar ser Bea, ser como era en aquel momento...— ¿Me sucederá eso a mí también?—se preguntaba Harriet.

A medida que la personalidad de Bea tomaba una forma definida, su aspecto se tornaba misteriosamente atractivo. Se convertía en una mujer hermosa.

—¡Qué niña tan bella!—comentaban los que la veían.

Harriet y Bogey se ocultaron detrás de un arbusto para decidir si debían o no decirselo a Bea.

—No queremos que se vuelva vanidosa—decía Harriet, y no sabía por qué razón lo decía.

—Oh, díselo. Díselo. Díselo—suplicaba Bogey.

Bea no se mostró vanidosa cuando le dijeron lo que habían escuchado. Pareció aceptarlo como si hubiera sido un deber, sin conmoverse, de un modo que hizo quedar sin aliento a Harriet.

Ahora, mientras Bea leía, Harriet la observaba detenidamente. Miraba hacia Bea sobre el borde del libro azul que ésta leía; nuevamente se sintió impresionada por su expresión retraída, por la forma ovalada y despejada de su rostro, donde se destacaban los pómulos perfectamente modelados bajo un cutis muy suave; la nariz recta, pequeña, las cejas delicadas; mientras leía, podía observarse cómo se extendían a lo largo de los párpados, sus pestañas finas y rizadas, y la caída de sus cabellos oscuros sobre los hombros. Llevaba una flor de marfil rosado atada alrededor del cuello con una cinta negra; su piel era exactamente de la misma tonalidad de la flor, rosada y marfileña.

Harriet se retiró y fue a mirarse en el espejo.

—¿Qué haces, Harriet?—preguntó Mamá.

—Me pregunto si seré tan bonita como Bea—respondió Harriet.

—Tienes una gran personalidad—dijo Mamá dulcemente—
y ojos y cabellos hermosos.

Eso quiere decir que no lo soy, pensó Harriet. Podía ver que su rostro era rojo y parecía corriente cuando se comparaba con Bea; estaba salpicado de pecas, tenía la nariz grande, los ojos de un castaño verdoso, las cejas oscuras y el cabello rojizo y rebelde. Me parezco más a Bogey, pensó Harriet. Pero no, mi cara no es tan agradable como la de Bogey. Bogey tiene unos huesitos tan delicados. En realidad, se parece más a Bea. No, mi cara no se parece en nada a la de ella.

¿Por qué de pronto deseo ser bonita? se preguntaba Harriet, sin saber por qué. Ciertamente, nunca antes se había preocupado por eso, pero antes tampoco se preocupaba mucho por nada. ¿Qué me sucede? pensaba Harriet. ¿Por qué empiezo a sentir cada vez esa...intranquilidad? ¿Por qué todo se ha vuelto tan extraño de pronto?

Se sentía infeliz por momentos, intranquila, como ella decía: durante diez minutos, o sólo por un minuto, o durante media hora.—No es justo—exclamó Harriet—que en una misma familia todos sean diferentes. Que unos sean

feos y otros hermosos, que no crezcan todos a un tiempo— se quejaba. Aun sintiendo lo que sentía, y realmente lo sentía, la otra parte de Harriet estaba alerta e interesada en lo que le sucedía. Se observaba a sí misma cuando se ocultaba en el Escondite Secreto, cuando se sentaba en el muelle o bajo el alcornoque—. Me doy por vencida— decía Harriet enojada, pero su otra parte estaba demasiado interesada en lo que ocurría para darse por vencida.

Mientras tanto se iba separando de Bea. Bea había pasado a formar parte de una especie de sociedad superior en unión de Valerie y del capitán John. Por casualidad, Harriet los escuchaba hablar, pero, por supuesto, no prestaba atención a lo que decía Valerie, sino al capitán John.

—¿Cómo se llaman aquellas flores?— Siempre estaba preguntándole a Bea cómo se llamaba alguna flor. No parecía capaz de recordar ningún nombre, o de saber el de las flores más comunes. Seguía preguntándolo. Creo que le gusta hacerlo, pensó Harriet, y se sorprendió de que Bea nunca perdiera la paciencia y no le permitiera notar que ella sabía que estaba fingiendo.

—¿Cómo se llaman esas flores?

—Petunias—respondió Bea.

Él se inclinó para oler una.—Me hacen recordarte—le dijo a Bea—.No, tú me las recuerdas a ellas, a una de esas púrpuras—dijo—o a una blanca.

Bea aceptó el comentario con la misma calma, casi con formalidad, pero Harriet se sentía confundida. Se comportan como personas mayores, pensó Harriet indignada, o se comportan como niños. ¿Por qué? Entonces el capitán John se volvió y le dijo:—¿Por qué no te vas a jugar, Harriet? Deja de andar siempre pisándome los talones.

Harriet se sintió muy avergonzada y se ruborizó.—No lo hago...—respondió con voz apagada—.Solo estaba aquí, eso es todo—y se apresuró a subir las escaleras laterales de la casa, hasta llegar al Escondite Secreto, donde se echó abatida al suelo—.Lo odio. Lo odio—decía Harriet llorando.

Las lágrimas corrían por sus mejillas, mezclándose con el polvo. Cuando salió, Nan le dijo que no estaba en condiciones de ser vista, y le hizo tomar el té en la habitación de los niños.

—Te lo advertí—dijo Nan.

Harriet se encogió de hombros.

—Si yo fuera tú—dijo Nan—,seguiría jugando con Bogey.

—Soy muy grande para jugar con Bogey—dijo Harriet irritada.

—Eres muy chica para el capitán John—dijo Nan.

Cada día se veía más obligada a estar con Bogey, lo que significaba que, a menudo, se encontraba sola. Cualquier cosa que comenzara a hacer en compañía de Bogey debía concluirlo sola, ya que él siempre terminaba por abandonarla y marcharse alegremente. Después de unos minutos advertía que Bogey había desaparecido.

Habían comenzado a notar que esto ocurría cuando recibía sus lecciones. Hacía poco tiempo que Bogey había comenzado a tomar lecciones.—Realmente, tiene que aprender a leer—decía Mamá—.Es vergonzoso que a su edad no sepa leer.

¿Por qué nadie le había enseñado antes? Porque él se resistía a que alguien tratara de hacerlo. Y esto no ocurría porque fuera travieso. Era un niño verdaderamente dócil.

—¿Qué quiere decir M.A.T.A., Bogey?

—Mata.

—¿Qué quiere decir L.A.T.A.?

—Lata.

—¿Qué quiere decir G.A.T.A.?

—Gata.

—¿Qué quiere decir R.A.T.A.?

—Marinero. El pensamiento de Bogey volaba muy lejos. Nadie podía hacerlo regresar.

—¿Por qué tuvieron tantas dificultades para fabricar sus barcos los antiguos britanos?

—Porque tenían que hacer el interior más grande que el exterior—dijo Bogey seriamente, mirando hacia el cielo.

Era incapaz de sentirse culpable, como Harriet, quien

sabía que soñaba despierta. Simplemente, se alejaba de la realidad y los demás se cansaban de perseguirlo antes de lograr que regresara.

—Un día tendrás que aprender a leer—dijo Harriet—. Imagínate a un hombre que no pudiera trabajar en una oficina, ni firmar cartas, ni leer los periódicos.

—No voy a ser ninguno de esos hombres—dijo Bogey—. Todavía no estoy listo para aprender a leer.

—¿Sabes? No siempre uno puede hacer lo que desea—dijo Harriet, que aún se sentía irritada y resentida.

—Yo puedo—dijo Bogey—. Siempre lo hago.—Era cierto Siempre lo hacía, y si tenía algún problema, lo ocultaba. Una vez cayó por las escaleras y se partió los dientes. No dijo nada hasta que Nan notó sus labios inflamados. En otra ocasión, una de sus medias se incendió, mientras cocinaba algo en una fogata, a escondidas. Se quitó la media y se vendó la quemadura con un pedazo de tela. Nunca lo dijo. Bogey no era una buena compañía para Harriet. Harriet aún necesitaba a Bea. No podía hacer nada importante sin Bea. Necesitaba que ella fuera

su consejera, su confidente, su guía; que fuera su "opinión pública." Trataba de ganarse su atención, y ahora, la del capitán John, preferiblemente.

Pintó un cuadro; representaba un loto que flotaba sobre aguas azules, pero cuando lo terminó y lo analizó críticamente, pudo darse cuenta de que no parecía un loto, sino un cerdo que se revolcaba en un lodazal azul. No se lo mostró a Bea—La pintura no es para mí—dijo Harriet—. Soy una escritora.—Por unos instantes intentó recrear la atmósfera del poema que había escrito bajo el alcornoque; escribió un libro, al menos, las primeras páginas de un libro, y esto la hizo feliz durante algunos días. Entonces se lo llevó a Bea, quien no demostraba muchos deseos de leerlo.

"Y tuvieron cuatro hijos, leyó Bea, con renuencia, llamados Olivo, Malaquita, Esmeralda y Espinaca; todos eran viscosos y verdes como la yerba."

—¡Qué niños extraños!—comentó Bea.

—Este es un libro sobre ranas—dijo Harriet con arrogancia.

—Bueno, pues deberías decirlo.

—Se supone que lo comprendas al leer el libro.

—Pues, yo no lo hice—dijo Bea.

No tenía remedio. Harriet se sentía muy aburrida y no podía hacer nada para evitarlo.

La Navidad estaba muy cerca.—Debemos celebrar la Navidad calladamente—dijo Mamá, expresándose de la misma manera en que lo había hecho al referirse al invierno—. Será una Navidad tranquila, y deberán conformarse con recibir sólo pequeños regalos.

Nuevamente la guerra, pensó Harriet irritada. Deseaba que la Navidad se celebrara con toda su magnificencia, que los justos fueran felices y disfrutaran animadamente de las fiestas, sin la horrible carga de tener que preocuparse por otra gente, por los niños hambrientos, por los soldados heridos, por las mujeres que quedaban sin esposos y sin padres.—Y aun cuando no hay guerra siempre ocurre lo mismo—se decía—. Siempre hay personas heridas y

personas hambrientas, personas maltratadas y miseria.

—Y siempre hay personas que no se preocupan por ellas—dijo Bea.

—Bueno, yo me preocupo, realmente. Tengo que hacerlo—dijo Harriet.

—Por supuesto que lo haces—añadió el capitán John, y le sonrió bondadosamente. En aquel momento Harriet comenzó a pensar en aquella sonrisa; el capitán John no sonreía con frecuencia, y cuando lo hacía... Sí, me sonríe la mayoría de las veces, pensó Harriet confundida. No le sonríe a Bea, o a Victoria, sino a mí, sonríe por algo que he dicho o hecho. Es como si en ese momento no pudiera evitar sonreír. Sí. Soy quien le hace sonreír.

—Capitán, ¿algunas veces no siente deseos de pelear nuevamente—preguntó Valerie.

—No—respondió bruscamente el capitán John.

—Cuando crezca—dijo Harriet—, no voy a pelear en guerras. Voy a pelear en contra de la gente que causa las guerras.

—¿Hay alguna diferencia entre esas dos cosas?— preguntó Bea—. Todo el mundo parece estar peleando y peleando siempre, y eso no beneficia a nadie. Si yo fuera hombre, sería una de esas personas que se niegan a pelear.

—Me pregunto si lo harías—dijo el capitán John.

—¿Por qué no lo hizo usted?—preguntó Bea. Pocas veces hacía una pregunta tan directa, especialmente si se trataba del capitán John. El respondió con toda la seriedad que merecía la pregunta.

—Deseaba hacerlo...pero no pude confiar en mí mismo.

—¿Por qué no?—preguntó Harriet confundida—si lo deseaba.

—En el último momento, cuando la situación fuera apremiante en extremo, supongo que hubiera sentido ira y hubiera luchado para salvarme—y esto no tiene sentido si uno no es capaz de soportar esa última presión extrema.

No lo comprendían.

—Pero, ¿qué beneficio se obtiene de eso?—preguntó
Bea—¿Luchar?

—No, eso no lo es todo—respondió el capitán
John lentamente.

—¿Por qué no? ¿Qué otro beneficio importante podría
obtener?

—Es algo importante—dijo el capitán—el tener
unas creencias lo suficientemente firmes como para sen-
tirse capaz de morir por ellas. Tal vez eso tiene más
valor de lo que imaginamos, tal vez es lo más importante,
aspirar a conseguir algo, intentarlo.

—Sí—suspiró Harriet—.Como los mártires.

—Creo que los mártires fueron estúpidos—dijo Bea—.
Y creo que los soldados también lo son. Pelear es una
estupidez.

—Tal vez lo es—dijo el capitán John—.Pero quizá
lo importante no es ni lo uno ni lo otro. Tal vez lo
importante es creer en algo.

—¿Y dejarse matar por eso?

—Si es necesario.

—Creo que sí—dijo Harriet—.Si tuviera suficiente valor...aunque creo que no lo tendría. Pero creo en ciertas cosas.

—¡Oh sí!—dijo Valerie—.Eres capaz de creer en cualquier cosa.

—Eso es mejor que no creer en nada—dijo el capitán John.

—¿Lo es?—preguntó Bea.

—Sí.

—No creo—dijo Bea.

—Yo sí—dijo el capitán John.

Harriet los observaba con atención. Reñían.

Habían tomado el té en el jardín; Victoria, que comía en exceso, aún no había terminado y Nan le servía más leche. Harriet se había levantado de la mesa antes que los demás y se encontraba bajo la sombra del alcornoque, escuchando al pájaro carpintero, mientras decidía

qué haría durante el resto de la tarde. Bea vino a reunirse con ella, el capitán John la siguió y Valerie trajo una silla para él. Los remilgos y reverencias de Valerie lo incomodaban. Era cierto que le tomaba largo tiempo poder agacharse para sentarse sobre la yerba—pero era preferible permitir que esto sucediera antes que demostrarle que lo había advertido. El capitán John se apoyó en la silla y, deliberadamente, se sentó en la yerba junto a ellas.

Harriet comenzó a construir una verja de ramitas. Desde algún lugar apartado llegaban los gritos de Bogey. Bea se había sentado con las piernas encogidas bajo la falda blanca de estampado rosa. El traje de Harriet era igual al de Bea, excepto que el estampado era azul pálido; aquella diferencia lo hacía parecer distinto por completo, simplemente se veía fresco y vaporoso, mientras que en el de Bea... "había algo de poesía," se decía Harriet. ¿Por qué hay poesía en algunos colores y en otros no?—¿Por qué yo no puedo escoger mi ropa?—había preguntado a Mamá—. ¿Por qué no puedo usar lo que me gusta?—Bueno Harriet—comenzó a decir la madre—, tu traje es muy bonito y apropiado para tí...—Harriet suspiró.

La discusión continuaba.

—Sus ideas son tan...poco firmes—dijo Bea al capitán John. Una vez más se comportaban como niños, o como adultos—y esas no son palabras de Bea, pensó Harriet. Eso lo aprendió de Papá—.Tan...poco firmes—dijo Bea.

—¿Lo son?—preguntó el capitán John—.Una vez las defendí con ardor.

Aquellas palabras hicieron callar a Bea y conmovieron a Harriet. Dejó de jugar con las ramitas y puso la mano sobre la rodilla del capitán. Era su pierna artificial, pero él pareció sentirlo.—¿Nunca más lo hará?—preguntó Harriet.

—No. No creo que lo haga—le respondió él, mirándole la mano. Ésta se había ensuciado un poco con el polvo de las ramitas, pero él no le pidió que la retirara.

—Yo creo que lo hará—dijo Harriet.

—Valerie—dijo Bea levantándose—, vamos a practicar. Se alejaron, tomadas del brazo. Seguidamente, desde el jardín pudieron escucharse las notas un poco discordantes del nuevo dueto, que provenían del segundo piso. Harriet

miraba hacia la yerba porque sabía que las palabras de Bea habían afectado al capitán John. El silencio, interrumpido solamente por el canto de las niñas, se hizo demasiado largo.

—No debía darle importancia a eso—dijo Harriet, mirando hacia la yerba mientras hablaba—.Usted es un hombre y ella es sólo una niña.

—Si tuviera noventa años y ella nueve, o si fuera lo contrario, siempre sucedería lo mismo—dijo el capitán John. Harriet podía escuchar su respiración.

—¿La ama?—preguntó Harriet, escarbando en la yerba con el dedo.

—Sí y no—respondió el capitán John—.No importa, Harriet—y añadió—:Hay algunas cosas que comprendes mejor que Bea—y dijo, en voz baja—:No podemos hacerla cambiar.

Era cierto. Bea no cambiaría. Bajo su encanto y dulzura se ocultaba un carácter inflexible, y nadie podía adivinar cuán inflexible, porque Bea se mostraba muy adaptable.—Supongo que considerará que Harriet es la más

difícil de tratar—decían a Nan las personas, y ella lo negaba con un movimiento de cabeza y fruncía los labios. Con esa gran sabiduría que poseen los viejos sirvientes, Nan hubiera podido revelar una o dos cosas sobre Bea, sin embargo nunca lo hacía—.Bea es la más difícil de todos—era lo único que Nan decía.

—Tejió muchas más bufandas para la Cruz Roja que ninguna de nosotras—dijo Harriet, y añadió con seguridad—.Pero fue porque quería ser la que mejor tejiera—pero no lo dijo en voz alta, porque después de todo, Bea era tan buena hermana como podía esperarse.

Harriet inclinó un poco la cabeza y miró a través de las ramas del alcornoque para ver cómo se movían las nubes y cómo la casa y el árbol se reclinaban en ellas.

—Es extraño—se dijo Harriet—.El mundo sigue dando vueltas con todos esos problemas que tiene.—Volvió a mirar hacia el jardín, hacia la mesa donde aún se encontraba Victoria. Heridas- horribles- y- leche- y- pan- y- mantequilla- y- amor- y- riñas- y- guerras. ¿Qué era una riña sino una pequeña guerra? Y había guerras por todas partes del mundo. Han llegado hasta aquí, pensó

Harriet, mirando hacia la casona de piedra que era su hogar. Pero éste es el mundo, pensó Harriet.

La música había cesado y no había señales ni de Valerie ni de Bea. Probablemente eso significaba que habían subido a la azotea; la azotea era un lugar ideal para caminar y pasearse; por ser tan plana y por tener alrededor aquellos antepechos que parecían muros, producía una sensación de tranquilidad; desde allí sólo se veía el cielo, los halcones que volaban en círculos y algunos pequeños puntos de color brillante, las cometas. Si alguien subía al antepecho, pensó Harriet, por supuesto, podía apreciar el amplio panorama de la región: el pueblo- el río- barcos- árboles- factorías- la- casita- de- Ram- Prasad- que- estaba- junto- al- portal- un- lejano- templo- otro- templo- en- la- orilla- opuesta- del- río. Se les había prohibido subir al antepecho, pero ella y Bogey lo hacían.

Cada familia posee algo que es símbolo del hogar, que la hace recordarlo aun cuando se haya alejado de él y continúa recordándolo para siempre. Puede ser la imagen del ijar moteado de un caballo de juguete, el

estampado de una cortina, la luz de las llamas reflejada en el guardafuegos de bronce de la chimenea, los destellos de luz en el borde de un plato; puede ser una frase, dulce o aguda como: Llorarás con lágrimas de sangre. ¿Crees que tengo un cuño? Una de cal y una de arena; puede ser una canción o un sonido: el ruido de la podadora de césped, o el murmullo del agua, o el canto de los pájaros al amanecer; puede ser una costumbre (cada familia tiene costumbres diferentes), o un gusto especial: por cierto budín o tarta cubierta con almíbar dorada o por una tostada bañada en mermelada; puede ser un perfume o un olor: olor a flores, a cera para pulir los muebles, a lo que se cocina, a melcocha o a embutidos, a pan asafranado, a cebollas o a jamón hervido. Estos símbolos son todo lo que queda en nuestro nuevo mundo del mundo que hemos perdido. ¿Qué quedaría del mundo de Harriet en el futuro?

Ya que estaba constituida por europeos establecidos en la India, la familia de Harriet poseía un carácter especial, naturalmente, distinto del que distingue a la mayoría de las familias; no era completamente europeo, ni totalmente indio; era una mezcla de ambas cosas. La casa

era un gran rectángulo de paredes grises estucadas, y tenía un techo plano, cuyo antepecho estaba decorado con aquellas extrañas margaritas. El río pasaba junto al jardín, y el árbol crecía, alto, frente al serpenteante camino que conducía a la entrada.

Era una casa de dos plantas, con largas terrazas. Todas las habitaciones tenían el techo alto, eran cavernosas, sus pisos eran de piedra y las paredes estaban pintadas de blanco; protegidas por la sombra de las terrazas, siempre estaban en penumbra, si bien las habitaciones de los extremos de la casa tenían ventanas resguardadas por persianas verdes. Durante nueve meses del año los abanicos eléctricos ventilaban las habitaciones. A primera vista, no parecían la clase de habitaciones que forman un hogar, pero la casa de Harriet era un lugar especialmente agradable.

En la planta principal se encontraba la sala, con su piso rojo y sus columnas; de las paredes colgaban grandes cuadros rodeados por pesados marcos, copias de obras de Gainsborough, Reynolds y Romney. La mesa del comedor era ovalada y podían añadirsele hojas adicionales; por

las noches la cubrían con un mantel bordado y la adornaban con candelabros color de rosa que se colocaban en un centro de mesa lleno de capullos o de flores de las enredaderas; aquellas velas siempre despertaban cierta excitación en Harriet. Había también un barril, rodeado por anillos de latón, el cual fue utilizado una vez en un buque de vela para guardar carne salada; ahora servía para guardar las bebidas y los niños podían ingeniárselas para levantar la tapa, y, en muchas ocasiones, todos habían tomado, secretamente, algunos sorbos. En el comedor también se encontraba la silla para sentar a los pequeños a la hora de comer, que ya ni siquiera Victoria utilizaba. También estaban allí las copas de plata ganadas por Papá con su caballo Maxim, cuando era más joven y pertenecía al Cuerpo de Jinetes Voluntarios de Bengala; además se encontraban en el comedor todos los cubiletes de bautismo de los niños.

A un lado del comedor se encontraba el despacho de Papá; allí estaban su escritorio, sus documentos, algunos aparadores, sus dos escopetas, el teléfono y la canasta donde dormía Sally, su foxterrier. En el otro extremo de

la primera planta de la casa se encontraba la amplia habitación de los niños, con sus muebles estropeados, los anaqueles que contenían los libros, algunos silloncitos de mimbre y unos cuadros de Millais que habían adornado la habitación de Mamá cuando era una niña. La cama de Nan y las camitas de Bogey y de Victoria se alineaban al fondo de la habitación; allí también se encontraba una tabla de planchar donde la plancha parecía estar eternamente encendida. La roja lámpara de Nan ardía ante una imagen que había sobre la cómoda; siempre mantenía allí una ramita de jazmín en un florero. La jaula del conejillo de Indias, el caballo de juguete y los patinetes que nadie jamás tocaba, se encontraban afuera en la terraza.

En el segundo piso estaba la habitación donde dormían Mamá y Papá y donde se discutían todos los asuntos privados e importantes de la familia: allí se llevaban a cabo las "conversaciones" y lo que Mamá llamaba "razonamientos", era la habitación donde Mamá castigaba a los niños cuando hacían alguna travesura; allí también se tomaba la temperatura y el médico examinaba la garganta, los oídos, el pecho y el estómago. Harriet, Bogey y Victoria habían nacido allí.

La habitación contigua era la de Harriet y Bea. Allí estaban sus camas blancas, desde las cuales conversaban por las noches; junto a ésta se encontraba la sala.

se adornaba con nardos. En el recibidor había una serie de pequeños libros forrados de piel desgastada, la colección de los clásicos, Scott, Thackeray y Dickens, y un álbum que había sido hecho para la abuela de Harriet. Era un salón grande y uno de sus lados estaba casi vacío, sólo lo ocupaban el piano, sobre el piso verde, el atril y la piel de un tigre, con una cabeza de aspecto feroz, que colgaba de la pared. El otro extremo del salón estaba cuidadosamente amueblado con sillas y canapés, estantes para libros y un escaparate; el hogar, y, en el centro, una mesa baja hecha de bronce que tenía las patas de madera tallada. La caja del té era de concha, muy vieja; estaba colocada sobre la repisa de la chimenea, junto a unas tazas de porcelana de Worcester y una tacita de porcelana de Dresde que pertenecía a Bogey. Harriet nunca supo porqué le pertenecía. Sobre el escritorio de Mamá se amontonaban numerosos libros de cuentas, notas y catálogos. Las sillas estaban tapizadas con una fina tela de algodón cuyo estampado representaba flores de guisantes de olor; flores

—Es más acogedora que ningún otro lugar en el mundo—

naturales de esta misma clase adornaban los tazones del salón; otras veces estaban llenos de genciana y de jaboncillo, o si no, cuando comenzaba el verano, la sala se adornaba con nardos. En el recibidor había una serie de pequeños libros forrados de piel desgastada, la colección de los clásicos, Scott, Thackeray y Dickens, y un álbum que había sido hecho para la abuela de Harriet cuando era una niña. En el escaparate se guardaba una colección de juegos.

La casa tenía tres escaleras, la principal, de madera oscura; una lateral, pintada de blanco; y una que se encontraba detrás de la casa, la cual era utilizada por los sirvientes y por donde se había prohibido subir a los niños, aunque Bogey y Harriet lo hacían. Dos escaleras de piedra conducían desde la terraza de la primera planta hasta el jardín. La cocina y las habitaciones de los sirvientes estaban afuera. En el patio había establos, un lavadero, un cobertizo donde se encontraba un dinamo, y un garaje. La casa de Ram Prasad, el portero, estaba situada junto al portal.

—Es más acogedora que ningún otro lugar en el mundo—

hubiera dicho Harriet al referirse a su casa. Se había
 —Cuando hay muchas bocas que alimentar—decía el padre
 sentido allí tan cómoda como se sentía dentro de su pro-
 de Harriet—, los graneros se vacían.—Por supuesto,
 pia piel, pero últimamente había comenzado a mirarla con
 hay muchos niños en nuestra familia, pensaba Harriet,
 una actitud crítica y a verla más claramente. ¿Será que
 pero no tenemos alfombras persas, ni tomamos vino a la
 estoy creciendo? se preguntaba Harriet. Estoy creciendo,
 hora de la cena ni helado y cuando vamos de gira no llevamos
 puedo notarlo en mis seños. ¿Se deberá a la llegada de
 una cesta con platos y tazas que hagan juego. Sí. Supongo
 Valerie y del capitán John? Y añadía con sinceridad—:
 que somos pobres, se decía Harriet. Comparados con Valerie...
 Tiene algo que ver con haber conocido a Valerie y al capitán
 no hemos ido a ninguna parte ni sabemos nada.
 John.

Se sintió apesadumbrada. El capitán John alzó la cabeza.
 Ciertamente, desde que los había conocido, había
 comenzado a ver con mayor claridad todo lo que ocurría en
 la casa, pero su aparición, especialmente la del capitán
 —Estaba pensando en nosotros—en nuestra familia.
 John, curiosamente había coincidido con el crecimiento de
 —¿Y qué pensabas de ella?
 Harriet. ¿Habría crecido a causa de su presencia? No
 podía decirlo, pero ahora sabía, por ejemplo, que sus
 padres no eran tan ricos como los de Valerie. Había comen-
 —Entonces te diré lo que yo pienso—dijo el capitán—.
 zado a notar ciertos contrastes; entre las ropas de Valerie
 Pienso que ustedes son la mejor familia que he conocido en
 y sus propios vestidos hechos en la casa, que una hermana
 toda su vida.
 cedía a la otra; entre Nan y la institutriz que acompañaba
 a Valerie a todas partes; la familia de Harriet no poseía
 un automóvil, sólo el caballito en que paseaban los niños.
 —Sí, así creo. Y no lo olvides—dijo el capitán John.

Algo cayó suavemente sobre la cabeza de Harriet. Era una flor del alcornoque que acababa de abrirse y mostraba sus pétalos crema.

—¡Mire!—exclamó Harriet sumamente feliz—.¡Mire! Eso quiere decir que la Navidad está muy cerca. El árbol siempre florece para la época de Navidad.—Su rostro se ensombreció—.Pero este año la Navidad no será tan feliz—dijo.

—Tal vez sea la más feliz que hayas disfrutado—dijo el capitán John.

Entre las familias que celebran la Navidad, unas lo hacen con gran bullicio, otras, con mayor sencillez. La familia de Harriet la celebraba calladamente.

Además del alcornoque, los crisantemos siempre florecían para Navidad; su perfume formaba parte del ambiente navideño, como el olor del abeto que se marchitaba, el olor a cera derretida, a pasas y a naranjas mandarinas. Durante el resto de la vida de Harriet, cualquiera de

aquellos aromas la hacía sentirse invadida por el espíritu de temblorosa excitación que animaba la Navidad y que había conocido cuando era niña.

La Navidad bengalí poseía su propia característica distintiva: siempre hacía buen tiempo en aquella época del año, como el de un fresco día de verano. El día comenzaba la noche antes, como decía Bogey, cuando se cantaban villancicos y se colgaban las medias para colocar los regalos, que al día siguiente serían descubiertos por los niños. Luego iban a oír misa en la logia masónica (el pueblo no tenía iglesia), donde los jardineros regalaban a todos, aun a los niños, ramos de violetas atadas con hojas de helecho. Entonces, los comerciantes, los oficinistas de la factoría y del distrito venían a visitar a Papá y le traían cestas de frutas, flores, vegetales, nueces, whisky, pasteles típicos de la época, cubiertos con crema blanca, y flores hechas de oropel y papel rosado. Los hijos de los sirvientes venían a la casa para ver el árbol y eran obsequiados con galletas, naranjas y algunas monedas de cuatro anas. Los jóvenes de la Casa Roja venían a almorzar y por la noche se decoraba el árbol de Navidad.

Todas estas cosas sucedían cada año, pero se respiraba además un ambiente de santidad, una paz y una solemnidad que, para Harriet, poseían el mismo significado del oro que regalaron los Reyes Magos al Niño Jesús. Era como un hilillo que unía la Navidad con algo mayor que él mismo, con algo tan grande como...¿qué? Harriet pensaba que era algo poseedor de una grandeza relacionada en alguna forma con el río, el cual comenzaba como un riachuelo y terminaba en el mar. Después se preguntaba si esta sensación que experimentaba durante la Navidad no sería ocasionada por Nan. Este año, a medida que el tiempo transcurría y terminaban todos los preparativos para las fiestas, de hacer las compras, esconder los regalos, escribir cartas y completar planes, aquella emoción volvía a dejarse sentir, esta vez, en forma más pronunciada.

Bogey no deseaba que le regalaran nada.

—Pero debes pedir algo—dijo Harriet—.Debes recibir algún regalo. Mamá no quiso decir que no íbamos a recibir nada.

—Pero no quiero nada—dijo Bogey obstinadamente.

—No puede ser que no quieras nada. Tienes que desear algo.

—Pero no quiero. Tengo lo que deseo.

—Debes querer algunas cosas nuevas—arguyó Harriet.

—No me gustan las cosas nuevas. Me gusta lo que tengo.

—¿Qué es lo que tienes?—Bogey no sabía—.No tienes nada. Enterraste todos tus soldados.

—Si me regalan otros también los enterraré—dijo Bogey con voz melancólica.

—¡Bah! Sólo te gustan los insectos y esas serpientes horribles.

—Harry—dijo Bogey, mientras su rostro cambiaba de expresión—.He estado pensando. ¿Has visto cómo los encantadores de serpientes tocan melodías con sus flautas? Pues yo voy a tocar con mi silbato. ¿Sabes cuál es? El que me regaló el capitán John. Voy a tocarlo como si fuera un encantador de serpientes. Es posible que le agrade a mi serpiente.

Era la época de los encantadores de serpientes. En esos días caminaban a través de los pueblos y aldeas de Bengala Oriental; eran hombres barbados, de piel muy ne-

gra que vestían ropas de un color anaranjado obscuro. Llevaban una vara sobre los hombros, y de cada uno de sus extremos pendía un lazo de tela en el cual transportaban una canasta redonda y poco profunda, lo suficientemente grande para acomodar a una serpiente enroscada. Las canastas se amontonaban unas sobre otras, pero muchas de las serpientes eran sólo gusanos grandes, inofensivos, gruesos y estúpidos, que no se asemejaban a la temible y hermosa cobra de interesante perversidad. A menudo el encantador llevaba, atada al cuello con una cuerda, una mangosta, cuyos ojillos rojos relucían. Se desataba a la mangosta para que luchara con una serpiente. Me gustaría que tuviéramos una mangosta aquí, pensó Harriet, así mataría a esa cobra.—No creo que debas jugar con ella, Bogey—dijo Harriet en voz alta.

—Ya—no sale. Creo que se ha ido—dijo Bogey rápidamente, pero mintió.

La flauta del encantador de serpientes estaba unida a un calabazo y producía un sonido parecido al de la gaita, sinuoso y triste. Comparado con el de la flauta, el sonido del silbato de Bogey resultaba simplemente alegre.

—¿Por qué quieres tocar el silbato si se ha ido?—
preguntó Harriet con severidad.

Hubo un destello de luz en los ojos de Bogey.—Oh...
pues...porque...

—Si un encantador de serpientes se entera de que
tienes una—dijo Harriet—, vendrá y se la llevará. Siempre
están buscando cobras. Es mejor que tengas cuidado.

—Me gustaría ser un encantador de serpientes—dijo
Bogey como si soñara.

Harriet se sentía cansada y malhumorada a causa de
los preparativos que hacía, los cuales eran siempre muy
elaborados y causaban grandes tribulaciones a su familia
antes de que pudieran disfrutar de la sorpresa que prepara-
raba.

—¿Qué piensas regalar tú, Victoria?—preguntó Harriet.

—¿Yo?—respondió Victoria sorprendida—.Nada.

—Pero Victoria, tienes que regalar algo a las demás
personas.

—¿Debo hacerlo?

—Sí. No puedes recibir regalos sin ofrecer nada a cambio.

—Pero si me gusta recibir, no regalar—dijo Victoria tranquilamente.

Bea había hecho un pañuelo para el capitán John, lo había repulgado con puntadas muy pequeñas, y, con gran habilidad, le había bordado las iniciales en una esquina.

—Pero no tengo nada hermoso que regalarle—decía Harriet lamentándose.

—¿Por qué tendrías que regalarle algo?—dijo Mamá serenamente—Es más amigo de Bea que tuyo.

Harriet lo sabía, pero por alguna razón, el oír a Mamá diciéndolo provocó en ella una tormenta de ira y angustia.—¡Odio a Bea!—exclamó, pero afortunadamente, Mamá se encontraba donde no podía escucharla y Harriet tuvo que tragarse su amargura sola.

Sólo auguraba para sí una Navidad triste, sin embargo, aquella sagrada paz perduraba, la percibía aún dentro de sí

misma, además tenía un secreto, un asunto secreto que atender. Trataba de sentirse triste por ello también, pero no podía; la presencia de su secreto se advertía también en aquella paz.

Cada año Nan preparaba un nacimiento con una serie de antiguas figuras alemanas. Eran de madera pintada, más viejas de lo que Nan podía recordar. Harriet nunca podía miraras sin sentir una gran fascinación, y ahora, cuando fueron extraídas de sus cajas, diez días antes de la Navidad, para ~~scolocárlas~~ en su cueva de musgo y aserrín, iluminada por las velas, la imaginación de Harriet se sintió estimulada nuevamente. En medio de su desasosiego e infelicidad se sintió conmovida por ellas, tan profundamente conmovida que un conocido impulso se despertó en ella.—Voy a escribir algo sobre esas figuras—dijo Harriet de pronto—. ¿Qué podré escribir? ¿Un villancico? ¿Un himno? Una ópera—pensaba Harriet con modestia—.O, ¿podría ser una 'Oda a los Tres Reyes Magos'?—Pero había tantas odas.

Entre las figuras se encontraba la de un ángel arrodillado, vestido de azul, que tenía la falda llena de

rosas. Tenía la cara y las piernas color salmón, y una aureola dorada con adornos azules en la diadema. Era la figura que Harriet siempre recordaba mejor, debido a la expresión de dolor y afectación que tenía en el rostro. Parecía como si sufriera de un terrible dolor de cabeza. —¿Qué le sucede?—se preguntaba Harriet al igual que todos los años. ¿Será demasiado bueno? ¿Por qué tiene esa expresión? Una idea vino a su mente y se apoderó de ella, de modo que Harriet se dirigió en seguida a su Escondite Secreto y la anotó en su libro. Le tomó casi todo el día hacerlo, pero cuando concluyó su trabajo y lo leyó nuevamente, no se sintió sorprendida como cuando leyó el poema que había escrito; se sintió halagada y complacida, como había pensado que sucedería—.Bien—dijo Harriet, mordiendo el lápiz (Mordía tanto los lápices que Nan decía que debía tener el estómago como el suelo del taller de un carpintero) Ahora, al recordar que debía retirar el lápiz de su boca, una segunda idea, una idea relacionada con lo que debía hacer con la primera, vino a su mente, y era tan grandiosa que se sintió deslumbrada—.Pero—¿podría yo?—se preguntó Harriet—.¿Cómo podría hacerlo?—Miró, dudando, hacia el manuscrito

redactado con su letra redonda en el libro—.¿Podría?—
Entonces la expresión de su rostro y su voz se tornaron
firmes—.Podría—dijo Harriet—.Lo haré.

El capitán John se hospedaría en la casa durante la
Navidad. Fue a buscarlo.

—Venga conmigo a la oficina de Papá—le dijo
Harriet—.Quiero hablarle.

El accedió ~~contéstamente~~, pero, al igual que Bea,
mantuvo el dedo señalando la página del libro que leía.
—Deje su libro—le dijo Harriet—.Necesito su ayuda.

—Pero...—dijo el capitán John—.Pero...—volvió
a decir cuando Harriet terminó de explicarle.

—De nada le valdrá decir 'pero'—dijo Harriet con
firmeza, y comenzó a descubrir la maquinilla que Papá
le había prohibido tocar—.Usted sabe escribir a máquina—
dijo—.Usted dijo que sabía. Esto debe alcanzar el vapor
que sale mañana. También tendrá que escribir una carta
para mí.

—Pero—El Vocero es un periódico para adultos—

objetó el capitán John.

—Este es un cuento para personas mayores—dijo Harriet—.Y publican este tipo de cosas en época de Navidad.

—Sí.Pero...ya es muy tarde. Ellos seleccionan sus artículos para el número que se publicará en Navidad con semanas de anticipación.

—Tal vez aún les quede algún espacio—arguyó Harriet—.Y tal vez mi historia sea tan superior a otros trabajos seleccionados que la publiquen después de todo.

—Eso no es muy probable—dijo el capitán John.

—No, pero es posible—dijo Harriet.

El capitán extendió la mano, pidiéndole el cuento, al igual que había hecho cuando ella escribió el poema. Harriet le entregó el libro y aguardó, temblorosa y esperanzada.

"La Aureola Que Ajustaba Demasiado." leyó el capitán John. Alzó la vista y, con un destello en la mirada, miró

a Harriet. Volvió a leer. "Un ángel se quejaba de que su aureola le quedaba demasiado ajustada." Continuó leyendo, hizo un gesto con la boca, y una de las veces rió.

Cuando hubo terminado no dijo nada, excepto:—Muy bien, te ayudaré—pero le oprimió suavemente el hombro.

—Creo que estoy causándole molestias—dijo Harriet humildemente.

—Sí. Si lo haces—respondió él, sentándose ante la maquinilla.

—Creo que tendrá que corregir un poco la ortografía, si no le importa—dijo Harriet alegremente.

—Supongo que sí—dijo el capitán John.

En algunas ocasiones, en muy raras ocasiones, las cosas suceden como uno espera que sucedan, como uno espera muy en el interior de su corazón que sucedan. Una o dos veces en su vida Harriet experimentó esta tranquila certeza, demostró esta fortaleza de voluntad y obtuvo lo que esperaba. Estaba en lo cierto al sentirse tan segura. Aquella breve historia se había redactado con tal seguridad;

era algo pequeño para poder cambiar, moldear e impartirle firmeza, como lo hizo, a la vida de Harriet, pero ella sabía que no fracasaría, y, en la mañana del día de Navidad, mientras desayunaban, Papá recibió la bolsa de la correspondencia, y echó una ojeada a las cartas, deteniéndose al ver una de ellas y diciendo—Harriet, mira. Esta es para tí.—Entonces miró la carta con mayor detenimiento—.No puede ser para ella—dijo—.La remite El Vocero. Tiene que ser un error.—Ya levantaba el cuchillo para abrirla cuando Harriet dijo angustiada—: Pero sí es para mí. No la abras, Papá. Es para mí. Yo... la estaba esperando.

Todos la miraron.

Papá, que aún dudaba, se la entregó, y entonces Harriet comprendió lo que significaba comparecer ante la inquisición. El sobre era color ante, la dirección estaba escrita a máquina; en la esquina del sobre aparecía impreso, El Vocero y Cía., Edificio El Vocero, Calcuta. La sangre comenzó a golpear de un modo extraño en los oídos de Harriet. Espero- que- estoy- segura- de- que- es- sólo- para- decirme- que- no- está- bien- escrito- es- para- devolverlo, pensó rápidamente. Deseaba ocultar el sobre en la mano y correr presurosa con él a un

lugar donde pudiera abrirlo sin que nadie la viera.

—Vamos. Ábrelo, Harriet—dijo Papá—.Nos morimos de curiosidad.

Harriet miró suplicante hacia su madre y abrió el sobre. Una carta escrita a máquina y un cheque rosado saltaron del interior.

—¡Harriet! ¿Qué has estado tramando?—preguntó Mamá severamente.

—No he estado tramando nada—dijo Harriet—.Yo—yo no entiendo lo que dice.—Y comenzó a llorar.

Era cierto. Papá leyó la carta en voz alta, entonces el capitán John entró, cojeando, con un periódico en la mano. Allí estaba el cuento escrito por Harriet, había estado allí todo el tiempo en la edición de Navidad del Vocero que se encontraba doblada junto al plato de Papá. —¡Bueno! ¡Caramba, qué estúpido he sido!—dijo Papá.

El resto del día transcurrió felizmente—No quisiera que terminara nunca—decía Harriet, y aun cuando toda la serie de emociones de aquel día se convirtió en

parte del pasado, permaneció intacta en su mente—. Su recuerdo estará siempre conmigo—se decía—. Es mi nuevo comienzo. Hoy he nacido nuevamente—decía Harriet— como dijo el capitán John.

Papá había cortado el cuento y lo había pegado en su álbum. Mostró a Harriet lo que había escrito. El primer trabajo publicado de Harriet, y la fecha. ¡El primero! Junto con aquella sensación de júbilo surgió en Harriet un sentido de responsabilidad. Había admitido aquella responsabilidad. Se había comprometido. Era algo público ahora. Se sentía diferente. A pesar de aquella gloria, deseaba haber mantenido en secreto su triunfo. .

Aquella noche no podía dormir. Estaba demasiado excitada para poder hacerlo. Permanecía en la cama escuchando el sonido del vapor que escapaba y el rumor del río; miró hacia afuera a través de las puertas, cuyas cortinas Mamá había dejado descorridas, miró hacia donde la luz brillaba con un claro resplandor azul de luna. La luna debe haber salido, pensó Harriet. Puedo ver algunas ramas, pero no puedo ver la copa del árbol. Me pregunto... No dijo lo que deseaba saber. Se escuchó un sollozo que

provenía de la cama de Bea. Harriet escuchó atentamente. Volvió a oírse otro sollozo.

—¡Bea!—llamó.

Se hizo silencio.

—Bea. ¿Estás llorando?

Silencio.

—Bea. Estás llorando.

No le respondió.

Harriet se levantó, y, vestida sólo con su camisón, se acercó a la cama de Bea. Hacía frío y Bea no hizo ademán de dejarla entrar en su lecho, pero Harriet permaneció allí, sentada en la orilla de la cama de Bea. Sentía una pequeña sacudida cada segundo. Bea lloraba.

—¿Te sientes mal?

No le respondió.

—¿Es por lo que...? ¿Tiene algo que ver con lo que sucedió hoy?

Tampoco le respondió.

—¿Alguien se enojó contigo?

Sólo sintió una sacudida en la cama.

—¿Valerie te hizo algo?—preguntó Harriet irritada.

—No.

—Bea, ¿es porque escribí el cuento y tú no escribiste ninguno?

—¡Por supuesto que no!

—¿Tiene que ver con...el capitán John?—preguntó Harriet suavemente.

Sólo la rodeaba el silencio y una completa quietud.

—¿Qué te sucede, Bea?

—Es que — es que —

—¿Hicieron las paces, verdad?

—En realidad no refinos.

—¿Quieres que llame a Mamá?—preguntó Harriet, sintiéndose incapaz de hacer algo para consolar a Bea.

—No. No debemos molestarla. Tú lo sabes—balbuceó
Bea.

—Pero no puedes seguir llorando—dijo Harriet.

Bea hizo un esfuerzo por permanecer callada. Se
sentó, pero comenzó a sollozar nuevamente.

—Dime lo que te sucede, Bea.

—Él...él...se va—dijo Bea precipitadamente, sin
aliento.

—¿Se va?—dijo Harriet aturdida—.Se va lejos—y
continuó repitiéndolo—.Lejos. Lejos—hasta que las
palabras resonaron en sus oídos como martillazos sobre
una lastimadura—.¡Oh!—exclamó Harriet encogiéndose.

—Sí. Se va. No lo veremos nunca más.

—No—asintió Harriet—.Entonces no lo veremos más.—
Se sentó en la cama, sintiéndose más herida y más sola,
sintiendo más frío que nunca—.Pero no se va todavía
Bea—dijo—,aún no. No es ahora que se va.

—No estoy llorando porque él se va—dijo Bea—.
Lloro porque...

—¿Por qué?

—Porque hay algo de nosotros que se va—dijo Bea rápidamente.

—¿Algo? ¿Qué 'algo' Bea?

—Todo está pasando tan aprisa—dijo Bea—. Muy aprisa. Demasiado aprisa.

—Mm—dijo Harriet, que comenzaba a comprender.

—Demasiado rápido y demasiado aprisa—dijo Bea llorando—. Todo está cambiando y yo no quiero que cambie.

—Pero si no ha cambiado—dijo Harriet. Al pronunciar aquellas palabras supo que eran falsas. ¿Cuántas cosas habían cambiado desde aquella mañana? Todo había cambiado.

—Quiero que todo continúe siendo como es—dijo Bea—. No quiero que esto termine nunca. Quiero que se quede siendo así para siempre, pero no lo hará.

—No, no lo hará.—Harriet tuvo que asentir de nuevo tristemente. No podía hacer otra cosa.

—No podemos conservarlo, y el día de hoy fue tan hermoso - tan feliz.—Bea volvió a reclinar la cabeza en la almohada—.Quiero que continde así por siempre—dijo llorando.

Harriet también lloraba. Permaneció sentada en el borde de la cama, herida, en silencio, temblando de frío, hasta que Bea extendió la mano hacia ella.—No te quedes aquí, Harry—dijo—.No podemos hacer nada, estás helada. Tienes la mano fría como una rana.

Harriet volvió a su cama, sintiéndose helada y desvalida, y permaneció despierta hasta mucho después de que Bea se tranquilizara. Pensaba que Bea también estaba despierta, y esta era la primera vez que habían permanecido despiertas sin hablar. El día se había ido. Aunque se mantuvieran despiertas y lloraran o sintieran pena, no podían hacerlo regresar. ¿Quién había dicho que no se pueden detener los días ni los ríos? Harriet podía escuchar al río deslizarse en la oscuridad, no, en realidad no era en la oscuridad, sino iluminado por la luna. Se estremeció. Tal vez dentro de seis o siete semanas él se iría, pensaba. Trató de convencerse a sí misma, pero no le parecía cierto, no sentía que fuera cierto.

¿Qué sentirá Bea entonces? se preguntó Harriet. ¿Se sentirá peor que yo? En los libros la gente es feliz por siempre jamás. Pero esas son tonterías. Nada dura por siempre jamás, pensó Harriet. ¿Termina en realidad? Nuevamente se sintió asaltada por una duda. ¿Todo se pierde y termina -o, en cierto sentido podemos conservarlo? ¿Podría eso ser cierto?—¿Hay un poco de verdad en todo?—había preguntado al capitán John. Entonces perdió aquella esperanza. No. Ese algo se ha ido, pensó Harriet. No lo había notado antes, pero ahora lo veo. Lo veo- y es horrible. ¿Por qué no lo noté antes? ¿porque era pequeña? Entonces dijo en voz alta—:Bea. ¿Estás dormida?

—No—respondió Bea.

—Bea, ¿eso demuestra que uno se está poniendo viejo?

—¿A qué te refieres? Harry, me gustaría que no pensaras en otras cosas mientras estás hablando. Como dice Valerie, ¿cómo esperas que podamos comprenderte?

Bea estaba de mal humor, pero Harriet insistió.

—¿Cuáles son las señales de que uno se está poniendo viejo —como nosotras?—preguntó Harriet.

—Una gran cantidad de cosas, supongo—respondió
Bea molesta—.¿Quieres saberlas ahora?

—Sí.

—Crecer es una de ellas, por supuesto—

—¿Y los dolores que acompañan al crecimiento?—preguntó
Harriet.

—Creo que sí. Y el aprender más. El estar más
tiempo junto a Mamá que junto a Nan; el que ya no nos guste
tanto jugar ni fingir que somos algún personaje o alguna
cosa; poder comprender mejor las cosas y sentirlas durante
más tiempo; usar justillos; y oh, sí—dijo Bea—, recuerdo
que cuando regresé de Darjiling este año, encontré que
todo había crecido mucho menos de lo que esperaba. Cuando
me fui todo parecía tan grande. Al regresar, me pareció
pequeño; y supongo—dijo Bea—que ser amiga del capitán
John me ha hecho envejecer.

No me siento tan lejos de sentir todo eso, dijo
Harriet para sí.

Poco tiempo después de aquella conversación con Bea, de aquella conversación sobre el crecimiento, Mamá envió por ellas.

—Harriet, Bea. Su mamá desea hablarles — en su habitación.

—¿Sobre qué?—preguntó Bea al instante, con un tono suspicaz.

—No me lo dijo—respondió Nan suavemente.

—Pero Nan lo sabe—dijo Harriet a Bea. Bea se encogió de hombros.

Había llegado el mes de enero. Las fiestas de Navidad habían concluido y se iniciaba la segunda etapa del invierno. Comenzaban las lecciones. La enredadera de bignonia que crecía en el jardín y frente a la casa estaba cuajada de flores anaranjadas. El alcornoque estaba cubierto de flores. Durante todo el día era posible percibir un olor a miel en el jardín y en los campos cubiertos de mostaza en flor. Aún hacía frío; todavía la fría neblina de la mañana invadía el jardín y flotaba

sobre el río. Toda la excitación había pasado. La vida había vuelto a seguir su curso normal. El cuento escrito por Harriet y otros acontecimientos habían dejado de ser el centro de interés, su recuerdo se hacía borroso y ya la familia los aceptaba como algo natural.

—Quiero hablarles—dijo Mamá—.Creo que son lo suficientemente maduras para conversar sobre lo que voy a decirles.

En realidad, Harriet no se sentía mayor aquella mañana. Al sentarse, miró sus rodillas curtidas surcadas por rasguños y salpicadas de vellos dorados; se fijó en lo corto que era su traje a cuadros verdes y blancos. El traje llevaba las manchas y señales de todas las experiencias vividas aquella mañana: jugo- de- papaya- que- se- había- derramado- sobre- la- falda- a- la- hora- del- desayuno- pintura- azul- de- Prusia- de- la- que- había- usado- para- pintar- el- Mar- de- Azov- una- pequeña- rasgadura- producida- al- subir- a- un- árbol- una- mancha- alargada- resultado- de- haber- caído- sobre- el- césped- húmedo- mientras- corría- tras- Bogey.

Mamá también miraba el vestido.—¿Qué has estado

haciendo, Harriet?

Harriet bajó la cabeza.—Jugando—respondió.

—¡Una niña tan grande como tú! Tal vez sería preferible que no te quedaras—dijo Mamá—. Tal vez no eres suficientemente madura. Hablaré con Bea.

Bea estaba sentada, impasible, con los hombros encorvados. No decía nada.

—Oh, Mamá, por favor, deja que me quede. Soy grande, de veras. Es solo que algunas veces, cuando juego con Bogey... Mamá, deja que me quede.

Mamá miró a Bea y ésta miró resentida hacia el suelo. Mamá suspiró.—Bueno—dijo mirando a Bea nuevamente—quizá sería mejor que te quedaras.

Entonces se hizo absoluto silencio, sólo se escuchaba el sonido regular de las máquinas de vapor de la factoría y el constante murmurar del río.

—Ya están convirtiéndose en jovencitas—dijo Mamá.

Se hizo silencio nuevamente. Bea permanecía tensa,

más abstraída que nunca. Harriet comenzó a sentirse ansiosa.

—Cada día crecen un poquito más—dijo Mamá.

—De buen o mal grado—dijo Harriet súbitamente.

Bea la miró airada, pero Mamá sonrió.—Sí, exactamente—dijo—.De buen o mal grado. Pronto, mucho antes de lo que podamos imaginar, se convertirán en mujeres.

—Sí, supongo que así será—dijo Harriet.

—No sé—dijo Mamá—,nunca les pregunté cuánto sabían sobre la vida.

—¿La vida?—preguntó Harriet confundida.

—Sobre cómo nacen los niños—dijo Bea en seguida, respirando fuertemente.

—Lo sé todo—dijo Harriet con certeza.

—No me refiero a eso solamente—dijo Mamá, e hizo una pausa. Entonces preguntó—:¿Y tú, Bea?

—Sé algo—respondió Bea con renuencia.

—Bueno—dijo Mamá. Suspiró nuevamente—.Mejor sería que comenzáramos por el principio...Ustedes saben que son las mujeres quienes dan a luz, quienes llevan en su seno a los hijos — como yo ahora.

—Sí Mamá—dijo Harriet, y ella y Bea apartaron la mirada de su madre.

—Nosotras — las mujeres, debemos preparar nuestro cuerpo para cumplir con esa responsabilidad—dijo Mamá—. Es como un templo.

—¿Como un templo?—preguntó Harriet sorprendida.

—Sí—dijo Mamá. Pero aún no parecía claro, la imagen no parecía apropiada para explicar lo que Mamá deseaba expresar.

—Escucha Harriet, el dar hijos al hombre que amas y que te ama, es una labor muy importante y sagrada.

—¿Tú amas a Papá?—preguntó Harriet inmediatamente.

—Sí—dijo Mamá—, y me siento satisfecha al decirlo.

Con aquella breve afirmación, característica de la

madre, la conversación adquirió de repente un tono de íntima sinceridad. Harriet se sintió invadida por un inmenso amor hacia ella. Apoyó la mano en la rodilla de Mamá y ella se la oprimió suavemente, pero Bea aún se mantenía alejada, como si hubiera estado de mal humor.

Harriet no podía detenerse y seguía hablando, obligando a su madre a continuar con aquella conversación.

--Pero -- ¿no se siente un dolor horrible cuando uno tiene un hijo?

--Sí, se siente--respondió Mamá--.Pero hoy en día hay muchos modos de ayudar a las madres y apenas se siente el dolor, por lo menos, no se siente mucho. No debes tener miedo. Los médicos son muy sabios.

--Pero--supongamos que no hay un médico cerca. ¡Imagina que te encontraras en la selva - o en un desierto - o que hubiera una inundación!--dijo Harriet.

--¡Oh Ha-rriet! Deja hablar a Mamá--dijo Bea.

--Para que este templo esté listo...--dijo Mamá, y

su voz volvió a tornarse vacilante, como si de nuevo hubiera estado pensando cómo expresar lo que tenía que decir, y no se sintiera segura del resultado.

—Para que esté preparado para ese momento, ocurren cambios en sus cuerpos, cuando comienzan a convertirse en mujercitas.

—Lo sé—dijo Harriet asintiendo con un movimiento de cabeza—.A mí me han ocurrido.

Mamá parecía sorprendida y Bea impaciente.

—No tienen que mirarme de ese modo. Me han ocurrido—dijo Harriet.

—Sí, supongo que sí. Estás creciendo, pero espera un poco, Harriet—dijo Mamá—.Escucha.

—Mamá—interrumpió Bea—, ¿tenemos que continuar hablando sobre eso ahora? ¿No podemos esperar hasta que suceda? ¿Y Harriet tiene que quedarse aquí?—Miró a Harriet enfurecida, como si la hubiera odiado.

Y de pronto, Harriet sintió que hubiera deseado pos-

poner aquella conversación para otro momento, aunque no sabía por qué razón.

Desde el río se dejó oír un ruido, de algo que agitaba las aguas violentamente y se aproximaba acompañado por el sonido rítmico de un motor. Era el vapor-correo que pasaba al mediodía. El ruido se hizo mayor cuando el barco pasó cerca de la casa, río arriba, entonces fue debilitándose; luego se escuchó el sonido de las olas, del oleaje que azotaba el dique construido junto al jardín. Mamá, quien parecía haber vacilado por unos instantes, recobró la seguridad nuevamente.

—Pueden escucharme con paciencia durante algunos minutos más—dijo Mamá—.No voy a retenerlas por mucho tiempo. Siempre es mejor discutir las cosas con franqueza.

Bea parecía no estar de acuerdo.—Y—añadió Mamá secamente mientras miraba el rostro de Bea—no les perjudicará el oír estas cosas de labios de su madre aun cuando ya otra persona se las haya dicho.

Se refiere a Valerie, pensó Harriet. Valerie se lo ha dicho. Muy bien Mamá, pensó Harriet, sintiéndose animada al descubrir que Mamá tenía muy poco de tonta.

Mamá miró hacia Bea cuando comenzó a hablar nuevamente. Bea había bajado la cabeza, de modo que ninguna de las dos podía ver su rostro, y sus dedos hurgaban en el tejido de mimbres del taburete en que se sentaba. ¿Por qué Bea sería tan extraña y susceptible? En aquel momento Harriet deseó que su madre no las retuviera por más tiempo allí, que no retuviera a Bea, a toda costa, para hablarle aun en contra de su voluntad.

Pero Mamá continuó hablando con voz serena y firme, y pronto Harriet se olvidó de mirar a Bea. Escuchaba con gran atención.

Mamá seguía hablando con un tono de seguridad. Entonces hubo un nuevo silencio.

—¡Vaya, vaya!—dijo Harriet.

Se miró nuevamente, y seguía siendo como antes; tenía las mismas rodillas con los mismos vellos, el mismo traje con sus manchas y marcas.—Pero — no sabía lo que era, lo que soy, lo que seré—dijo Harriet—. Lo único que sabía, hasta ese momento, era que hubiera sido igual a

Bogey. Por un momento pensó con pesar en las agradables experiencias que esperaba compartir con Bogey, reconociendo que ahora, aquel sueño era algo imposible; había soñado con escapar y llegar hasta el mar junto con Bogey para convertirse en camareros de un barco; había soñado con convertirse en pieles rojas. Ahora tendría que ser una mujer india y no le gustaría serlo, pensó Harriet; había soñado con ser exploradora, pero, no, supongo que las mujeres no pueden ser buenas exploradoras, causarían muchas dificultades, dijo para sí. Y cada mes...al igual que la luna y las mareas... la luna ocasiona las mareas y la tierra tiene que aceptarlas...no puede evitarlo, como tampoco puedo yo evitar los cambios que ocurren en mí. El que todas estas cosas ocurrieran simultáneamente le parecía algo demasiado despiadado a la pequeña Harriet, mientras se encontraba allí en la habitación de Mamá, sentada en un taburete de mimbre al igual que Bea.

—Quisiera ser Bogey—dijo Harriet.

—Lo sé—dijo Mamá—. Muchas veces deseé ser un niño.

—¿Tú?—preguntó Harriet sorprendida—. ¿Tú lo deseaste?

—Sí, yo—dijo Mamá—,pero de nada vale desearlo, Harry. Eres una niña.

Pero...no creo que pueda sucederme, a mí, pensó Harriet, y dijo en voz alta—:Mamá, no creo que sea posible que...

—¿Qué es lo que no puede ser posible?

Bea hizo un gesto de impaciencia.—Eso es lo que siempre hace, piensa, y después espera que uno sepa lo que está pensando.—El criticar a Harriet parecía hacerla sentirse mejor—.Es una perfecta tonta. ¿Puedo irme, Mamá?

—Bea...—comenzó a decir Mamá, pero Harriet tuvo que interrumpirla.

—¿Me sucederá? ¿En mi cuerpo? ¿Estás segura, Mamá?

—Odio los cuerpos—exclamó Bea súbitamente—.Quiero irme.

—Muy bien entonces, puedes irte Bea—dijo Mamá.

Después de que Bea se hubo marchado, Mamá permaneció callada, y una vez más Harriet la escuchó suspirar, pero estaba tan abstraída en sus propios pensamientos, pensando

en lo que significaba ser Harriet, que no experimentó ninguna emoción al escucharla.—Mamá, no creo—dijo—que me convierta en una mujer ordinaria.

—Serás igual que cualquiera otra mujer cuando llegue tu turno—dijo Mamá—y también lo será Bea... así como dijiste, de buen o mal grado. Y ahora—dijo—, tal vez sería mejor que te fueras a jugar.

—¡Jugar!—dijo Harriet—. ¡Jugar! No jugaré nunca más.— Pero lo hizo. Ese mismo día corrió por el césped, persiguiendo a Bogey.

Durante las primeras horas de la tarde, todos descansaban. Papá reposaba durante una hora antes de regresar a la oficina, Mamá descansaba por largo rato en su cama, de las dos hasta las cuatro; Harriet y Bea leían, Bogey debía descansar en un catre que se encontraba en el despacho de Papá, mientras Victoria dormía y Nan cosía y a veces dormitaba, sentada en su sillón, junto a la ventana, rodeada por la penumbra de la habitación. Era la hora de la

siesta de los sirvientes; aun las aves permanecían silenciosas; hasta los lagartos dormían bajo el sol.

Sin embargo, si Harriet tenía algo urgente que hacer, no lo posponía; abandonaba el libro, se escurría de la cama y nadie lo advertía.—Voy a descansar al Escondite Secreto—le decía a Bea. No iba a hacerlo pero Bea asentía silenciosamente con un movimiento de cabeza. Entonces Harriet bajaba a la primera planta y casi siempre, al pasar junto al despacho de Papá, podía notar que el catre de Bogey estaba vacío.

Este era el momento supremo para Bogey iniciar sus aventuras, cuando no había nadie que pudiera verlo ni pudiera estorbar sus planes y ni siquiera notara su presencia. También era el momento cuando había mayor tranquilidad en el jardín, cuando era más fácil encontrar a sus amigos, los insectos y los reptiles. Harriet no recordaba haberse levantado nunca y haberlo encontrado en la cama.

Una tarde, a fines del mes de febrero, Harriet necesitó hablar con Bogey. Bajó a la primera planta para buscarlo, pero, por supuesto, no estaba allí. No podía ver si estaba en el jardín, ni siquiera desde la terraza.

—¡Qué contrariedad!—dijo Harriet—.Tendré que salir a buscarlo—y, en puntillas, entró en la habitación de los niños para buscar su sombrero.

Nan dormía. Tenía sobre la falda unos pantaloncitos de Victoria, a los cuales había añadido nuevos ojales debido a que la niña estaba muy gruesa y resultaban demasiado ajustados para ella; aún sostenía la aguja entre los dedos y, mientras dormía, el aire que escapaba por su boca, hacía subir y bajar suavemente sus labios. Harriet tomó el sombrero y salió.

No podía ver a Bogey por ninguna parte.—Está-
jugando- a- dar- vueltas- por- el- jardín- sin- ser-
visto—se dijo Harriet molesta, y comenzó a seguir el rastro que acostumbraba dejar y que sólo ella y Bogey conocían. No había nadie en el jardín inundado de sol brillante. Harriet podía ver sus refulgentes colores. Entonces, mientras se escurría entre el plinto de la casa y las poinsetias, aquellas flores, de largos pétalos, tan grandes como platos, parecían mirarla al pasar; casi esperaba ver aparecer entre ellas el rostro de Bogey, contraído a causa del sol, bajo la maraña de sus cabellos.

Se arrastró entre las poinsetias y la casa, al igual que él solía hacer, pero Bogey no estaba allí. No se encontraba junto a la enredadera de dondiego, que en aquel momento ostentaba sus flores azules y moradas bajo el sol de la tarde; tampoco se hallaba junto a la enredadera de flores anaranjadas que había en la esquina de la casa. No lo encontró tampoco entre los arbustos de buganvillas ni en ningún lugar cerca de los rosales, ni bajo los árboles de jacaranda, ni junto a la cisterna. Harriet entró al huerto y lo buscó entre las hileras de enredaderas de guisantes y habichuelas cuajadas de flores blancas; pasó con dificultad entre las plantas de tomate, cuyas flores amarillas exhalaban un olor desagradable, pero no halló a Bogey. No estaba en el establo, donde podía ver a Perla, que, medio dormida, la miraba con expresión estúpida desde su pesebre. Harriet se detuvo para darle una palmada y sentir su tibieza, pero ella no alteró su expresión. Sólo sacudió una oreja para espantar una mosca.

Bogey no estaba detrás del pequeño montón de estiércol, ni en las habitaciones de los sirvientes, donde Harriet podía apreciar sus siluetas, mientras dormían en las hamacas, bajo los árboles y los aleros de cada cabaña.

Pasó por detrás de las jardineras donde crecían y se mecían los hibiscos, cuyas flores rosadas, escarlata, amarillas y crema semejaban linternas y tenían estambres en forma de borla; las hizo columpiarse en sus tallos al pasar, pero nada se movió entre ellas o las hizo temblar. Se dirigió a los lugares donde Bogey acostumbraba ir, caminó a lo largo de la zanja del drenaje que se encontraba junto al muro, detrás del bambú, cuyas cañas verdes, bronceadas y amarillas sólo daban paso a la luz del sol. Se acercó a hurtadillas, esperaba ver a Bogey saltar ante ella en cualquier momento, imitando el maullido de un gato, pero el jardín estaba más silencioso y desierto que nunca. Entró en el invernadero y pasó junto al estanque de los peces dorados. Bogey tampoco estaba allí.

El sol lanzaba sus rayos sobre el césped, la grama estaba cubierta por una niebla producida por el calor, y salía de ella un olor tibio y seco. Todos los aromas del jardín se mezclaban con él, pero aún podía distinguirse el perfume de las rosas amarillas Mariscal Niel, de las petunias y de las flores del alcornoque. Tampoco se veía a nadie en el prado, y Harriet se dejó caer sobre la

yerba y miró hacia la casa y el árbol, que aún parecían viajar en dirección opuesta a la del cielo. En lo alto, todavía podía verse volar a los halcones que daban vueltas y vueltas formando anillos imaginarios. La hacían sentirse mareada.—Preferiría haberme quedado en casa descansando—dijo Harriet y bostezó—.No sé dónde está Bogey. Juega a las escondidas demasiado bien. Probablemente esté aquí, muy cerca de mí, riéndose—dijo Harriet enojada; pero no, no sentía que Bogey estuviera cerca, ni riéndose. Sólo experimentaba una sensación de vacío, de un completo vacío. Es inútil, pensó Harriet sin interés, y bostezó nuevamente. Inútil.

De pronto se incorporó. Creo, pensó, que está esperando que la serpiente salga. Creo que está cerca de la higuera.

No deseaba acercarse a la higuera; sólo el pensar en la cobra la hacía sentir que un escalofrío recorría su espalda.—¡Uf!—dijo Harriet—.Desearía que no lo hiciera. No sé cómo puede hacerlo. Tengo que decírselo a Papá. Voy a decírselo—dijo Harriet, se levantó de un salto y se sacudió el polvo que se le había adherido a

las manos, rodillas y codos, al recostarse en la grama.

Se dirigió al portal, donde la enredadera de velo de novia, que ya había perdido sus flores, se mecía, convertida en una maraña de hojas y ramas secas. La puerta estaba entreabierta. Eso significaba que Ram Prasad había salido. Su casa estaba vacía. Al pasar, Harriet miró hacia el interior y vio su lota, la jarra que utilizaba para lavarse, y la linterna, y el baúl de latón pintado de verde, decorado con rosas, cuidadosamente colocado bajo la cama; su abrigo colgaba de un gancho en la pared, donde había láminas pegadas y, en un rincón, cerca del horno, se veían su taza de latón y su narguile. Harriet los conocía muy bien; los había visto cientos de veces.

Había llegado al lugar donde se encontraba la higuera. Allí la tierra estaba desnuda; las raíces del árbol no permitían que creciera nada, había un espacio vacío semejante a un patio, rodeado y protegido por el bambú. No había nadie, ni siquiera se veía la cobra. Inmediatamente, Harriet había echado una ojeada al lugar, había mirado entre las raíces, bajo el bambú, esperando ver una forma obscura, unos anillos que se deslizaran. No había nadie,

nada, y aquel vacío pareció extenderse entonces hasta el cielo, sintió que sus pies estaban clavados en el suelo; había visto otra cosa. No era Bogey; ni la serpiente, sino un platillo de leche que se había volcado y yacía roto sobre la tierra, cerca de una pequeña caña de bambú, y más allá, hacia el bambú, también sobre la tierra, vio tirado el sombrero de Bogey.—Lo ha mordido—pensó Harriet con claridad, mientras permanecía allí.

—Salió — salió en busca de la leche, él la tocó y ella lo atacó. Lo atacó.—Nuevamente aquella sensación de vacío lo invadió todo, fue como una prolongada pausa. Entonces, en el suelo, cerca de sus pies, vio el silbato de Bogey.

Le temblaban las piernas cuando se inclinó para recogerlo, y, mientras lo hacía, vio a Bogey.

Estaba tendido entre las cañas del bambú, a unas pocas yardas de distancia, yacía con las piernas y los brazos extendidos, como si hubiera caído al correr presuroso, o al tratar de hacerlo; yacía con la cara hacia el suelo y las piernas y los brazos apartados del cuerpo, que semejaba un pequeño bulto.—Ya veo—pudo pensar Harriet con

una espantosa claridad—sabía que haría eso. Trataría de esconderse entre las cañas del bambú. Correría a ocultarse, no lo diría — entonces, cuando sintiera el dolor ...—y ella sabía cuán dolorosa era la mordedura de una serpiente—¿por qué entonces no dijo nada? Supongo que no pudo. Nadie lo escucharía. No había nadie lo suficientemente cerca para escucharlo.

Se aproximó; le temblaban las piernas.—Bogey—llamó con una voz que era más un ronquido—,Bogey, Bogey.

Se acercó más, mirando entre las cañas del bambú, hacia el suelo, cerca y lejos de Bogey. No había nada allí. Sólo Bogey, tendido con la cara hacia el suelo.

Lo miró, miró su gastado pantalón de lino azul gris, la camisa levantada que permitía ver su espalda desnuda. Tenía los puños cerrados y había en ellos tierra y pedacitos de bambú, al igual que en sus cabellos. Debe haber rodado sobre ellos al caer. Harriet sentía la garganta más seca, el pecho le dolía al respirar y sentía helada la nuca.—Bogey—llamó roncamente—.Bogey—

Se escuchó un leve susurro entre las hojas del bambú a sus espaldas, y ella se sobresaltó tanto que sintió que un hormigueo recorría su piel. Era un pájaro, un cuervo. Emitió un áspero graznido, batió las alas y voló. ¿No hacen eso cuando hay una serpiente cerca? se preguntó Harriet. Ahora, donde había sentido frío, notaba que estaba húmedo. Se inclinó y tiró suavemente del pie de Bogey calzado con media y zapato marrón.—Bogey—trató de decir—. Bog. Bogey. Bog.

No esperaba que Bogey respondiera, y no lo hizo. No se movió, y ella no había esperado que se moviera. El — calor se ha ido, pensó Harriet. El lado del rostro de Bogey que Harriet podía ver mostraba algunos rasguños y la piel se veía azul.—¿Azul?—se preguntó Harriet paralizada, clavando la vista en Bogey—.¿Azul? ¿Por qué estará azul?— Repetía lo mismo, mientras lo miraba y lo miraba. Siguió repitiéndolo hasta que escuchó el portón girar sobre sus goznes. Ram Prasad había regresado.

Entonces Harriet interrumpió el silencio. Gritó más fuerte que el cuervo.—¡Mira! ¡Mira! ¡Mira!—gritó—.

¡Ram Prasad! ¡Ram Prasad! ¡Sarpa! ¡Sarpa! ¡Sarpa! ¡Una

serpiente! ¡Una serpiente!

En la India, cuando alguien muere, es necesario sepultarlo inmediatamente, y al atardecer de aquel mismo día ya Bogey descansaba en el pequeño cementerio, donde los árboles, cuyos ramilletes de flores recordaban a las mimosas, dejaban caer su polen sobre las antiguas y nuevas tumbas, sobre el pequeño montecillo de tierra bajo el cual yacía Bogey, sobre la lápida de la tumba de otro niño, John Fox, el gaitero, que había muerto a los catorce años, hacía ya dos siglos.

Valiéndose de los medios con que a menudo cuenta un pueblo aislado, se consiguió un ataúd y los carpinteros de la factoría lo adaptaron para que tuviera el tamaño justo. Se suspendió toda labor en la factoría; los obreros se fueron a sus hogares, pero una muchedumbre de oficinistas se reunió en el jardín y guardó respetuoso silencio. El pequeño barco que pertenecía a la compañía, el Corvejón, salió de su dique y se acercó al desembarcadero; desde otros muelles en distintos puntos del río, zarparon otras lanchas que transportaban gente de las factorías cercanas, y flores de otros jardines. Los jardineros

sabían lo que debían hacer en aquellas ocasiones; sin que nadie se lo hubiera advertido, cortaron todas las flores blancas, petunias, rosas, alhelíes, claveles y jaboncillo. Reunidos en el jardín de la casa, preparaban coronas, sin que nadie lo hubiera ordenado; también habían hecho una cruz de rosas amarillas.

—¿Por qué no puedo salir? ¿Por qué no puedo salir?—preguntaba Victoria llorosa.

—No hables—decía Harriet.

—Silencio—decía Bea.

La gente, hombres y mujeres, estaban reunidos bajo el alcornoque. Abdullah y Gaffura, quienes también sabían cuál era su deber, trajeron sillas del interior de la casa y sirvieron té, pero ningún miembro de la familia salió para recibir a los visitantes; éstos permanecían sentados o de pie y hablaban en voz baja, mientras las flores del alcornoque caían sobre sus cabezas y dentro de sus tazas de té.

—No hemos tomado té—dijo Victoria—. Quiero tomar un poco.

—Silencio—dijo Harriet.

—Calla—dijo Bea.

¿Por qué venía toda aquella gente? se preguntaba Harriet. Venían como si hubiesen tenido derecho a hacerlo, como si hubiera sido su deber. En aquel momento, el señor Marshall, quien vestía de gris y no de blanco según acostumbraba, llegó, y, con una expresión grave en el rostro, se detuvo a conversar. ¿Había venido a causa de la muerte de Bogey? ¿Por qué?—¿Por- qué- vienen- todas- esas- personas?—preguntó Harriet a Bea.

—Es lo que se acostumbra—respondió Bea—.Hay que enterrar a Bogey.

—¿Enterrarlo?—preguntó Harriet desconcertada.

—Sí. Sabes que es así—dijo Bea.

Harriet lo sabía. Siempre lo había sabido, pero nunca antes se había encontrado en aquella situación. Cuando alguien moría ya no pertenecía a sí mismo, ni a su familia; pertenecía a las costumbres, a lugares, a países, a religiones; aun un niño como Bogey. Harriet

recordaba haber escuchado hablar a su padre sobre el Registro de Nacimientos y Defunciones, el informe sobre la muerte y el nacimiento de un ciudadano.—Entonces, Bogey era un ciudadano—dijo en voz alta.

Se acurrucaron bajo el anaquel que contenía los libros de Bea y se esforzaban por escuchar, trataban de ver y no ver a la vez.

—Quiero salir—dijo Victoria—. ¿Por qué no puedo salir al jardín?

Entonces Nan entró.

—¿Por qué no se han vestido?—preguntó Nan.

—¿Vestirnos?—la miraron fijamente.

—Sí. Siempre se cambian de ropa por la tarde, ¿no es cierto?

—Sí— pero — pero —

—Parece que nadie les hubiera enseñado cómo comportarse—dijo Nan—. Quitate esa blusa sucia, Harriet, y lávate la cara. Tú también Bea. Victoria, acércate,

déjame desabotonarte el vestido.

—Pero vamos a — Bogey está ...

—Bogey está vestido—dijo Nan con dignidad—.La casa está llena de damas y caballeros. Debemos demostrarles que Bogey es muy importante — muy importante para nosotros. Se vestirán y vendrán conmigo.

—¿Podremos — verlo?

—Yo no quiero verlo—dijo Victoria—.Ayah dice que está negro.

Nan bajó la cabeza, cerró los ojos y su rostro se contrajo con una expresión de dolor. Entonces tomó el cepillo y, sin responder, comenzó a cepillar los cabellos de Victoria. Cuando se vistieron Nan las condujo, a través de la terraza, entre la gente que se apartaba para dejarlas pasar, hasta el despacho de Papá. Estaba muy oscuro, pero Nan había encendido dos velas sobre el escritorio. Sólo se veía allí el ataúd de Bogey cubierto de flores.

—No sé lo que Mamá hubiera deseado—dijo Nan—,

y no puedo preguntarle ahora, pero creo que no deberían ver a Bogey. Deben despedirse de él aquí.

Se mantenían juntas, cerca de la luz de las velas, envueltas en los distintos aromas de las flores, entre los cuales se destacaba el de las rosas. ¿Por qué? se preguntó Harriet nuevamente. ¿Cuándo? ¿En qué época remota había pensado en aquello que estaba sucediendo? Entonces Nan las condujo al jardín, lejos de la gente, y se acercaron a la orilla del río.

En aquel momento sólo se escuchaba el sonido del río, sin el acompañamiento del ruido producido por el vapor que escapaba de la maquinaria de la factoría.

Papá y el señor Marshall salieron de la casa, cargando el ataúd de Bogey. Lo llevaron hasta el desembarcadero y lo colocaron sobre la cubierta del Corveión; la gente los siguió, llevando las coronas de flores, las cuales depositaron en la cubierta hasta formar una montaña. Algunos ramos cayeron al agua y se alejaron flotando río abajo. Entonces el Corveión soltó amarras, retrocedió y dio vuelta para seguir río arriba, y las otras lanchas, que transportaban a los visitantes, hicieron lo mismo y

siguieron al Corvejón. Cada una dejaba una estela que se destacaba en el agua.

El río no puede borrar lo que ha ocurrido, pensó Harriet; entonces le pareció ver nuevamente sobre la superficie, las cenizas de quien había sido la esposa de Ram Prasad, y recordó cómo flotaban sobre el agua, suavemente, como llevadas por un remolino, hasta que la corriente las arrastró.

Las lanchas se habían perdido de vista. Los colores se tornaban más intensos bajo el sol del atardecer; era casi de noche.

Harriet recordaba episodios ocurridos durante los dos días siguientes.

Encontraron la serpiente y la mataron; no era una sola, sino dos, eran dos cobras. Harriet vio cuando Ram Prasad las extendió sobre la tierra después de haberlas matado; una tenía una longitud de cinco pies, la otra media más de cuatro. Bogey fue mordido en el lado derecho del cuello, cerca de la mejilla, decía Nan.—
—Murió rápidamente—dijo.

Después de que mataron las dos cobras, Harriet comenzó a sentirse mal. Por momentos se sintió mal, durante aquellos días. A pesar de ello no se hizo una pausa. Aún había cosas que hacer. Nan le ordenó que buscara todos los juguetes que habían pertenecido a Bogey. Estaba empacando todas sus cosas para alejarlas de la vista de Mamá.

Harriet no encontró ningún juguete, excepto un viejo arco emmohecido tirado sobre la tierra; conocía el lugar donde Bogey había enterrado los soldados, pero prefirió dejarlos allí; encontró un jardín hecho de lodo, pero no era algo que se pudiera guardar. Vagó por el jardín, que seguía siendo el mismo, que permanecía inalterado, igual, pero se paseaba por él sin pensar, sin tocar nada; sólo caminaba.

En el pueblo no había sacerdote. El señor Marshall ofició el servicio religioso para Bogey. Por las noches, el señor Marshall y el doctor Paget venían a acompañar a Mamá y a Papá. Una noche el señor Marshall se detuvo para hablar con Harriet, quien se encontraba sentada en un escalón, mirando hacia la oscuridad, sin pensar, sólo mirando.

—Supongo que extrañas a tu hermano—dijo el señor Marshall dulcemente.

Los chacales aullaban a lo lejos, en el prado.

—Bueno, fue mejor que no le sucediera a Victoria—dijo Harriet.

El señor Marshall pareció asombrarse un poco.—¿Por qué?—preguntó.

—Victoria le tiene miedo a los chacales—explicó Harriet—.Bogey, no.

Nan olvidó guardar el cepillo de dientes de Bogey. Mientras se bañaba, Harriet pudo verlo allí todavía: el de Bea era rosa; el de Harriet, verde; el de Bogey, rojo; el de Victoria, azul. Harriet se puso de pie dentro del agua tibia y tomó el cepillo de Bogey.

—¿Qué tienes ahí escondido, Harriet?

Cuando Harriet se lo mostró, Nan le dio la espalda y comenzó a acomodar las toallas que colgaban de la percha.

—No puedes conservarlo, Harriet—dijo Nan.

—No—dijo Harriet, asintiendo lastimeramente.

Reclinó la cabeza en el borde de zinc de la bañera. Nan permaneció junto a la percha de las toallas, emparejándolas.

—No necesitamos conservar cosas, Harriet.

—No—dijo Harriet, aunque no estaba de acuerdo; entonces, al devolver el cepillo, notó que era cierto. Mientras menos cosas de Bogey guardaba en su poder, más claramente podía recordarlo.

La vida comenzaba otra vez. Quisieranlo o no, la vida comenzaba de nuevo.

Papá regresó a la factoría. Mamá volvió a salir de sus habitaciones. Harriet la escuchaba ordenar las comidas nuevamente.—Prepare sopa. Sopa de apio con crema—decía Mamá—, cordero, salsa de menta y guisantes, de los del huerto.

—Papas asadas—decía el cocinero, mientras lo anotaba todo en indostánico, en su libreta. Era un cocinero educado.

—Luego sirva tartas de naranja—dijo Mamá, y

Harriet expresó que estaba de acuerdo—: Sí. ¿Podemos tomar una tarta de naranja nosotros también, Mamá? ¿Cuándo cenemos?

Victoria se había construido una nueva casa en la mesa de la terraza. Decía que era una "casa que se pensaba." No era otra cosa que la propia Victoria sentada sobre la mesa.—¿Dónde están las paredes? ¿Y el techo? ¿Y la puerta principal?—preguntaba Harriet.

—Es una casa que se piensa—decía Victoria.

—¿Quieres decir que imaginas que es una casa y entonces lo es?

Victoria asintió con un movimiento de cabeza.

—Pero, ¿qué puedes hacer con ella?—preguntó Harriet.

—Puedes pensar en ella—dijo Victoria con dignidad.

Las lecciones comenzaron nuevamente. Lecciones ofrecidas por Mamá, por Papá. Volvían a comer- a- dormir- a- levantarse- a- acostarse- a- descansar- a- lavarse-

a- cepillarse- y- a- peinarse- los- cabellos- a- cepi- llarse- los- dientes- a- leer- a- columpiarse- a- montar- a- Perla- a- tejer. Todas las actividades externas continuaban. Sorprendentemente, el mundo interior también continuaba su marcha. Nada había cambiado. Pero todo, pensaba Harriet, se había contraído. Todos se han retirado a algún lugar dentro de sí mismos, como si se ocultaran y uno teme encontrarlos porque siente miedo de lo que pueda descubrir. Ocasionalmente, podría descubrir algo. Mientras cortaba rosas, Mamá se inclinó y recogió un soldadito escocés que había en el suelo. Era uno de los soldados de plomo que Sally había desenterrado. Mamá entró en la casa y dejó caer las tijeras y las rosas que había cortado sobre la mesa de la terraza.

Harriet entró en la habitación de los niños y allí vio a Nan, quien cosía ojales en la ropa de Victoria. Se detuvo y se sintió mal nuevamente.

—¿Qué te sucede, Harriet?

—Todo es tan — horrible — tan cruel—exclamó

Harriet.

Nan continuó cosiendo.

—Todo sigue y sigue. Continuamos viviendo como si nada hubiera pasado—decía Harriet llorando.

—No, no es así—dijo Nan—. Todo lo que hacemos es seguir viviendo. ¿Qué otra cosa podemos hacer, Harriet?

—Es como si hubiéramos hecho desaparecer a Bogey de nuestras vidas. Mira lo que tú estás haciendo. ¡Ojales!—Harriet sollozaba.

—¿Qué crees que debo hacer?—preguntó Nan suavemente.

—Eso es.—Harriet no podía contener su llanto—. Algo así sucede y todo vuelve a ocurrir, todo comienza de nuevo y uno no puede evitarlo. Las cosas siguen sucediendo, no importa lo que pase.

—Sí, siguen ocurriendo—dijo Nan—, una y otra vez, a todos nos ocurre algo, alguna vez, Harriet.

Harriet se sentó en el suelo y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. Se sentía vacía a causa de su infelicidad, y entonces, mientras se encontraba allí

sentada, recostada de la silla de Nan, una sorprendente idea cruzó veloz por su cabeza.—No—dijo Harriet, sintiéndose horrorizada por sus propios pensamientos—.No. No, no puedo. No debo. ¿Escribir sobre esto? No. No. No puedo—pero ya comenzaba a tomar forma en su mente, mientras Nan volvía a coser sus ojales, de nuevo escuchó el sonido que acompañaba su vida, el resoplar - pausar - y resoplar del vapor, y el murmullo del río. Era cierto, en la superficie y aun un poco más profundo, todo continuaba siendo exactamente, invariablemente igual.

El mundo gira.

No, pensó Harriet, tratando de no escucharse a sí misma; pero aquel impulso la arrastraba.

El río se desliza, la esfera del mundo gira.

Atardecer y luz, pensó Harriet. Cerró los ojos y lo repitió para escuchar otra vez, como acostumbraba hacerlo desde hacía mucho tiempo, si las palabras fluían libremente. Le pareció que así era y continuó.

El río se desliza, la esfera del mundo gira.

Atardecer y luz tenue. Medianoche. Mediodía.

El sol corre tras el día. Noche, estrellas y luna.

Volvió a invadirla aquella acostumbrada alegría, aquella sensación de impaciencia y de poder. Se sentía exaltada, como si se elevara. Se avergonzó, intentó acallar sus palabras, pero ellas se resistían. Continuaban surgiendo de su mente.

El sol corre tras el día. Noche, estrellas y luna.

...el plazo de nuestra vida ya expira.

—Nan—dijo Harriet, asombrada.

—¿Sí, querida?

—Nan, ¿cómo es posible que me sienta feliz? ¿Cómo es posible?

Si bien Harriet hacía comentarios sorprendentes, Nan jamás ofrecía una respuesta sorprendente.

—Eso no podemos determinarlo nosotros, Harriet.

—¡Oh, Nan!

—¡Así es—dijo Nan, cortando el hilo—. Si te

sientes feliz, te sientes feliz. No puedes hacerte infeliz. Somos algo, parte de algo, mayor que nosotros mismos, Harriet.

Harriet permanecía en silencio, recordando la Navidad, y lo pequeña que se había sentido bajo las estrellas, recordando a Bea y lo que Bea había dicho sobre ir empequeñeciéndose a media que uno maduraba, solo que, tal vez, lo que Bea deseaba significar era que ese otro algo se hacía mayor; súbitamente, pensó en el pez que el martin pescador había atrapado en el río, en el chapoteo que había causado en el agua y en cómo éste había desaparecido, y el río, con sus otros peces, sus marsopas, sus barcos, había continuado su viaje hacia el mar.

Entonces, ¿de qué me sirve escribir este poema, pensó Harriet, si todo es tan grande y yo soy tan pequeña? La huella que dejaría no sería ni del tamaño de la pata de — una mosca comparada con el resto del mundo. No escribiré nada.

El río se desliza — resurgió la misma idea en su mente.

—Tengo que ir al Escondite Secreto—dijo Harriet y se levantó de un salto—.Tengo un poema que anotar en mi libro.

Pero cuando llegó al Escondite Secreto, la caja estaba vacía. El libro no estaba allí.

Bajó las escaleras precipitadamente, y allí vio a Valerie, leyendo el libro sentada en la yerba.

—¿Qué haces con mi libro?—Harriet estaba roja de vergüenza.

—Estoy leyéndolo—dijo Valerie con absoluta indiferencia. Bea permanecía junto a ella como si realmente no hubiera sabido lo que Valerie hacía; no hizo ademán de evitar que leyera el libro de Harriet, y lo peor de todo era que el capitán John también se encontraba allí cerca, leyendo recostado en la yerba.

—Dámelo.

—No, no te lo daré—dijo Valerie mientras pasaba una página—.Creo que es muy gracioso. Escucha Bea: "Cuando pienso, mis ideas susurran. Creo que es posible que tenga

una pequeña cumbre sobre mi cabeza —"

—Bea. Dile que me lo devuelva.

—Valerie. Es el diario privado de Harriet.

—Sí. Creo que así es—dijo Valerie tratando de contener la risa—. ¿Cómo pudiste escribir todo esto, Harriet? Hay toda clase de cosas escritas, aquí. Capitán John, aquí hay muchas cosas que se refieren a usted, "Creo que el rostro del capitán John es como una de esas plantas que uno toca y..."

—No puedes leerlo. No puedes—gritó Harriet, abalanzándose sobre Valerie, pero Valerie pudo escapar de ella y se acercó al capitán John, quien había interrumpido la lectura para mirarlas y escuchar su conversación.

—"El rostro del capitán John es como una de esas plantas que al tocarlas se encogen y cierran bruscamente. Creo que es cierto. Papá dice que es 'como una sensitiva.'"
¡Oh, capitán John!—rió Valerie, y Bea tuvo que reír también.

—¡Estúpida!—gritó Harriet—. ¡Eres una estúpida!

—"Creo que él es como Antinoo, cuyo rostro jamás se olvida—leyó Valerie, mientras hufa de Harriet—. "Hoy me siento tan viva, y feliz de ser quien soy y de haber nacido."—Valerie dio un grito cuando Harriet le arrancó el libro de las manos y tiró de sus cabellos.

—Harriet, no le hagas daño.

—¡Ella me ha hecho daño a mí!—gritó Harriet—. Esta cochina, despreciable, cobarde, odiosa y bruta. ¡Cómo se atreve!

—No quiero leer ese diario tonto—dijo Valerie, frotándose el hombro que Harriet le había lastimado. Se alisó el cabello y ajustó la hebilla de concha que se había soltado. Harriet odiaba su pelo castaño y rizado y odiaba su cara, que, en aquel momento, se veía encendida y revelaba cierto disgusto—. ¿Por qué tienes que enojarte tanto?—preguntó Valerie con desprecio.

—Era su diario privado—dijo Bea.

—Tiene una buena razón para estar molesta—dijo el capitán John, quien, con dificultad, se había puesto de

pie y se había acercado a ellas—.No tenías derecho a tomarlo, Valerie.—Parecía casi tan enojado como Harriet y Valerie notó que todos estaban en su contra. Parecía más irritada que nunca y sus ojos brillaban llenos de rencor.

—No veo por qué Harriet tiene que ser tan arrogante— dijo Valerie—, cuando todo el mundo sabe que Bogey murió por su culpa.

Lo había dicho.

Se hizo absoluto silencio frente a las escaleras; solo interrumpía aquella pausa, el resoplar del vapor y el sonido del río. Entonces Harriet se volvió y subió corriendo las escaleras.

Nadie había hablado mucho con Harriet, sobre la cobra. Ella sabía y ellos sabían, y ellos sabían que ella sabía. Papá la había interrogado. Su rostro y su voz le habían revelado cuán culpable y desdichada se sentía, y él no la castigó. La actitud que había mostrado mientras se alejaba parecía querer decir, "¿De qué sirve el castigo ahora?"

y eso había afligido más el corazón de Harriet que cualquier reprimenda.

Mamá tampoco había dicho nada, hasta que Harriet se presentó ante ella.—Mamá- yo- sabía- que- la- cobra- estaba- allí.

—Sí, Harriet. Sé que lo sabías—dijo Mamá.

—Mamá - yo-

—De nada vale hablar sobre eso ahora—dijo Mamá.

Habían ocurrido sucesos desagradables. Ram Prasad fue despedido.—Pero, ¿por qué?—preguntaba Harriet angustiada—.¿Por qué? lo único que él sabía era que la serpiente estaba allí. Él no sabía que Bogey —

—No hay una justificación para lo que Ram Prasad hizo. Ninguna justificación—dijo Nan con severidad.

Ram Prasad fue perdonado más tarde y reinstalado en su puesto, pero aquel suceso había permitido a Harriet entrever algo sobre cómo se sentían las personas. ¿La juzgarían entonces tan severamente? Hasta aquel momento, sólo ella se había juzgado con severidad. Ahora, sentía que las palabras de Valerie la quemaban. Todo el mundo lo sabe. Todo

el mundo lo sabe.

Harriet permanecía en su cama con el rostro vuelto hacia la pared.

Nan entró.

--Harriet--dijo Nan.

--Por favor vete.

--Harriet--dijo Nan--, creo que deberías levantarte.

--No -- puedo.--La voz de Harriet sonaba apagada.

--Tendrás que levantarte alguna vez--dijo Nan con prudencia--, de modo que si fuera yo, me levantaría ahora mismo.

--No puedo, Nan. ¿Cómo podría?

--Cuando nos encontramos ante una chica como Valerie--dijo Nan--, ante una chica rencorosa, debemos ser orgullosas. No debemos permitir que descubra que puede herirnos.

--No es sólo Valerie--exclamó Harriet con desesperación--. No escuchaste lo que dijo. Oh, Nan, ¿lo sabe todo el mundo? ¿Dicen todos-eso mismo?

—Supongo que sí—dijo Nan serenamente—.Tienes que esperar que lo digan, porque en cierto modo es verdad, Harriet.

—Sí, pero — quién hubiera pensado —

—Podrías haber pensado—dijo Nan—.No fuiste sensata. Sabes que no lo fuiste, y por esa razón recibiste una cruel lección.—La voz le temblaba, miraba a Harriet con indescriptible compasión, pero continuó hablando—.Muy cruel, pero perfectamente justa—dijo Nan—.No puedes quejarte. No debes hacerlo.

—¿Qué voy a hacer? ¿Qué voy a hacer?—preguntaba Harriet llorando.

—Es algo que tendrás que olvidar, Harriet.

—No podré Nan. ¡Nunca! ¡Nunca!

—Sí, Harriet, podrás—dijo Nan—.Eres muy valerosa y fuerte. Confío en que podrás hacerlo—oprimió suavemente el muslo de Harriet y dijo—:Ahora levántate y hazle frente a esa Valerie.

Salió silenciosamente, pero Harriet no se levantó. Permaneció en el lecho sumida en su dolor. Todos los ruidos que se escuchaban al atardecer llegaban a sus oídos, y podía identificar a cada uno de ellos, pero Harriet se mantenía apartada de todos.—Siento como si tuviera espinas en el corazón—decía Harriet—. Qué dura es Nan. Qué dura—decía. Ya no se sentía infeliz sólo a causa de la muerte de Bogey. Mezclada con aquel sentimiento, irremediablemente, se encontraba la sensación de culpa y de reproche, que ya no era secreta, sino conocida por todos—. Desearía haber muerto junto con Bogey—susurró Harriet.

Oyó que tocaban en la persiana detrás de las cortinas.

—Harriet, ¿puedo entrar?

—¡Capitán John!—exclamó Harriet encogiéndose en la cama.

—Sí. ¿Puedo entrar?

—No. Por favor, no.

—Voy a entrar—dijo el capitán John.

Entró. En la obscuridad de la habitación, parecía

grande y sus movimientos eran muy torpes. Harriet no podía ver su rostro.

—Traje tu libro—dijo él, y lo colocó a los pies de la cama.

—Gracias.

Harriet no se movió. No quería que él viera su cara.

—¿No lo quieres?

Harriet hizo un movimiento con la cabeza.—No escribiré nunca más—dijo.

Él no hizo ningún comentario. En su lugar dijo—: Vine para llevarte a dar un paseo.

—¿A mí?—preguntó Harriet.

—Sí. Por la orilla del río. De noche aquel lugar es muy hermoso. Nan dice que puedes venir. Ven conmigo, Harriet.

—Pero—Harriet se incorporó y se sentó en el borde de la cama—, ¿no desea estar con Bea?

—No—dijo el capitán John—. Quiero estar contigo.

Bajaron las escaleras y caminaron por el sendero que conducía a la casa, pasaron junto al muelle y por el camino a orillas del río.

Los barcos que viajaban río arriba y río abajo, los vapores correo, ya habían pasado y el río se deslizaba tranquilo y sereno entre sus márgenes. Junto a la ribera, podían observar el fondo iluminado del río, amarillo en los lugares donde los rayos del sol traspasaban el agua; más allá ésta tenía un intenso color verde, y aun más lejos, en mitad de la corriente, mostraba una superficie de colores pálidos y opacos. En la margen opuesta, a una milla de distancia, se extendía ininterrumpida, una línea de color amarillo brillante, sobre una línea blanca; eran los campos de mostaza en flor que se encontraban tras la orilla arenosa del río. El techo del templo se asomaba entre las ramas de los árboles y entre los barcos rústicos, cuyas velas cuadradas se inclinaban suavemente a causa de la corriente y de la brisa. Otros barcos pasaban, impulsados río arriba por barqueros que tiraban de los largos cables de remolque. Un campesino bañaba sus vacas en un lugar del río cercano

al jardín, y sobre la arena y en el lodo se esparcían mitades de conchas, vacías, blancas, calcinadas por el sol ardiente de aquel día.

—¡Qué bello es!—dijo Harriet. La belleza del río penetró hasta lo profundo del alma de Harriet, y calmó la excitación y el dolor de aquel vacío que sentía. El río avanzaba con calma, callado, con una lentitud que hacía sentir a Harriet infinitamente aliviada—. No podemos detener los días ni los ríos—ni detenerlos, ni apresurarlos. Sus mejillas se refrescaron y su corazón agitado también comenzó a sosegar, a latir más lentamente.

Permanecía en silencio, tratando de pensar en lo que había sentido:—Ya me siento mejor—dijo tristemente.

—¿No deseas sentirte mejor?

—No, no quiero—y añadió con la misma amargura—: Necesito algún tiempo para sentirme infeliz.

Él no contestó, pero se inclinó y tomó la mano de Harriet y así, tomados de la mano, continuaron caminando

por la orilla del río; Harriet caminaba con pasos precipitados, tratando de seguir al capitán John. El calor de su mano le parecía reconfortante.

—¿Usted se irá pronto — no es cierto?—preguntó Harriet.

—Sí—dijo el capitán John.

—¿Qué hará? ¿Ya lo sabe?

—No, todavía no sé, pero algo haré.

Cuando el sol se ocultó, regresaron a la orilla del río. Ahora los colores habían adquirido matices oscuros, en el agua y en el cielo, pero la mostaza aún mostraba su color amarillo vivo y brillante; sobre el templo se veían las últimas nubes del crepúsculo.—Son como alas de querubines—dijo Harriet—.Siempre las llamamos alas de querubines.

Él permaneció en silencio.

Hasta ellos llegaban todos los sonidos que se escuchan en la India al anochecer, sonidos extraños para él, totalmente conocidos y familiares para Harriet: el sonido del gong

en el templo junto al bazar, el chirriar y chocar producidos por el remo del barquero cuando la barca de pasaje se acercaba a la orilla; el ruido de las cacerolas que alguien entregaba con lodo, y de un becerro que bramaba mientras ordeñaban la vaca. También se sentía el olor a ajo, a aceite y a mostaza que salía de las cocinas, un olor penetrante, demasiado fuerte para su olfato; había un olor a combustible hecho de estiércol que ardía; y cuando se aproximaron nuevamente a la casa, percibieron en el aire el perfume de las flores del alcornoque.

—Las flores se están cayendo del árbol—dijo el capitán John.

—La estación fresca está por terminar, eso quiere decir que ya pasó el invierno—dijo Harriet.

—Debo irme—dijo el capitán John, pero no se fue—. Harriet, ¿irás a pasear conmigo otra vez?—preguntó.

—Por supuesto. ¿Podríamos ir cuando oscurezca, para ver las luciérnagas? Siempre he querido hacerlo—dijo Harriet.

—Sí.—Él aún demoraba su partida. Entonces dijo—: Harry, pon el libro en su lugar otra vez. ¿Me prometes que lo harás?

Harriet asintió con un movimiento de cabeza.

—Me agrada pensar que ha sido devuelto a su lugar. Y me siento feliz de ser mencionado en él—dijo el capitán John.

Cuando Harriet entró en la habitación de los niños, donde ya las luces estaban encendidas, vio a Nan y a Bea arrodilladas sobre hojas de papel de periódico esparcidas por el suelo alrededor del viejo Moisés de Victoria. Lo estaban pintando nuevamente de blanco.

Harriet permaneció como clavada en el umbral, mirándolas fijamente.

—¡Dios mío!—exclamó—. ¡Dios mío!—Y preguntó sorprendida—: ¿El bebé llegará entonces?

Rieron al ver su expresión de sorpresa.—¿No pensabas que vendría?—preguntó Bea.

Harriet entró despacio en la habitación, mirándolas fijamente aún.

—Ya está—dijo Nan poniéndose de pie y limpiando la brocha en la lata de trementina—.Mañana estará seco. Esa pintura es excelente—dijo satisfecha—.Miren, ya casi está seca.

Harriet dirigió una mirada penetrante a Nan. No había señal en su rostro de nada que no fuera satisfacción producida por la excelencia de la pintura.—Nan parece vivir de acuerdo con un reloj que le dice qué hacer cada minuto—se dijo Harriet—.Cada minuto se ocupa sólo de lo que ocurre en ese momento y se olvida de lo demás.—Lo dijo irritada, pero comprendió que todo lo vivido por Nan en los minutos anteriores de su vida aún permanecía junto a ella, y todos estos minutos sumaban una gran cantidad. Dijo despacio—:¿Nan, tú has visto nacer a cientos de bebés?

—No a cientos—dijo Nan—, pero sí a muchos. Muchísimos.

—¿Y has visto morir a muchas, muchas personas?

—Harriet, no preguntes eso—dijo Bea con severidad.

—¿Las has visto, Nan?

—A muchas, Harriet.

—No entiendo—dijo Harriet más despacio—. No entiendo cómo puedes mantenerte tan serena.

—¿No comprendes?—dijo Nan, pero no les explicó—. Tengo que ir a preparar vuestra cena—dijo.

Cuando salió, Harriet quedó a solas con Bea. Todavía Bea estaba pintando una de las patas del Moisés, y extendía cuidadosamente la pintura sobre el tejido de la canasta.

—El capitán John ha sido tan amable conmigo—dijo Harriet.

—¿Sí?—dijo Bea.

—Me llevó a dar un paseo.

—¿Sí?

—Está distinto, Bea.

—¿Lo está?

Bea no parecía interesada en lo que Harriet decía. Pintaba con pequeñas pinceladas, seguras y uniformes. Harriet no podía ver su rostro porque sus cabellos lo ocultaban.

--Bea--dijo Harriet--¿te sientes infeliz?

--Bueno, todos nos sentimos así--dijo Bea, sin mirarla.

A Harriet no le parecía prudente continuar, pero lo hizo. No podía irse.

--¿El capitán John te hace sentir más infeliz, Bea?--preguntó Harriet.

--No--dijo Bea bruscamente.

--¿Qué haces cuando te sientes desdichada?--preguntó Harriet.

--Oh, qué muchas preguntas haces, Harriet. ¿Qué puedo hacer? Sentirme infeliz, y eso es todo.

Terminó de pintar la pata del Moisés, se puso de pie y recogió su brocha para guardarla junto con la de Nan.

—No puedo creer que ese bebé vaya a venir—dijo Harriet mirando el Moisés.

—Nacerá de todos modos.

—¿Qué pasa, Bea?

—¿No recuerdas cuando Victoria nació?

Todo lo que Harriet podía recordar era una historia que había escuchado. Cuando Victoria nació, el jefe de los oficinistas de la factoría, Sett Babu, había venido donde Papá y le había dicho—:Señor, he oído que ha llegado a ustedes otra pequeña calamidad.—Lo decía porque Victoria era una niña, y el nacimiento de una niña, para Sett Babu, significaba que el padre debía ofrecerle una dote cuando se casara.—¿Es necesario?—preguntó Harriet en voz alta.

—¿A qué te refieres? ¿A tener bebés?

—A recibir una dote—dijo Harriet, pero Bea no le respondió.

—No me explico cómo podremos—dijo Harriet—.¿Cómo podremos?

—¿Podremos qué? ¿Hablas de recibir una dote?—preguntó Bea enojada.

—¿Cómo es posible pensar que tengamos otro bebé y nos agrade? Eso es pedir demasiado—dijo Harriet—.

¿Cómo puede Mamá?

—Si puede, puede. Esa es la respuesta—dijo Bea—. Harry, tenemos que ir a lavarnos para la cena.

Harriet permanecía en silencio, pensando, y entonces dijo—:Es demasiado difícil ser una persona. No sólo tienes que seguir y seguir. Tienes que ser — trataba de encontrar la palabra que necesitaba y no podía hallarla. Entonces dijo—:Tienes que ser alta también.

A pesar de la tristeza y del silencio reinantes en la casa, comenzó a dejarse sentir una leve expectación; luego, una mayor actividad.

La enfermera, la Hermana Silver, llegó a la casa, y Bea y Harriet tuvieron que abandonar su habitación. Harriet fue a dormir con Nan y Victoria; Bea se quedó en casa de Valerie.

Entonces — ¿el capitán John irá allá — a verla? pensaba Harriet.—¿No volverá más aquí?—decía.

La invadía una soledad agobiante y aquel antiguo dolor ya conocido, que no podía comprender. Regresó al Escondite Secreto y se sentó a cavilar junto a su caja, con la barbilla descansando sobre las rodillas. ¿Estaré siempre sola? pensó Harriet, y la respuesta correcta pareció ser, "Sí, supongo que sí."

Había cumplido su promesa y había devuelto el libro a su lugar; ahora volvía a hojearlo, pero todo lo que había escrito en él le parecía incoherente y monótono. ¡Qué tonta fui al escribirlo! pensó Harriet. Todo le parecía pueril y tonto, o sino de mal gusto; los pasajes humorísticos carecían de comicidad; los paisajes hermosos eran demasiado bellos.—Odio mi forma de escribir—dijo Harriet.

El día termina, el plazo de nuestra vida ya expira.

No había terminado el poema. Lo miró.—Nada se detiene—dijo Harriet enojada—.Pero yo voy a detenerme aquí—y volvió a echar el libro dentro de la caja.

No dormía bien. Ahora, casi nunca dormía bien. Sus sueños estaban íntimamente relacionados con Bogey, con la cobra. Aquella noche despertó como lo hacía usualmente, bañada en un sudor frío, y fue viendo lentamente, mientras se esforzaba por abrir los ojos, que no había despertado en medio de la horrible oscuridad donde todas las cosas tenían formas alargadas y posiblemente se deslizaban, se acercaban, se movían hacia ella. La luz estaba encendida, y lo que la había despertado no era un sueño, sino el sonido de unos pasos recios. Se acercaron a través de la terraza y subieron las escaleras que había junto a la habitación de los niños, y Harriet escuchó una voz fuerte y alegre que conocía bien; era la voz del doctor Paget. Permaneció en la cama mientras la escuchaba soñolienta; entonces se sentó.

--Nan--dijo--¿es el bebé? ¿Ya nació el bebé?

--Silencio--dijo Nan--.Vas a despertar a Victoria.

--Nan. ¿Qué estás --

Harriet calló cuando vio lo que Nan hacía. Frente

a un brasero encendido, Nan aireaba las pequeñas ropas que Harriet había visto guardar numerosas veces en el baúl de Mamá; Harriet observaba sorprendida. Ya lavados, planchados y listos para usarse, se aireaban allí una chaqueta, un cam^Sión de franela, una bata y un chal blanco.—Es el bebé—dijo Harriet asombrada—.El bebé va a nacer.

Afuera, en medio de la noche, se escuchó el sonido de un gong.

Harriet escuchó. Un sólo golpe y luego, silencio. Era el gong de la factoría, que anunciaba las horas. —Es la una de la mañana—dijo Harriet—.¿Ya nació el bebé?

—No, aún no. Ven conmigo—dijo Nan—.Levántate. Ya que estás despierta, ayúdame a preparar un poco de té.

—¿Preparar té? ¿Ahora? ¿A media noche?

En el comedor se preparaban té y emparedados. Harriet estaba sorprendida y Nan reía mientras ponía a hervir el agua.—¿Para quién crees que puse a calentar la cacerola

por primera vez, aquí, a media noche?—preguntó Nan.

—¿Para quién?

—Para tí, Harriet.

—¿Para mí?

—Sí. Tú naciste al poco tiempo de mi llegada a esta casa.

—¿Y luego nació — Bogey?

—Sí, entonces nació Bogey.—Nan pronunció su nombre como si hubiera sido el de cualquiera otra persona.

—Nan, has visto tantos bebés—dijo Harriet—.

¿Siempre te parecen tan nuevos y emocionantes como éste?

—Siempre me parecen algo nuevo—dijo Nan—y emocionante.

—¿Todas las veces?

—Todas las veces.

Harriet reflexionó.—Pero, ¿no deseamos otro niño, verdad?—preguntó celosa.

--Nosotros no podemos decidir eso--dijo Nan--.

No será una cosa más. Será un individuo.

La Hermana Silver bajó al comedor.

--¿Ya nació el bebé?--preguntó Harriet.

--¿Por qué esta niña no está en su cama?--preguntó la Hermana Silver--. Nan, creo que necesitaremos esa ropa pronto.

--Ya estoy lista--dijo Nan. Había servido una taza de té antes de tomar la bandeja para luego subir--. Bien Harriet, esta taza de té es para tí. ¿Puede confiar en que no despertarás a Victoria?

Harriet tomó la taza y fue a sentarse junto al brasero de la habitación de los niños, el cual proyectaba un tibio y débil resplandor a su alrededor. Hasta el té poseía un sabor diferente en mitad de la noche, estaba obscuro, cargado, caliente. Estaba demasiado caliente. Dejó la taza sobre una mesa y se acercó a la ventana para mirar hacia afuera.

La casa estaba tan tibia y protegida, tan llena de

luz y de quietud y de vida, que parecía desconocer lo que era la noche. Junto a la ventana, Harriet sintió el frío de las primeras horas de la madrugada. Todavía no había frescura en el aire y el rocío no había caído; aún faltaba tiempo para amanecer. A lo lejos, podía oír, una y otra vez, el aullido de los chacales y los dos sonidos, siempre presentes, siempre haciéndola recordar: el resoplar del vapor y el murmullo del río.

Nuevamente volvió a aspirar el fuerte aroma que durante aquellas horas exhalaba la dama de noche; era penetrante, y ahora, como nunca, en medio de la obscuridad, saturaba el ambiente con su perfume. No le agradó. Se estremeció.

Por lo general, a esta hora, todos en la familia estarían durmiendo, como cualquiera otra familia. Pensó en todas las familias que dormían tranquilas y seguras, y en la suya, que ahora estaba dispersa. Sólo Victoria continuaba en su lugar. La habitación de Mamá le estaba vedada, no podía saber lo que le sucedía a Mamá en aquel momento; Papá estaba levantado, y se paseaba entre la terraza y la sala; lo había escuchado cuando Nan servía el té.

Bea se encontraba al otro lado del río, y ella estaba allí, paralizada por la excitación, que la hacía sentir como si hubiera tenido un nudo en el estómago, mientras el aire frío de la noche soplaba sobre su frente y el agudo aullido de los chacales resonaba en sus oídos. Y Bogey...¿dónde estaba Bogey? El calor lo había abandonado. No quedó allí con él ni se tornó azul tras el ataque de la cobra...entonces, ¿dónde?... ¿dónde estaba? Harriet sabía que sería mejor no pensar en Bogey ahora, en mitad de la noche.

--Si tienes frío--se decía a sí misma razonablemente--, ¿por qué no bebes tu té?--Regresó junto al brasero y se sentó para calentarse; rodeaba la taza con sus manos heladas y los labios le temblaban mientras bebía. Podía escuchar pasos que iban y venían arriba en la habitación de Mamá.

Entonces decidió salir a la terraza y esperar allí. Estaba más cerca. Desde allí podría escucharlo todo con mayor claridad.

La terraza le mostraba la noche y ahora podía ver

las estrellas detrás del alcornoque, pero éste no parecía moverse.—Pero lo hace—arguyó Harriet—.Lo hace, porque siempre ocurre así—Las flores del alcornoque, esparcidas alrededor del árbol, y el delicado perfume de las petunias de Mamá, que se mezclaba con el rocío, suavizaban el aroma de la dama de noche.

Está muy callada, pensó Harriet. Creía que la gente gritaba y lloraba cuando tenía un bebé. Se esforzaba por escuchar algo y se acercó a las escaleras. No se oía ningún ruido. Nada. Comenzó a subir las escaleras.

El relleno del centro estaba oscuro, pero el último tramo de las escaleras estaba iluminado y las luces frente a la habitación de Mamá también estaban encendidas. Harriet se mantuvo oculta en la sombra que proyectaba el pasamanos. Podía escuchar los pasos de Papá; y, con cautela, alzó la cabeza para mirar hacia arriba. En ese momento, la Hermana Silver salió de la habitación de Mamá. Tenía las mangas enrolladas y en su rostro se veía que estaba muy atareada. En el momento que Harriet la vio, ella notó que Harriet estaba allí.

--¿Qué haces aquí arriba?

--¿Ya nació?--preguntó Harriet.

--Señorita, vuelva al primer piso inmediatamente--
dijo la Hermana Silver con severidad, y Harriet se retiró.

No se alejó mucho, sólo bajó unos nueve escalones.
Allí esperó, y pronto, cuando se sintió segura, volvió a
subir.

Desde arriba, un olor llegó hasta Harriet. Lo aspiró.
Lo conocía, y había sabido lo que iba a suceder. Era cloro-
formo. Lo conocía desde su operación de amígdalas. No es-
taba confundiéndolo. Subió algunos escalones.

Nan estaba de pie ante la puerta de la habitación de
Mamá, pero le daba la espalda a Harriet.

"¿Ya nació?" estuvo a punto de decir Harriet, cuando
la actitud de Nan la hizo detenerse.

Nan estaba de pie y esperando que llegara el momento.
La luz permitía ver sus hombros delgados, que asomaban
bajo los tirantes del delantal cruzados sobre la espalda;
iluminaba los peines de concha que sujetaban su pequeño

moño, y la vieja chaqueta negra que usaba bajo el delantal, su falda estampada y sus chinelas. Mientras permanecía allí, a Harriet le parecía pequeña, tranquila y humilde; a Harriet, quien notaba que había ocasionado cierta algarabía. Se sintió avergonzada, pero no tan avergonzada como para retirarse.—No podría, no podría irme ahora—arguyó Harriet—.Nadie podría. No ahora.—Quedó allí en la escalera, tratando de imitar a Nan en su quietud.

Entonces Nan se sobresaltó, sus manos entrelazadas se separaron, y Harriet sintió que la vibración de un sonido recorría su cuerpo, de la cabeza a los pies, de los pies a la cabeza.

Era un sonido nuevo. Al principio semejaba el gorjeo de unos pájaros; de unos gorriones posados sobre una rama; un sonido entre las ramas; entonces se hizo más fuerte; se convirtió en hipidos: en una tos; parecía el ruido de un pequeño motor que comenzaba a funcionar; volvió a escucharse con más fuerza; era el bebé que lloraba. Era realmente el bebé que lloraba.

Nunca habían sido los días tan tranquilos como los últimos días del invierno, después de haber nacido el bebé.

Transcurrieron sin agitación y sin perturbaciones. Mamá se había quedado en cama, y Harriet sólo la veía al darle los buenos días y al despedirse de ella por las noches; Papá estaba fuera de casa, en una conferencia de exportadores de yute, en algún lugar río arriba; la Hermana Silver vivía aparte con el bebé y con Mamá; Bea aún se encontraba en casa de Valerie; Nan y Victoria eran las dos únicas personas que permanecían junto a Harriet; Nan jamás fue una molestia y Victoria nunca hacía travesuras.

Ahora se sentía un poco de calor al mediodía, y otra vez las mañanas y el anochecer eran frescos. La primavera estaba por llegar. En los campos, la primera siembra había concluido y el yute y el arroz tiernos formaban manchas de color verde oscuro y verde claro sobre la tierra. El amarillo de la mostaza había palidecido y las primeras bellotas grandes y rojas del simul, el algodón silvestre, exhibían sus colores. En el cielo, las nubes eran suaves y esponjosas como el algodón. El cielo mismo había cambiado. Esta era la época cuando su azul era más intenso; luego el calor lo hacía perder su brillantez y aún más tarde, el monzón llegaba y lo hacía tornarse pesado y

gris, pálido en ciertas ocasiones, descolorido. Ahora, mirando al cielo, Harriet podía saber que la primavera estaba ya muy cerca.

El cielo la atraía tanto que abrió su alcancía, tomó dos anas y pidió a Ram Prasad que le comprara dos nuevas cometas. Ram Prasad compró una cometa excelente, que tenía rayas rojas y blancas y las esquinas de color verde esmeralda; compró otra de papel rosado y liso. Ayudó a Harriet a hacerle una perforación a la primera y a atarle el hilo, que llevaba algunos pedazos de cristal amarrados y se arrollaba en un carrete suave y pulido hecho de bambú, el cual estaba provisto de dos largas agarraderas. Entonces subieron a la azotea.

--Tú la echas a volar--dijo Ram Prasad--y yo la elevaré para ti.

--No. Yo quiero elevarla sola--dijo Harriet.

--No lo harás nunca. Nunca puedes.

--Si puedo. Lo haré--dijo Harriet--.Aléjate un poco.

Harriet tomó el carrete y dejó un considerable espacio

tras de sí para poder correr hacia atrás. Ram Prasad tomó la cometa y se dirigió hacia el otro extremo de la azotea.

Sobre ellos, el cielo esperaba por la cometa. No se veía nada desde los muros de piedra del antepecho, ni un árbol, ni un techo, ni un mástil, sólo la copa del alcoraque, cuyas flores se destacaban en medio de su verdor; a lo lejos, muy alto, se veían, como puntos en el cielo, los halcones que volaban en círculo en el margen de la corriente de aire.—Voy a hacerla llegar hasta allá arriba—dijo Harriet.

—¿Lista?—preguntó Ram Prasad, mientras sostenía la cometa en alto.

—Lista.

Ram Prasad la impulsó con fuerza hacia arriba. El hilo tiraba, se notaba tirante; dos veces Harriet la haló con rapidez para que subiera, la cometa encontró la brisa, se elevó, y trató de alejarse veloz, cabeceando durante un corto tiempo. Harriet la haló hacia atrás, la cometa se elevó de nuevo, y súbitamente describió un arco en el aire, cayó y se estrelló contra el antepecho.

—Te lo advertí—dijo Ram Prasad.

—¿Está rota?

Se quedó quieta mientras él miraba la cometa rota. Mantuvo los labios apretados. Se había propuesto hacer volar aquella cometa. Era importante para ella que lo hiciera, porque, en aquella forma tan particular suya, la había convertido en presagio de algo. Si vuela, yo también lo haré, era lo que Harriet había decidido.

—Se puede arreglar—gruñó Ram Prasad. Como siempre hacía cuando elevaban cometas, había traído la segunda cometa y además, un recipiente con engrudo, un palo envuelto en un trapo y algunas tiras de papel de colores. En cuclillas, él y Harriet comenzaron a componer la cometa; primero le pusieron un parche en el lugar donde se había desgarrado, entonces, para balancear el peso, colocaron igual cantidad de papel y de engrudo en el otro extremo de la cometa; añadieron un nuevo pedazo de tela al rabo para proporcionarle mayor estabilidad; luego la pusieron a secarse al sol.

Ni Ram Prasad ni Harriet se mostraban muy locuaces

en aquellos días. Mientras esperaban que la cometa se secara Harriet fue a recostarse del antepecho; miraba hacia el jardín como si éste hubiera sido un mapa visto desde una nueva perspectiva. Vio un pequeño bote anclado en el muelle y a un diminuto capitán John que se acercaba a través del camino de la entrada. Sintió que sus pensamientos se detuvieron; miró hacia el capitán John, cuya imagen se mantenía grabada en su mente. Entonces Ram Prasad la llamó. Sostenía el carrete en la mano.—Levanta la cometa—dijo—, yo la elevaré para tí.

—No—dijo Harriet—, lo haré yo misma.

—Nunca lo harás.

—Entonces no se elevará—dijo Harriet.

—Pobre de tu marido, si te casas—dijo Ram Prasad—, va a necesitar un candado para encerrarte y una vara para castigarte.

—Échala a volar—dijo Harriet, ya lista. Esperaba poder elevarla bien antes de que el capitán John descubriera dónde se encontraban.

Ram Prasad soltó la cometa con brusquedad. Harriet dio unos pasos hacia atrás, y tiró del hilo; la cometa cayó en la azotea a los pies de Harriet, y quedó allí tirada con el hilo enredado.

—¿Ves qué lista eres?—dijo Ram Prasad.

Harriet no lo contradijo.—¿Está rota?—preguntó.

—No. No gracias a tí, gracias a Dios.

—Elévala y ten más cuidado esta vez.

Los labios de Harriet semejaban una línea recta y firme cuando Ram Prasad lanzó la cometa al espacio nuevamente. El capitán John apareció en la escalera.

Harriet dio un tirón al carrete y la cometa se elevó; con el rabillo del ojo podía ver cómo la mirada del capitán John la seguía. Entonces la dejó avanzar un poco y la cometa se alejó danzando, llevada por la corriente de aire.

—Súbela—dijo Ram Prasad.

—Déjame en paz—dijo Harriet.

Logró elevarla, y mantenerla estable nuevamente; la

cometa se inclinó hacia la izquierda, hacia la derecha, y nuevamente hacia el frente, luego emprendió, audaz, un nuevo vuelo, a la vez que tiraba del hilo. Ahora estaba a salvo, allá en lo alto, y cabalgaba sobre el viento, desenrollando el hilo del carrete, alejándose y alejándose, cada vez más y más.

—Lo haces muy bien—dijo el capitán John.

—Al tercer intento—dijo Ram Prasad—.El niño Bogey podía elevarla desde la primera vez, siempre.

El hilo de la cometa zumbaba en el viento; halaba y tiraba con fuerza de las manos de Harriet...—Esa soy yo -yo-yo— cantaba Harriet para sí, con una sensación de triunfo. El hilo pareció subir tanto que la cometa se veía volar en medio de los círculos que describían los halcones en el aire.

—Sienta cómo hala—dijo Harriet, y le entregó el carrete al capitán John.

Era como entregarle algo vivo. El capitán John sintió que tiraban violentamente de sus brazos y tuvo que cerrar los puños rápidamente y esforzarse para sujetar el carrete.

Harriet vio cómo sus mejillas se enrojecían y sus ojos se tornaban más oscuros con la excitación producida por la cometa. Pronto notó que estaba casi tan emocionado y alegre como ella.

Mantuvieron la cometa en el aire hasta que, en el mundo que se extendía más allá del antepecho, el atardecer llegó a su fin y mostró su mayor esplendor, hasta que las pequeñas nubes ocultaron la puesta del sol, al igual que había sucedido cuando paseaban junto al río. Los mismos sonidos, los mismos olores, llegaron hasta ellos.

He estado aquí suficiente tiempo, pensó Harriet. Estoy cansada. Comenzó a devanar el hilo de la cometa.

—¿Vas a hacerla bajar?—preguntó tristemente el capitán John.

—Sí.—Y añadió—: me gusta que bajen antes de que salga la primera estrella.

—¿Por qué?

—Porque sería fatal para ellas estar allí arriba entonces—dijo con severidad—. La estrella las convertiría en simple papel de nuevo.

El no rió, como ella había imaginado, con cierto temor, que lo haría. Con una expresión seria en el rostro, el capitán le ayudó a devanar el hilo y la cometa regresó a ellos, revoloteando, tirando del hilo, aumentando de tamaño hasta encontrarse sobre sus cabezas; Ram Prasad extendió las manos y la atrapó cuando se encontraba a la altura de su turbante; cuando el último sople de brisa rozaba sus aletas.—No lo hiciste mal—dijo Ram Prasad—, pero no tan bien como el niño Bogey lo hubiera hecho.

El capitán John acompañó a Harriet al primer piso para preguntar a Nan si le permitía salir.—Es muy tarde—dijo Nan, mirando por encima de sus anteojos—.Está obscuro.

—Sí, pero queríamos que estuviera obscuro. Quiero enseñarle las luciérnagas al capitán John—dijo Harriet en tono de súplica.

Nan parecía estar pensándolo de nuevo. Harriet repasaba sus propios argumentos, de los cuales tenía preparado un torrente, y también esperaba.

—Muy bien—dijo Nan por fin. Sabiamente, había evitado decir algo sobre la hora o sobre ir a dormir.

—¿Podemos ir a dar las buenas noches al bebé?—preguntó Harriet.

—Está bien—dijo el capitán John.

El Moisés estaba en la terraza, y todo lo que podían ver entre los pliegues de la manta era la cabeza y el rostro de la niña que dormía, y su puño cerrado. Mientras la miraban, la manta subía y bajaba al compás de su respiración.

—Sienta qué tibia es—dijo Harriet.

El capitán John acercó su mano al bebé.

—¿Es muy fea, verdad?—preguntó Harriet.

—Mírala de nuevo—dijo el capitán John.

Harriet miró; miró el contorno de su mejilla y de la frente donde se extendían las venas, vio los pequeños párpados, surcados por algunas líneas, que semejaban sellos o almejas dormidas, y mostraban una hilera de vellos, las pestañas. Observó la nariz y los labios, cuyas comisuras se plegaban un poco mientras la niña dormía; observó la barbilla. —Tiene un hoyuelo en la barbilla, como Papá—susurró, y el capitán John asintió. Harriet sólo podía ver

el lóbulo de una de sus orejas, el cual se pegaba a la cabeza y dejaba al descubierto un área pequeña de piel suave que se extendía hacia atrás, hasta el borde de la manta que envolvía la niña. Tenía la cabeza cubierta por una pelusa, por un cabello suave y dorado también. Harriet miró el puño cerrado, la mano, los dedos, las uñas—. Me gustan sus uñas—dijo. Y Mamá la hizo, pensó, perfecta, completa por dentro y por fuera. Eso era lo maravilloso. Aquella semejanza entre unos y otros: los potrillos, los caballitos, se parecían a los caballos; los conejos a los conejos; las personas a las personas; y todos habían sido creados sin un defecto. Y sin un patrón, pensó Harriet, mientras tocaba la mano del bebé. Era siempre una impresión nueva el encontrarla tibia, suave y firme, el experimentar aquella sensación producida por una mano real...¿Dónde Mamá —? ¿Cómo...? pensó Harriet. Es curioso, todo lo que la gente puede hacer: el vuelo de una cometa — y poemas — y bebés. ¡Qué extraño poder! ¡Y yo también, algún día podré! pensó Harriet; hay que ver lo mucho que ya he crecido.

Inmediatamente preguntó al capitán John—:¿Podría esperarme, sólo por un minuto? Hay algo que necesito escribir cuanto antes.

El minuto se prolongó hasta convertirse en media hora, pero cuando Harriet salió de su Escondite Secreto el capitán John la esperaba tranquilamente.

Era casi de noche. No pasaron por la orilla del río. —Es interesante ver las aldeas de noche—dijo Harriet—y las luciérnagas están donde se encuentran los aljibes de las aldeas—. Se alejaron de la factoría y del bazar, caminando por la carretera, por donde ésta comenzaba a atravesar los campos y las aldeas. Pronto llegaron a una aldea. Había una casa de paredes estucadas junto a las chozas, y, cuando pasaron, un hombre, cuyas ropas blancas se destacaban en la obscuridad, cruzó el portal, llevando una lámpara de aceite en la mano. Junto a la casa había un naranjero; estaba en flor como el alcornoque, sus flores resplandecían cuando pasaron junto a él, y su perfume los siguió mientras se alejaban por la carretera.

—¿Esta época del año es muy oliente, verdad?—preguntó Harriet.

—Querrás decir perfumada—la corrigió el capitán John.

—Sí. Todas las flores huelen—dijo Harriet.

Encontraron un aljibe, una extensión de agua que se veía negra y brillaba, donde las luciérnagas que habían venido a ver revoloteaban cerca del borde y bajo los árboles. Entonces se acercaron a las chozas de paredes de tierra, tapiadas y techadas con cañas y bambú; al pasar veían luz en todas las puertas, a través de cada una podía observarse, en el interior, una naturaleza muerta compuesta por figuras o cosas, iluminada y quieta. Allí, sobre el piso de tierra, había un bloque de madera con un hueco en el centro, un puñado de especias y una mano de almirez.—Ahí es donde muelen las especias para preparar el curry—explicó Harriet. Junto al bloque colocado en el suelo había algunos ajíes de color rojo, brillante bajo la luz de la lámpara, y tras ellos colgaba de la pared un cedazo de mimbre—.Eso se usa para separar el arroz de la cáscara—dijo Harriet. En otra casa vieron una mujer vestida de blanco que, en cuclillas, hacía girar el molinillo de piedra para convertir los granos en harina; con la mano libre echaba el grano en el molinillo y en el brazo con que lo hacía girar, su pulsera de plata reflejaba, por momentos, los rayos de luz. En la casa contigua, dos ancianos se encontraban sentados junto a la vara de bambú que sostenía el techo, y fumaban.

compartiendo el mismo narguile, el cual cedía uno al otro cortésmente. Más allá, una madre frotaba con aceite a un niño, mientras sostenía a su propio bebé en la falda; el bebé tenía atado alrededor de la cintura un cinturón del que pendían campanitas plateadas. También se escuchaba el sonido del agua que salía de un grifo, el balido de una cabra, el chirriar de las ruedas de las carretas de bueyes que iban por la carretera, el sonido de la campanilla de una bicicleta que pasaba.

Continuaron caminando y se acercaron a otra aldea y a otra, entonces dieron la vuelta para regresar. Cuando volvieron a la primera aldea por donde habían pasado, algunas de las entradas de las casas ya estaban oscuras, y la madre le cantaba al bebé, a media voz, con voz muy suave, una canción inefablemente adormecedora.

—Así es como Nan le canta a nuestro bebé—dijo Harriet—. Nan canta así.—La otra mujer continuaba moliendo el grano, los ancianos aún fumaban frente a la casa y nadie se ocupaba de guardar las especias.

Al pasar, escucharon la música que venía de la casa

de paredes estucadas, escucharon el sonido de una flauta, de címbalos, de un tambor, y las notas de un sitar que hacían recordar el ruido estridente de los saltamontes. Cuando se acercaron un poco más, la voz de un hombre comenzó a cantar.

—¿Qué es lo que canta?—preguntó el capitán John.

Harriet escuchaba con atención, pero no podía comprender las palabras.—Supongo que será una canción sobre Radha y Krishna y su amor. Siempre cantan algo relacionado con eso; o sino, con Ajunta y sus guerras. Siempre se le canta al amor y a la guerra—dijo Harriet.

Habían regresado a la casa; pasaron por el portal y caminaron a lo largo del sendero que conducía a la entrada, donde se encontraba el alcornoque rodeado por una alfombra circular de flores. Sus ramas habían perdido muchas de las hojas.

—De modo que ya terminó el invierno—dijo Harriet mientras permanecían bajo el árbol.

Se escucharon dos rápidos toques de tambor, luego otro, y no se escuchó nada más.—Ya ha terminado por esta noche—

dijo Harriet—.¿Recuerda el Diwali, capitán John? También se escuchaban los tambores.

—¿El Diwali?

—La Fiesta de las Luces.—Él asintió con un movimiento de cabeza—.Es curioso--dijo Harriet--, hablamos sobre la vida, el nacimiento y la muerte, y entonces no sabíamos nada sobre...Bogey...ni siquiera sobre el bebé ...ni sobre nada...—Y dijo en voz baja—:Bellum...Belli...Bello...Amamus... Amatis...Amant. Estaba aprendiendo esas cosas entonces. ¡Qué joven era!—pensó Harriet—.Ahora ya soy grande.—Y preguntó en voz alta al capitán John—:¿Usted cree que ha cambiado desde entonces?

—Sí, creo que sí—respondió el capitán John.

—¿Cree que ha cambiado porque decidió irse?—preguntó Harriet.

—En parte es por eso, tal vez.

Harriet asintió moviendo la cabeza.—Eso es lo que Nan acostumbraba decir. "Déjalo, Él se irá cuando esté preparado." Yo me preguntaba qué le sucedería—dijo ingenuamente—.Usted no había muerto...pero...

—Pero no estaba vivo tampoco, ¿no es cierto?—sugirió él.

—No había vuelto a la vida—dijo Harriet, y añadió—: Era como el bebé...tenía que nacer...Tenía mucha razón cuando dijo aquello—continuó diciendo—.Me sentí morir un poco... con la muerte de Bogey. Y mucho más, cuando Valerie me dijo aquello...por largo tiempo no volví a la vida...¡en toda la tarde!

—Estás viva ahora, Harriet.

—Sí, y usted también...

De pronto se sintió inmensamente feliz, como aquella mañana, hacía mucho tiempo.

—Mire mi árbol—dijo Harriet—.¿Ve como da vueltas... allá arriba entre las estrellas? A veces—dijo, recordando aquella mañana—, escribo poemas que son más grandes que yo misma.

El capitán John bajó la vista y la miró.—Cree que ya no ibas a escribir más.

—Eso fue porque...—pero Harriet no dijo por qué había sido.

—¿No puedes evitarlo, verdad?—preguntó el capitán John—. ¿Qué has escrito esta vez? ¿Un cuento? ¿Un poema?

—Es un poema.

—Y tengo que leerlo, ¿no es cierto, Harriet?

—Está demasiado oscuro para leer—dijo Harriet.

—Bueno, pues recítalo entonces—dijo el capitán John.

—Es lo suficientemente bueno como para decirlo. En realidad lo es. Está bien escrito. Le gustará. De veras le gustará. Lo escribí después de mi otro poema. Está escrito con más madurez.

—Ya veo—dijo el capitán John.

—Escuche.—Y Harriet comenzó a decir su poema: —

"El día termina. El plazo de nuestra vida ya expira..."

—¡Bien!—dijo el capitán John cuando hubo terminado—
Un día llegarás a ser una verdadera escritora, Harriet.

—Oh, sí—dijo Harriet—, seré muy grande y muy famosa.

Él no dijo nada, y Harriet acarició una y otra vez la

suave corteza del árbol. El pájaro carpintero, por supuesto, ya dormía.—¿Todo el mundo tiene uno?—preguntó.

—¿Tiene qué? ¿Un poema?

—No, un árbol.

—No todo el mundo encuentra el suyo pronto—dijo el capitán John—.Eres afortunada, Harriet. Es allá a donde voy—dijo con mayor firmeza—.Voy a buscar mi árbol.

Al pasar, una lancha que navegaba por el río, hizo sonar la sirena y se escuchó su triste ulular, parecido al de un buho. Un minuto después se escuchó el ulular de un verdadero buho.

—Debo irme—dijo el capitán John.

—Está tan oscuro que se puede oír el río—dijo Harriet. Había querido decir, "está todo tan tranquilo", pero "oscuro" le parecía mejor—.¿Es hora de marcharse? ¡Oh, no!—pero aún quedaba en su memoria el rastro de aquel recuerdo. ¿Cuándo había pronunciado él aquellas palabras? ¿No es posible detener los días o los ríos?

El capitán John se alisó el cabello con la mano, le

sonrió una vez más, y partió.

--Pero...no se ha despedido de mí--exclamó Harriet, sorprendida, acongojada, pero él no le respondió y, sin vacilar, se alejó cojeando, hasta que el sonido de sus pasos se apagó en la distancia, y Harriet supo que había llegado a la Casa Roja.

Lentamente, con el pie, desparramaba sobre la grama las flores que se encontraban en el borde de la mullida alfombra circular; una y otra y otra vez.

--Mañana tendremos que barrerlas--dijo Harriet--.
No tienen un olor agradable cuando se marchitan.

Recordó algo que había olvidado durante todos aquellos días, semanas y meses. Caminó sobre los vástagos muertos de los lirios, se acercó al árbol e introdujo la mano en el hueco que había descubierto hacía tanto tiempo. Aún su amuleto estaba allí, frío y pegajoso a causa del rocío y del moho.

Mi mundo, pensó Harriet. Le complacía tenerlo de nuevo en la mano; sin embargo, pensó tristemente, aún lo tengo, pero

nunca pude saber lo que significaba.

Apretándolo en la mano, caminó lentamente por el sendero que conducía a la entrada, subió las escaleras y entró en la casa.

El vapor que escapaba de la maquinaria de la factoría resoplaba, pausaba, resoplaba, y el agua se deslizaba serena en el río.